

DENEBOLA-IV



JACK WILLIAMSON

LA TIERRA A PRUEBA

Andreu
- 62 -



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Jack Williamson

LA TIERRA A PRUEBA

Título original: *The Trial of Terra*
Jack Williamson, 1962
Traducción: René Luria Schmitt

NOTA DEL AUTOR

Empecé a escribir «LA TIERRA A PRUEBA» hace varios años, como una serie de relatos relacionados con el aumento de posibilidades astronómicas de que no somos los únicos habitantes del espacio, ya que millones o billones de otros planetas existen y pueden perfectamente estar habitados.

Esta serie fue interrumpida cuando firmé un contrato para escribir una colección cómica, «MAS ALLA DE MARTE», que trataba de lo» astronautas del siglo futuro. Fue interrumpida de nuevo cuando fui al colegio mayor y empecé la enseñanza del inglés, primero en el Instituto Militar de lluevo México, y en la Universidad de Colorado, donde aún continúo trabajando para alcanzar el Pli. D. en literatura inglesa, y después en la Eastern New México University, mi ciudad natal. Portales.

Ahora, terminada por fin la novela, parece estar justo a la altura de lo que John Glenn y los otros astronautas y cosmonautas de la actualidad, están en camino de descubrir: qué o quién está realmente esperándonos al otro lado de la Luna.

JACK WILLIAMSON

PREFACIO
EL FUEGO SOLAR ESPERA EL VEREDICTO

El mundo estaba a punto de alcanzar una crisis de contacto y el servicio de cuarentena de Denebola IV, tenía que tomar una decisión trascendental: A la Tierra le podía ser otorgado el privilegio de participar activamente en las nuevas decisiones interplanetarias, o bien se le podía considerar incapacitada para alcanzar los niveles intelectuales de aquella civilización y, por consiguiente, ser condenada a la destrucción definitiva.

Esta decisión recaía en un hombre de aspecto vulgar, pero cuya inteligencia nada corriente le había permitido elaborar proyectos valiosísimos, pero que tendían indefectiblemente a satisfacer sus ambiciones personales. Este hombre era Wain Scarlet.

Los acontecimientos estaban en suspenso, mientras Scarlet esperaba al hombre que le facilitase su fantástico sueño, y la Tierra estaba pendiente, aunque sin saberlo, de la gran decisión, que había de marcar su futuro…

I

En la Tierra, un agente misterioso se ocultaba bajo la identidad de Charles Fort, que había pasado muchos años recopilando conocimientos y teorías inaccesibles a las inteligencias vulgares. Había publicado informes sobre extrañas luces que había detectado, desapariciones de Ambroses, materialización de seres semejantes a los que componen la especie humana, de lluvias de peces, sílfides y ondinas, de cavidades que permitían el acceso en la bóveda celeste... etc., etc.

—Los nativos nunca sospecharán que han sido puestos en cuarentena —comentó ante sus superiores de la Luna el último día de su misión—. Los tengo dudando de todo ¡Hoy podríamos hacer aterrizar una nave espacial a mediodía, en pleno centro de su ciudad más importante, sin que se den cuenta de que somos lo que somos!

En Denebola IV, en el Cuartel General del servicio de cuarentena, a treinta años-luz de los tranquilos nativos, Wain Scarlet tenía concentrada su atención en unas memorias procedentes da la oficina del distrito. Los investigadores jóvenes querían predecir cuál sería la duración o cuando se produciría la destrucción de una docena de planetas. Wain Scarlet debía tener una experiencia de cien años de servicio y cinco o más de clasificación física. Bien pagado, un activo diputado-guardián en la Tierra podía fijar su propio precio.

Las memorias no eran literalmente tan sosas, pero esos fueron los términos con los que Scarlet resumió la situación para su propio beneficio. Había pasado un tedioso siglo en Denebola IV, esperando este resquicio, v había saltado a través de él.

El salto no era fácil.

Su propio rostro era el primer y gran obstáculo. Era un enano huesudo y pecoso en un mundo donde esa innecesaria fealdad chocaba. Sus medio-condicionados padres habían rehusado tergiversar los designios de la naturaleza, y, antes de que fuese suficientemente mayor para someterse a la cirugía estética, había empezado a disfrutar la cruel satisfacción que le producía el dolor que podía infligir a los seres maravillosos que lo rodeaban, con su frente combada, sus dientes salientes y la desafiante mirada de sus ojos amarillos.

Las demás barreras las había levantado él con su manera de ser. Acostumbraba a sospechar de todo y seguía un patrón de agresividad e innecesaria lucha. Aunque ya había pasado algún tiempo en naves neutrónicas del Servicio para dejar una docena de mundos detrás de él

para siempre, no había escapado todavía a su malsana necesidad de huelgas y barullos.

Esta vez iba a provocarlas con más fuerza y a correr más lejos. Su meta era la frontera galáctica, la lápida y extensible pompa de los sistemas planetarios reclamados y conquistados por pioneros interestelares.

Fuera de allí, a mil o a diez mil años-luz de la avanzada del Servicio, todos los hombres eran humanos. Quizás con el precio de los planetas podría comprar una última escapada de todo lo que temía.

Si sus planes parecían demasiado atrevidos para un vulgar empleado del personal regional, ellos habían estado creciendo durante un largo período de cien años, mientras él había soportado pacientemente toda la incesante enseñanza de las gloriosas tradiciones y las aburridas obligaciones del Servicio, y cuidadosamente ocultaba su irritante resentimiento hacia todos los seres bellos de su alrededor. Cuando la ocasión surgiera él estaría listo.

El instrumento afortunado fue Warden Thornwall, un inocente y oscuro joven a quien él despreciaba secretamente por su anónima belleza y su franca camaradería e innegable inteligencia.

—Wain, aquí hay un caso que puede interesarle. —El guardián echó un pequeño paquete en la mesa de su escritorio—. Un planeta salvaje al otro lado de la no-existente, está a punto de alcanzar una crisis de contacto. Los nativos están jugando con cohetes y la teoría atómica. Nuestros vigías dicen que pronto nos descubrirán. Esto supone el final de nuestros derechos y obligaciones bajo la Convención del No-Contacto. Si verdaderamente lo merecen, tendremos que introducirlos a la civilización.

—No seré yo el que no respire hasta que lo hagan. —Scarlet hizo un doloroso esfuerzo para imitar la sonrisa abierta de Thornwall—. He presenciado crisis de contacto antes de ahora. Las nuevas razas generalmente necesitan varias generaciones del supervisado entrenamiento psiónico antes de que podamos certificar que son efectivamente humanos.

—Sol III no será una excepción —asintió el bello joven ajeno a la enigmática aversión de Scarlet.

—Encontrará usted todos los viejos argumentos para extender la cuarentena y para ponerla al día. Avanzados e inquietos guardas de zoológicos, piratas que quieren un planeta abierto para saquearlo y tratantes sociales que necesitan un nuevo mundo que salvar. Pero estos casos nos dan una nueva complicación.

Scarlet miró fijamente los documentos, tratando de ocultar la

mirada de ilícita esperanza de sus mustios ojos. Conociendo como conocía su hándicap mental, hizo lo posible por disimularlo.

—Verá usted una muestra del servicio de señales —explicó el guardián—. Quieren usar Sol para la primera unión de su nueva pantalla intergaláctica. Nos están pidiendo que evacuemos a todos los seres humanos de sus proximidades, antes de que empiecen la transmisión.

—¿Tienen que usar a Sol?

Scarlet miró a Thornwall preguntándose cómo la llameante demolición de todo el sistema solar podía redundar en propio beneficio.

—¿Es que no hay suficientes soles desiertos?

—Según la definición que dan ellos, Sol es un astro desierto. ... El maravilloso hombre sonrió con serenidad.... Incluso después de cinco mil años bajo nuestra supervisión, los nativos antropoides han caído en la calificación de ciudadanía galáctica. Temo que los informes progresivos alberguen dudas de que alguna vez lleguen a serlo.

—Pero todavía continúan viviendo.

—Cualquier estrella que usted señale tiene una media docena de planetas con algún destello do vida. Los especialistas han hecho un estudio científico de las estrellas servibles para su proyecto inicial. Necesitan doce mil estrellas del verdadero estilo espectral, compactamente agrupadas aquí en el centro. Sol es la primera de su lista.

—Seguro que habrán algunas protestas —apuntó Scarlet astutamente... Incluso de viejos miembros del Servicio.

—Sabía que el caso le podía interesar a usted. —Thornwall resplandeció con ejecutiva seguridad—. ¿Por qué no mira usted el memorándum?

Tendré que actuar con la sección de discos, pero creo que está usted en lista para la asignación del trabajó que le interesa.

Scarlet murmuró unas cuantas palabras corteses de elogio por sus rivales en el despacho, pero él sabía ya lo que dirían en la sección de discos. Una vez, sesenta años antes, otro guapo e inocente joven guardián había confiado en él con los discos. Se echó con rapidez sobre los documentos, tratando de ocultar el súbito destello de triunfo que apareció en sus ojos amarillos.

—Dispondrá usted de tres posibles decisiones —continuó Thornwall—. Puede ser que usted decida que los planetas habitados necesitan unos cuantos siglos más bajo nuestros cuidados para madurar su propia cultura. Si es así, puede usted actuar dentro de los

límites de los Covenants para retrasar el contacto y extender la cuarentena.

Scarlet asintió sin mucho interés. Tal decisión podía agradar a los viejos y cautos dirigentes del Servicio, pero no ofrecía ninguna ventaja para él.

—Por otra parte, puede que usted encuentre que los nativos están preparados para ser admitidos en la civilización —dijo el guardián—. En tal caso, puede usted abrir el planeta al tráfico con las estrellas, bajo cualquier supervisión que a usted le parezca bien implantar.

Scarlet resplandeció ante el olor del dinero. Cada crisis de contacto traía consigo un extraño gentío de todos los planetas de los alrededores, guiados por cientos de motivos para acoger con satisfacción la nueva raza en una peligrosa libertad de civilización galáctica. Con toda seguridad le pagaría lo que pidiese.

—O, finalmente, puede que usted decida que los aborígenes nunca servirán —terminó Thornwall—. Si es así, puede usted dirigir la protesta contra el proyecto de pantalla y ordenar la evacuación de cada ciudadano galáctico a un año-luz de Sol.

Scarlet frunció el ceño al considerar esto. Al servicio de señales no le podía ofrecer sobornos, pero había muchas maneras que un hombre listo podía aprovechar en la libre vida de las fronteras. El primer rayo mortecino del rayo intergaláctico debía ser una señal para su fortuna. Sus mortecinos ojos relampaguearon de nuevo.

—Pensé que le interesaría a usted —dijo el guardián—. Déjeme hablar con el director.

Incluso después de esta afirmación, las órdenes actuales parecieron tardar un siglo. Scarlet esperó envarado durante tres días haciendo como que trabajaba, luchando contra un helado miedo de que sus manejos con los discos hubiesen sido descubiertos. Cuando al fin Thornwall vino y le palmeó la espalda se estremeció de terror sin poderse contener.

—Ugh… —dio un rápido suspiro—. ¿Qué hay de nuevo, señor?

—El director quiere verle —dijo con una significativa sonrisa—. Va usted a obtener el permiso del que le hablé. ¡Y del tiempo también!

Sus rodillas continuaban temblando cuando entró para enfrentarse con el director, cuya musculatura perfecta brillaba tras una película de acerado polvo. Deseaba sentarse, pero el untuoso dios metálico le mantuvo de pie durante un minuto mientras le observaba con los grises y fríos ojos que brillaban con la desapasionada autoridad de un perfecto condicionado psiónico. No pudo evitar un estremecimiento.

—¿Está nervioso, Scarlet?

El asintió envarado, mientras hacía una mueca que pretendía ser una sonrisa en su secreta miseria.

—No se lo reprocho. —Con acerada y dura prisa, el gigante le permitió sentarse—. Después de todos sus años en este fácil destino, debe usted temer ser trasplantado.

Su miedo era demostrar demasiado su ansiedad.

—He estado muy contento aquí, señor —estuvo de acuerdo con voz que trató de que pareciese agradecida—. Aborrezco tener que dejar mi hogar, y además tengo un número de ocupaciones que no me gusta interrumpir.

La metálica voz asintió con simpatía.

—Es un buceo del planeta. —Realmente él detestaba el deporte porque su imperfecta integración le había dejado peligrosamente inepto para el engranaje psiónico. Una compulsión nerviosa le guiaba —. He traído un equipo de un amigo que ha sido trasladado. Él ha estado buceando en soles buscando las famosas luces vivas. Tiene una teoría de que son inteligentes...

—Quizás lo sean —la fría afirmación del director heló su sonrisa de excusa.

—No sé cómo ningún complejo de iones y de energía atómica y electromagnética puede tener inteligencia, pero he traído algunos extraños gráficos psiónicos producto de mis investigaciones.

—De cualquier modo venderé mis herramientas. —Scarlet, alarmado, se recogió rápidamente como si el director se hubiese convertido en una bola de ardiente fuego—. No estaba realmente preparado para esta clase de misión, pero el Servicio es lo primero.

—Vivimos para los mundos que están bajo nuestros cuidados —el inflexible hombre entonó este viejo slogan con tanta solemnidad que Scarlet sintió un desagradable frío que le corría por la espalda—. Dejamos nuestros propios mundos detrás cuando hacemos el juramento del Servido.

—Yo no estoy volviendo la vista atrás, señor. —Las palmas de sus manos estaban húmedas por un súbito temor de que se hubiese excedido en su papel de disgusto, pero sus ojos estaban puestos en los nuevos mundos que tenía por delante—. Aunque supongo que ya he estado aquí demasiado tiempo. Casi he olvidado lo que se siente al conducir una nave neutrónica para saltar a través de doce o cien años, sabiendo que no se puede volver.

—Eso es nuestra vida —el magnífico hombre hizo una pausa para estudiar los discos que él había alterado, tan de cerca que le hizo temblar.

—La situación es mala allí en Sol III. Con franqueza, Scarlet, estaba dudando de mandar un hombre de una condición tan incompleta como usted. Especialmente uno sin gran experiencia. Pero tenemos demasiados planetas que observar y cuidar, y pocos hombres dedicados. Estoy un poco sorprendido de que le hayamos dejado aquí tanto tiempo. —El director le dedicó una plateada sonrisa—. Pero esta situación es apta para hacer un llamamiento a todo lo que ha aprendido usted en los últimos cien años.

Scarlet abrió el pequeño paquete de despachos psiónicos que había empujado a través de la mesa, tratando de absorberlos con tanta velocidad como si clasificase cinco. Thornwall, abreviando, le ayudó a decidir con el ceño fruncido por la preocupación.

—Este último informe de Sol III tiene ya cincuenta años. —Su importancia se hizo rápidamente característica—. Tardaré por lo menos otro tanto para llegar allí por las rutas normales. ¿Qué puedo esperar encontrar?

—Su problema, Warden —el director se estaba ya volviendo, para alcanzar otro nuevo montón de despachos—. La finita velocidad de nuestras comunicaciones es lo que hace necesaria su misión. En una crisis de contacto, debemos tener un hombre de responsabilidad en el lugar.

—Puede confiar en mí, señor. —Scarlet habló con piadosa gratitud por el límite finito sobre la velocidad de cada clase de señal, incluso sobre el rayo de la pantalla intergaláctica. Después ningún informe sobre su decisión podría volver aquí. Estaría tan lejos, más allá de Sol que ninguna posible .persecución podría alcanzarle.

—Estaré en guardia.

—Lo necesitará usted —le advirtió el acerado hombre—. Una crisis de contacto trae consigo toda clase de gente. Algunos tan puros como la luz. Otros más salvajes que los propios salvajes, por cuya custodia damos nuestras vidas.

Scarlet subió a la nave que le habían dado a la siguiente mañana, llevando la mayor parte de sus pertenencias en una pequeña bolsa. La verdadera recompensa del Servicio era la satisfacción del mismo; verdaderamente que había recibido muy pocas de otra clase.

Se sentía muy contento de abandonar lo que dejaba atrás, el demasiado arriesgado buceo-planeta, la zambullida en el arte psiónico y la innecesaria super-cultura con la que había tratado de matar los años de ocio. No podía evitar sentir un secreto alivio por su separación del grupo de matrimonios, aunque había tratado de representar un convencional acto de sentimiento.

Incluso había pedido a Glade que le acompañara. Ella era una sofocante y superficial rubia que siempre había insistido en que simplemente se había sentido fascinada por su fenomenal fealdad, pero ahora a él no le sorprendía que eligiese quedarse con sus otros maridos más bellos y con las civilizadas amenidades de Denebola IV.

El aparato entró en las corrientes neutrónicas, los vastos vientos ele invisibles neutrinos que brotaban de las Novas y soplaban a través de galaxias a casi la velocidad de la luz. La velocidad escorzaba el tiempo. Un largo cuarto de siglo en les planetas que dejaba atrás y en los que tenía por delante, no era más que unas pocas semanas para Scarlet, y él aún estaba embriagado por el vino de su triunfal escapada de aquella perfección que odiaba, cuando Ja nave tocó la estación de Procyon.

En el bar del puerto-espacial, pidió una bebida para un empleado del correo del Servicio de la región de Régulus, y le pidió noticias de la Tierra.

—La luz tiene una maldita lentitud —exclamó, disfrazando esta baladronada sobre su misión—. Una crisis de contacto se va a producir en un mundo como Tierra, y será antes de que podamos llegar allí para hacer algo. ¿Qué me dice de Tierra?

El correo pareció confuso.

—Sol III —dijo Scarlet.

—Oh, hemos ido allí —dijo el correo acompañando sus palabras con un gesto malicioso—. Sería mejor tener una mujer constante y una biblioteca, si espera usted que esos pendencieros monos se civilicen.

—¿Eh? —Scarlet apuró su bebida sintiéndote incómodo—. ¿Es que no están próximos al contacto?

—No, que yo sepa.

—Estaban lanzando cohetes militares hace cien años —protestó él esperanzado—. Habrán llegado al espacio.

—Pero no con ningún objeto pacífico. Iban a tientas hacia las bombas termo nucleares, cuando recogimos esos despachos. Pronto volarán la corteza de su pequeño gusarapiento planeta. Incluso si, por equivocación, irrumpen en nuestro mundo, no quiere decir que encajen en una sociedad civilizada.

—¿Quiere otro vaso?

Scarlet pestañeó al sonido del timbre que marcaba el final de su descanso.

—Gracias, pero mi nave está a punto de salir.

Se apresuró a volver llevando el ceño fruncido.

Después de varias semanas de tiempo espacial muy aburridas

observó a Sirio que brillaba frente a él como una nova natural. Las noticias de Sol III eran veinte años más recientes, pero todavía angustiosas.

—Grandes tribus están haciendo mayores guerras con mejores armas. —El oficial de comunicaciones gesteó sardónicamente—. Si llegan a hacer el contacto, probablemente nos atacarán con bombas termonucleares. Ahora somos nosotros los que necesitamos protección.

—Puede que sean molestos. —Pequeños y fuertes músculos acentuaron la fealdad del pizzicato rostro sin barbilla de Scarlet hasta que el hombre mejor intencionado pareció alejarse sintiéndose incómodo.

—Pero yo los civilizaré —murmuró desafiante—. Si es que son humanos.

Quizá no lo fueran, reflexionó en silencio. Quizá tuviera él que aprobar el proyecto de pantalla después de todo. Pero, antes de decidirse a aprobar ese fatal proyecto, intentaría que le pagasen bien su decisión. Su primera meta sería la fuente de sus ganancias.

Estaba alerta olfateando el dinero cuando la nave llegó a la estación de Próxima. Salió para husmearlo y sólo percibió el olor de problemas. Los incansables aborígenes habían fletado cohetes al espacio, pero las zonas de radiación habían entorpecido sus esfuerzos para alcanzar el satélite de la Tierra.

Volvió desanimado hacia la nave cuando descubrió una chica junto a una compuerta frente a él. Un oficial del Servicio le había cortado el paso. Ella protestaba en una extraña lengua que él nunca había oído antes, y lo hacía con tanta vehemencia que conectó su traductor psiónico.

—¡...incondicionado desatino! —El sentido de las palabras le llegaron súbitamente a través del aparato—. Puede usted ver que mi pasaje está aclarado a través de su propia oficina de transporte.

—Usted puede venir —asintió el oficial de mala gana—. Pero sus deshechos no.

Scarlet percibió el indignado ajetreo de su respiración, cuando el oficial señaló obstinadamente al montón de maletas colocadas junto a la rampa. En respuesta a su mirada, las blancas etiquetas de los bultos se llenaron de palabras que pudo leer como si estuviesen escritas en su lengua nativa:

CONTENIDO: Equipo de Acondicionamiento Psiónico.
CONSIGNATARIO : Misión de Briarstone
CUSTODIADO POR : Coral Fell.

Los rotules palidecieron cuando volvió los ojos bacía Coral Fell.

—No son deshechos, y tampoco son míos —informaba ella calurosamente al oficial—. Pertenecen a la gente de Sol III, Están a punto de tener una crisis de contacto, y en el momento que sean puestos en cuarentena necesitarán ayuda. Yo voy allí para abrir un centro de entrenamiento psiónico para ayudarles a dar el difícil salto a la civilización. Todo esto no es más que el raído equipo esencial para la primera clínica...

—No importa que sea una luz viva en cautiverio, esto no es una carrera ordinaria —soltó el oficial—. Nuestro limitado espacio para la carga está completamente lleno con suministros de la estación de Sol. Espere a que haya un cargador.

—Pero es que no habrá ninguno. —Un sollozo sacudió su bien condicionada confianza. Ninguno hasta que el estado de cuarentena sea declarado. No vendrá ninguna nave adicional en tres años...

—Lo siento —respondió desagradablemente el oficial—, pero nosotros nos vamos.

—¡Espere! —Su voz desesperada decayó, pero el aparato traductor aún recogió sus palabras—. Tengo fondos de mi propiedad. Puede que podamos llegar a un acuerdo privado.

—¡No soy de los que se dejan sobornar! —estalló el oficial con indignación—. Por ello deduzco que a usted no le está permitido salir en ninguna nave de la estación de Sol.

Ella se volvió, y Scarlet se sintió cautivado por su furiosa belleza. Su largo pelo brillaba con azules lunas psiónicas, y su boca tremulaba en brillos dorados en su exquisito y fino rostro. Con lágrimas brotándole de sus ojos violeta, ella se dirigió hacia él, cegada.

—¡Warden Scarlet!

El oficial fue hacia él con inesperada cortesía.

—Así que usted ya ha visto los suspiros de Próxima.

—¿Es usted un empleado del servicio? —Súbitamente la chica lo había visto, pero parecía que no había reparado en su fealdad. Su sonrisa lo iluminó—. ¿Puede usted ayudarme?

—Quizá pueda. —Se volvió resueltamente hacia el oficial—. Cuando la cuarentena sea levantada, los nativos necesitarán toda la ayuda que se les pueda dar. Llevaremos a Coral Fell y todo su equipaje. En mi propio departamento, si fuera necesario.

—Bien, señor. —El oficial había enrojecido, hasta casi adquirir un color morado, pero asintió envarado—. Veré de hacerle sitio.

—Gracias, Warden. —El beso de ella lo dejó casi sin respiración, antes de que tuviese tiempo de reflexionar que ella debía de venir de un mundo con más convenciones casuales que en el suyo—. ¿Cómo podría pagárselo?

—No necesito que me pague. —Se sintió incómodo consigo mismo. En su judicial posición no podía pedir el soborno que el oficial había rechazado. En su trato con ella tendría que emplear un delicado tacto —. Pero, ¿nos encontraremos para almorzar?

Ella se reunió con él a la hora de la comida, maravillosa en un traje de entretejidos filamentos psiónicos, que reflejaban todos sus pensamientos y astados de ánimo en la marea da coloras, y siempre amplificando su admiración ante su belleza. Pronto descubrió que era mucho más que una simple misionera.

Hizo una mueca ante tanta perfección, con su viejo e incómodo rencor, pero de cualquier forma ella no sentía ni fascinación ni repulsión por su total fealdad. Simplemente parecía no fijarse en eso. Quizá, pensaba él, ella había vivido en alguna frontera donde la cirugía estética no estaba de moda. O quizás su misma deformidad había apelado a la misma generosidad que la había empujado a prestar su ayuda a los nativos de la Tierra.

—Así que todo el futuro de esos planetas está en sus manos. —Su sincera admiración acabó de derribar su posición defensiva—. ¿No es esa una decisión demasiado importante para dejarla en manos de un solo hombre?

El mantuvo su respiración para asegurarle que había sido entrenado durante largo tiempo para esta misión, y que había sufrido varias pruebas, pero cuando recordó la manera con la cual había asegurado secretamente su propia selección, una ola de vergüenza lo sepultó.

Afortunadamente, la comida había sido servida. Allí había platos que él no había nunca visto antes; mientras ella le informaba que eran bioformos de Próxima II, le dio tiempo de recuperarse de su inesperada confusión.

—El servicio es una organización voluntaria —informó él—. Aunque naturalmente tenemos estatutos oficiales. Nuestro problema es que muy pocas personas quieren presentarse como voluntarios para abandonar sus planetas, y su tiempo, para ir viajando a través de extraños mundos y edades, dando sus vidas para guardar a ignorantes salvajes. Nunca tenemos hombres suficientes, pero hacemos lo que podemos.

—Nosotros mismos somos voluntarios —asintió ella con simpatía

—. Yo me uní a la misión por mi padre. Era propietario de una gran flota de naves neutrónicas. Solía operar hacia el Edge desfalcando los nuevos mundos de todo lo que fuese servible. Todo suficientemente legal, pero mi Madre me enseñó a no querer eso. Cuando heredé su fortuna, volví a estos olvidados planetas centrales, para devolver lo que él se había llevado.

Interiormente regocijado con todas estas nuevas de lo que ella iba a desprenderse, Scarlet empezó cautelosamente a darle cuerpo a la idea de que él podría ser el que lo recibiese. Admitió después del vino que hacía tiempo que había perdido las juveniles ilusiones que le llevaron a presentarse como voluntario.

—Recuerdo cuando este pensamiento me hacía temblar —dijo él —. Saltando los siglos, observando todos los mundos retrasados que surgían de la jungla. El problema está en que tardan demasiado. Surgen demasiado pronto para volver a caer demasiado lejos. Hemos estado guardando a Tierra durante cinco mil años.

Él se estremeció de nuevo ante la admiración de ella.

—Francamente, Coral, he decidido dejar el Servicio tan pronto como pueda permitírmelo. Estoy harto de la disciplina, de la larga monotonía, de todos los sacrificios. Quiero tener una vida decente y una familia permanente.

Como ella sonriera, las fibras psiónicas de su vestido produjeron un velo como de llama rosada en las que se reflejaron las emocione» de cada uno en una radiante mezcla. Él pensó por un instante que había dado en el blanco.

—¡Por su nuevo futuro! —Ella chocó su vaso contra el de él—. Creo que es usted inteligente al resignarse, porque nunca he estado de acuerdo con la filosofía de cuarentena. Es casi criminal dejar un mundo como la Tierra sumergido en la oscuridad durante cinco mil años, cuando el entrenamiento psiónico podía haberlo civilizado en dos o tres generaciones.

—¡Por su misión en la Tierra! —El apuró su vaso, tratando de no pensar en las jóvenes civilizaciones que él había destruido con un contacto prematuro—. Si puedo llevar a cabo el estado de cuarentena.

Esto era tan claro como se atrevía a ser, pero aun así ella continuó sin entender. Su propio desaliento apagó toda la ardiente gloria de su vestido dejándola casi desnuda bajo los grises y muertos filamentos mientras ella se inclinaba para volver a chocar sus vasos.

—¡Por nuestra nueva Tierra! —suspiró ella—. Hagámoslo así. Usted volverá a encontrarse a sí mismo de nuevo en la excitante tarea de civilizar el planeta. Usted y yo juntos.

Él se sintió acometido por el pánico.

—Espere que me decida —murmuró desesperado—. Olvida que Sol III no está todavía calificado para la civilización. A menos que encuentre campos para sembrar la ciudadanía galáctica, el planeta será incinerado.

Su brillante vestido palideció con el shock, cuando él le comunicó el proyecto.

—Wain, ¿cómo puede usted pensar eso?

—Sus ojos desmesuradamente abiertos parecían negros—. ¡El asesinato de todo un mundo! SI crimen multiplicado tres billones de veces!

—La extinción de toda una cultura nativa pilada parecer deplorable —dijo—. Paro no será «si asesinato da ningún modo, no, a menos que los Dativos hayan permitido los estatutos humanos.

—¡Pero ellos son personas, Wain! —Su cara se encendió de nuevo con implorante urgencia—. Un trabajador social de nuestra misión pasó meses allí disfrazado bajo sus horribles ropas como si fuese un estudiante de medicina. Examinó a cientos de ellos. Físicamente son completamente humanos como nosotros.

—Los estatutos humanos dependen del logro mental —le recordó él astutamente—, o para ser más exactos, depende en este caso particular da mi propio juicio ordenado.

Incluso entonces, ella no comprendió. Para su bien condicionada inocencia un diputado guardián se encontraba muy por encima da la corrupción. Sus puras ilusiones permanecían inmunes al audaz aprovechamiento que él se permitía hacer, como la roja Próxima se desvanecía detrás y moría.

El soborno que él quería, ella nunca lo pagaría. Pero toda su inocencia servía para refrenarla en usar el arte de la prensa psiónica y presionarle con otra clase de soborno que la incluía a ella misma. A ella parecía no importarle sus dientes sobresalientes de roedor ni el brillo da sus ojos amarillos ni siquiera el triste chapuzo de su condición.

Durante el camino a Sol, ella habló de sus magníficos planes sobre la Tierra. El equipo que había rescatado podría sólo servir para el primer centro de entrenamiento psiónico, pero ella esperaba poder llevar más. Sus materiales serían inadecuados al principio, incluso si él decidía unirse a su misión, pero los nativos que ellos entrenasen pronto se desperdigarían para abrir nuevos centros en cada pueblo.

Al final del vuelo, estaban sentados juntos en la cúpula ocular cuando el satélite eclipsó el resplandor del sol. La Tierra aún brillaba

en el negro espacio frente a ellos, como una pequeña y verde luna con un pico manchado de hielo. Observándola, Coral contuvo el aliento con un pequeño suspiro de pura delicia.

—¡Es tan maravilloso! —suspiró ella—. Tan maravilloso y nuevo. Hay todas las oportunidades que se puedan desear.

Scarlet asintió, pero sus ojos no la dejaban. Con un ardor misionero, se había hecho un lavado psiónico de pelo que daba ardiente vida a su alegría, y había espolvoreado su cuerpo con un polvo que amplificaba sus sentimientos de ansiedad con centello de puntas de diamante.

—¡Quédese, Wain! —dijo ella cogiendo sus manos—. En unos cuantos cientos de años tendremos la civilización resplandeciendo aquí.

—Pero yo no estoy… completamente condicionado —recordó él sintiéndose incómodo. En este tiempo habré llegado a una edad media. Observando como su pelo se tornaba apagado con su protesta, musitó en tono desabrido—: Yo voy donde la vida merece la pena de vivirla, tan pronto como mi trabajo aquí esté hecho.

—¡Pero Wain! —El polvo psiónico se volvió frío y azul sobre ella, reflejando su propia desilusión—. No puedo abandonar la misión, y usted sabe que nuestra labor aquí nos tomará dos o trescientos años.

—Su labor —puntualizó él sin alegría.

Á pesar de lo fantástico que pudiera parecer a los que no lo poseían, el entrenamiento psiónico requería afanarse y tiempo. Para que llegase a ser completamente efectivo, el pre-acondicionamiento tenía que empezar en el momento de nacer, guiado por padres ya condicionados. Las primeras generaciones siempre fueron medianas, perdidas entre mundos, como él mismo había estado. No quería volver a la desesperanza ni a las agónicas frustraciones.

—¡Quédate! —suspiró ella bañada por un súbito halo de devoción. Nos casaremos el día que dejes el servicio. Mi propio acondicionamiento ayudará a completar el tuyo, y encontrarás que tu trabajo lo vale todo. Cien años en la Tierra no serán demasiados, ahora que nos queremos.

A pesar suyo, casi la tomó en sus brazos. Menos que medio-condicionado, estaba poco inmunizado ante su atractivo psiónico. Inclinándose para besar el fino trazo verde de su boca, él tembló con desesperación. Pensó que todo estaba perdido.

Pero la oscuridad empezó a caer sobre la cúpula. Miró al exterior para ver la negra y dentada superficie de la luna elevándose para morder la enjoyada Tierra, cuando la nave aterrizó. Agradecido por la

interrupción, se evadió desesperadamente.

—¿Qué te pasa, Wain?

Su suave voz le hizo estremecerse, pero no quiso volver la vista atrás para evitar su psiónico atractivo. Permaneció de pie observando la creciente tierra hasta que su último centelleo hubo desaparecido.

—Dímelo, querido —le suplicó ella—. En todo lo que vaya mal quiero ayudarte. Tu tardío condicionamiento entorpece tus reacciones. Me cuesta mucho comprenderte.

Se sintió interiormente agradecido por el oscuro velo que cruzó su mente. A ella no podía decírselo, pero había vuelto a hacer su balance. Ella lo había inducido peligrosamente, pero seguramente encontraría a otra mujer bonita que estuviese dispuesta a pasar por alto su fealdad cuando él fuese rico. Ya había malgastado demasiado tiempo de su corta vida para las mezquinas recompensas del Servicio; no quería dedicarle a ella lo que le quedaba de juventud. Seguramente alguien le pagaría por provocar el estado de cuarentena.

—Querido —en su voz se adivinaba la desesperación—. ¡No pienses nunca que me considero por encima de ti!

—Claro que no lo creo. El miró fijamente a las tinieblas, temeroso de mirarla. Ya estamos aterrizando. No he hecho más que... más que pensar en mi obligación.

—No te comprendo.

—Soy un guardián diputado. Estaba deliberadamente malhumorado. He venido aquí para decidir el futuro de un planeta. Las leyes y tradiciones del Servicio no me permiten intimar con nadie que pueda influir en mis decisiones.

—¿Es eso todo? —Ella rió casi sin respiración—. ¡Eres muy tonto, querido! No sabes cuánto necesitas reacondicionarte. Pero respeto tus principios. Dejaré de presionarte hasta que la Tierra haya sido admitida para la civilización.

Él le dedicó una mirada incómoda, y la encontró normalmente atractiva. La nave dio una sacudida y se inclinó disponiéndose a posarse sobre el satélite. Ambos se volvieron para buscar la estación Sol. Era completamente de noche.

—¡Es todo magnífico! —susurró ella, antes de que su encantamiento se hubiera ensombrecido por el miedo—. ¿Pero dónde está la estación?

—Aún está camuflada —apuntó él—. Esos montecillos de roca no son más que membranas pintada», si sabes mirarlos, verás que son huecos para ocultar las naves neutrónicas en la tierra. Las principales instalaciones están en ese pico, y bajo él. ¡Mira!

El señaló hacia un destello metálico que se movía en el fingido cráter. Una escondida puerta de aire se abrió. Algunos hombres del espacio aparecieron ante su vista, conduciendo los brazos de un transbordador múltiple como una grúa de ondulantes brazos.

—¿Qué están haciendo?

—Aparejando una pantalla para ocultarnos —dijo él—. Saldremos tan pronto como esté instalada.

Ella dijo que tenía que ir abajo para terminar de empaquetar las cosas, pero en vez de eso se entretuvo en la cúpula observándolo tan agudamente que él se sintió incómodo. Aunque él sabía que un acontecimiento avanzado incluía una prohibición de registro metal, no pudo evitar un molesto resentimiento por su psiónica superioridad.

—Continúa —exclamó él—. Me reuniré contigo abajo a la salida.

—Estás preocupado, Wain. —Su cálido acento le demostró que no había estado escudriñando ninguno de los culpables secretos de su mente—. ¿Por qué?

—Es por el camuflaje. El señaló a los montecillos figurados al pie de la montaña. Es demasiado pronto.

Cuando descendió por la rampa desde la salida linos minutos más tarde, dentro de la cavernosa tienda que habían levantado para ocultar la nave, el comandante de la estación estaba esperándolo para dirigirle el saludo debido a su rango v su misión.

El Comandante Newbolt era un gigante rubio que hacía resaltar su viril presencia con una liberal abundancia de cosméticos psiónicos. Oyendo la excitada respiración de Coral cuando vio por primera vez el brillante manto de magnífica masculinidad que revelaba su muscular belleza, Scarlet lo odio instantáneamente.

—Su alojamiento está preparado, señor. Abajo, en el Túnel Siete. Espero que lo encuentre adecuado, porque según creo, va usted a permanecer aquí bastante tiempo.

—¿Qué hay de la crisis? —No pudo contener la pregunta —. ¿Han llegado los nativos?

—Aún no, señor.

—¿Por qué no? —Trató de desechar su pánico—. Tuvieron la crisis de contacto hace cien años. Esperaba encontrar sus cohetes aquí.

La repugnancia por su fealdad y el freno por el cargo que ostentaba se adivinaban veladamente bajo la jovial satisfacción de la sonrisa de Newbolt.

—Temo que va a notar usted que mi predecesor sufrió una equivocación al preparar una crisis aquí tan pronto. A su tiempo le aconsejé que no mandase a por usted.

Scarlet miró al enorme comandante, haciendo acopio de valor. Podía ya apreciar que Newbolt era lo suficientemente estúpido como para tomar una peligrosa actitud hacia el soborno.

—¿Cómo es eso? —preguntó—. ¿No estaban los nativos a punto de alcanzar este satélite?

—Han estrellado sus pesados y pequeños cohetes aquí —explicó Newbolt—. Pero incluso si llegan a vivir para descubrirnos, no están preparados para la civilización. Su cultura está enferma con un militarismo patológico.

—Apoyaré debidamente su opinión cuando pueda comprobarlo por mí mismo. —Las palabras de Scarlet fueron como un trallazo.

Pero Newbolt permaneció imperturbable.

—Hemos estado reuniendo las pruebas de la evidencia para que las considere Su Equidad. Cuando su nave fue descubierta, ordené que todos los seres humanos que existen en el sistema Solar se reuniesen aquí para recibirle.

—Gracias.

—Mi consejo es que apruebe usted el proyecto de señal —añadió Newbolt—. Estoy convencido de que nuestra larga vigilancia aquí ha sido un tiempo perdido. Los nativos se han hecho más numerosos y más destructores, pero difícilmente más humanos.

—Solicitaré su consejo cuando lo necesite —dijo Scarlet—. Por favor, haga que mi equipaje sea llevado a mis departamentos, y arregle las cosas para que la visita empiece cuanto antes.

—A la orden, Su Equidad.

—¡Wain! —Coral Fell llegó flotando hacia ellos envuelta en una nube rosada de admiración y con los ojos fijos en Newbolt—.Quiero que me presentes al Comandante.

—No creo que te guste —le previno él—. Me está aconsejando que apruebe el proyecto de pantalla.

—¿Es verdad eso?

De mala gana. Scarlet se lo presentó. Su poder psiónico brillaba como el polvo galáctico, reflejando su encanto y la masculina admiración de Newbolt.

Cuando ella le pidió que la dejase presenciar la vista, Newbolt asintió sin esperar que Scarlet estuviere de acuerdo.

Un fuerte ascensor mecánico les dejó caer desde la torre al interior de la luna con tanta rapidez, que Scarlet, que no estaba aún acostumbrado a la ligera gravitación, tuvo que aferrarse a una agarradero para que sus pies continuasen en el suelo.

Con una media sonrisa, Newbolt los escoltó rápidamente a través

de una larga galería que era un museo del planeta que custodiaban. Había cajas de cristal llenas de hachas de piedra, enmohecidos utensilios para la comida y primitivas armas arrojadizas.

—Esta es nuestra exposición más reciente.

Newbolt se detuvo ante un nicho donde un ligero cohete de aluminio colgaba cubierto por una capa resplandeciente de polvo helado del planeta.

—Esta es la primera nave espacial de la tierra.

—¿Cómo es que la tienen aquí?

—La seguimos desde la Tierra. Los nativos trataban de que llegase a la Luna, pero se metió en medio de una radiación solar demasiado caliente para su contextura. Después de que hubiese muerto, salvamos el equipo —continuó Newbolt—. Si llegan a saber que les estábamos espiando....

—¿Los dejaron ustedes morir? —interrumpió Scarlet—. ¿Aquí, en el espacio?

—Ya conoce usted los Covenants —contestó Newbolt irrespetuosamente—. Han fallado el contacto. Por lo tanto no podíamos intervenir.

Ochenta y siete seres humanos habían respondido a su llamada. La mayoría de ellos pertenecían al servicio de cuarentena, pero otros dejaron sus salvajes mundos tan variados como su cultura interestelar. Un trío de operadores había estado observando a través de los asteroides. Un artista primitivo había estado grabando una fantasía épica de una nave perdida en una luna rocosa de Saturno, rodeada de las fantásticas luces de la leyenda espacial. Un arqueólogo había abandonado un agujero en Marte. Media docena de agentes del exterior había renunciado agriamente a sus intereses como habitantes de la Tierra. Esperando bajo la vieja cúpula de piedra del pequeño auditorio, estos legales seres humanos se habían dividido en tres bandos contendientes.

—¡Son bestias con las que cebarse! —Newbolt la dedicó al grupo más cercano un gruñido con el que aprobaba sus palabras—. Rumores de la crisis se han estado extendiendo por el espacio desde hace un siglo. Esos lobos han venido aullando, agujereando todo para saquear el planeta. —Rió entre dientes—. ¡El proyecto les dejará bien servidos!

Scarlet no contestó. Vestido con el brillante azul oficial, se acomodó en su banco y esperó que Newbolt impusiera silencio en la asamblea. Con sus fieros ojos achicados por la cólera estudió los tres rostros hostiles.

Newbolt se dirigió hacia el asiento de la estación. Coral le siguió

envuelta en un polvo dorado y con un destello de fuego psiónico irradiando de su cara. Scarlet se ajustó su corpiño alejándose dolorosamente de su magnífica belleza.

El anacoreta ciego y cadavérico en su celda de cristal, se había dirigido hacia donde los tres jóvenes esperaban con el simple traje espacial del Servicio. Scarlet frunció las cejas desaprobadoramente, ante su contenido poder, y buscó con la vista las bestias con las que tenía que cebarse.

El rezagado grupo de su derecha incluía al barbudo artista y los decrépitos inspectores espaciales, que se encontraban entre una docena de otros. Eran fieras enfebrecidas; no vio ningún indicio de la fortuna que deseaba. Amargamente, reclinado y leo en el banco, empezó la fórmula oficial que invocaba la vieja justicia humana.

—No es más que una pura rutina —carraspeó, haciendo una pausa para saborear el dolor que le producía la vista del maravilloso hombre —. Pasaremos por alto los formulismos y llegaremos directamente a los hechos. Haré un resumen del sumario. Los nativos del Sol III están a punto de alcanzar una crisis de contacto. Trabajadores sociales están esperando para sumergirlo» en la civilización. Sus calificaciones para los estatutos humanos han sido retadoras, sin embargo, ya el servicio de señales ha indicado sus intenciones de apropiarse de Sol para usarlo como guía intergaláctica. Mirando agriamente hacia Coral la encontró ahora al final de la habitación, brillando sobre un pequeño extranjero.

—Unos cuantos individuos han decidido protestar.

—¡Naturalmente que protestamos!

—Ella se levantó y fue hacia el banco, remolcando al extranjero.

—Porque Sol no es una estrella estéril. La Tierra tiene tres billones de habitantes nativos, cuyos derechos humanos deben de ser protegidos.

—¿Humanos? —El dejó que su voz sonase a descontento. Entiendo que a todos los seres humanos en esos planetas se les ordenó que se reuniesen aquí. Yo no veo a esos tres billones.

—Claro que ellos no pueden obedecer órdenes psiónicas, porque no saben nada de eso. Pero ahora sé que son humanos. —Arrastró al plácido extranjero hacia él—. Este es Mark Whitherly—, el antropólogo. Él ha estado en Marte.

—Por favor, señorita Fell —Newbolt le interceptó el paso—. Usted aquí no es más que un huésped. No puede usted interrumpir los procedimientos.

—No se preocupe, Comandante. —Scarlet sonrió como para dar a

entender que sería muy bien acogido un soborno—. No me asustaré por una simple cinta roja. —Intentó explorar todas las fuentes de evidencias.

Newbolt gruñó y se sentó.

Scarlet empezó observando a Coral y su descubrimiento. El antropólogo, con su cansino andar, sus temblorosas manos y su seca y amarilla piel bajo la que se adivinaba los finos y viejos huesos, parecía tener al menos quinientos años. El anodino polvo azul de su ropa no reflejaba en absoluto la excitación de Coral.

—¡Escucha, Wain! —decía ella—. Mark ha encontrado una prueba de evidencia que tú no puedes ignorar. Ahora no tendrás más remedio que levantar la cuarentena en seguida. Y también desaprobarás el proyecto de pantalla.

—Te escucharé —Scarlet frunció las cejas dudoso—. Prestaré atención a cualquier evidencia real.

—Efectivamente, yo sé de una. —El viejo habló despacio, pero con claridad, en una voz infantil y chillona—. Su Equidad, he estado observando los planetas a intervalos de doscientos años. Es mi gran experimento.

—¿Qué clase de experimento?

—El estudio sobre una colisión cultural. —El anodino polvo brilló ahora con una ansiedad que hizo que el anciano pareciese extrañamente aniñado—. Se oyen una gran cantidad de tonterías acerca de lo que sucede cuando nuestra civilización galáctica choca contra sociedades primitivas. Usted sabe que los primitivos se benefician normalmente, y usted sabe también que suelen ser destruidos. He estado esperando esta crisis, preparándome para arreglar esta cuestión científica. Ahora que el momento ha llegado...

—¿Ha llegado?

—Sí —un único y cómico mechón de pelo amarillo revoloteó sobre la cabeza bobina y vieja de Whitherly—. He estado observando a los aborígenes acercarse cada vez más al contacto. Ellos han observado nuestras naves espaciales a las que llaman platillos volantes. Han escrito libros sobre nosotros. Sus cohetes incluso han alcanzado este satélite. Lo único que les falta es que usted reconozca oficialmente sus estatutos humanos.

—¡Protesto, Su Equidad! —El oficial se había levantado y estaba arrogante y bello incluso sin cosméticos, casi insolente—. Debo informarle que nuestros cuerpos no seleccionan soles a la ligera para la guía intergaláctica. Tratamos los discos de una temprana migración, y escogemos un sector que evidentemente haya sido revisado. Si

Whitherly es una verdadera autoridad, le reto a que demuestre aunque sólo sea una pequeña evidencia de que los colonizadores humanos han aterrizado alguna vez en la Tierra.

Scarlet miró inquisidoramente al viejo.

—No puedo hacer esto —dijo Whitherly.

—Entonces, ¿cómo se atreve a llamar humanos a estos sucios antropoides?

Confiado v seguro de sí, el gigantesco oficial se volvió hacia Scarlet.

—Su Equidad, desde el momento en que Whitherly admite que no ha descubierto ninguna relación biológica, la cual es la primera y esencial calificación para los estatutos humanos, pido que esta encuesta se cierre con una orden formal aprobando nuestro proyecto.

—¡Espera, Wain! —Una alarma azul brilló alrededor de Coral—. No has oído todavía nada del gran descubrimiento de Mark.

Scarlet miró impacientemente al anciano, notando con desagrado que parecía demasiado pobre para pagar por el último satélite del universo que él deseaba salvar.

—Ha llegado a una falsa conclusión —Whitherly asintió ardorosamente al oficial—. Tengo pruebas de que los aborígenes de la Tierra son nuestros parientes humanos. Si ningún colonizador ha aterrizado jamás allí, ha sido simplemente que el movimiento fue en la dirección opuesta.

Un agobiante murmullo recorrió la concurrencia.

—Escucha, Wain —jadeó Coral.

—Los primeros observadores civilizados aquí han notado la extraña circunstancia de que toda la vida en la Tierra parece que proviene de una simple rama familiar. —La voz de Whitherly se elevó —. Ahora sé por qué. Todas las evidencias apoyan la explicación de que en ese mundo es donde se desarrolló la existencia humana.

Se detuvo para tomar un respiro.

—¡Explícaselo! —Temblando con moderada urgencia. Coral agarró su tembloroso brazo—. Dile lo que encontraste en Marte.

—En los últimos siglos —continuó despacio— he extendido mi campo de acción a los planetas desiertos. En Marte encontré un enterramiento humano que tenía como unos cien años. Mis excursiones han revelado que naves neutrónicas primitivas habían aterrizado en aquel lugar. Algunos de ellos permanecieron allí abandonados, pero otros continuaron después que habían conseguido cruzar las distancias interestelares.

El polvo azul se arremolinó alrededor de él.

—¡Las primeras naves neutrónicas! —musitó tembloroso—. Habían llevado a hombres primitivos de la Tierra a Marte. Transportaron a nuestros antepasados. —Fuera de sí y desafiante, Whitherly fulminó a Penwright con la mirada—. A usted no le está permitido destruir nuestro mundo de origen.

—Eso es un lenguaje cargante —exclamó Penwright tolerantemente—. Su Equidad, admito que cada planeta en doscientos años-luz haya reclamado ser el origen de la condición humana. En ninguno de ellos, desgraciadamente, ha persistido ninguna evidencia de que eso fuese cierto. La ola de migración ha dejado estos mundos centrales demasiado atrás. Incluso esos pocos que estuvieron alguna vez civilizados han estado abandonados durante veinte mil años.

—Pero, ¿por qué tienen ustedes que asesinar a la Tierra? —Coral le fulminó—. ¿Es que no hay suficientes mundos inhabitados que puedan ustedes usar para sus señales explosivas?

—Quizá los haya —gruñó Penwright—. Si pudiéramos ignorar las vitales condiciones que deben controlar el proyecto. —Su sonrisa inexpresiva parecía burlarse de su actitud—. Primero necesitamos una localización central para hacer nuestras nuevas ondas concéntricas con la frontera galáctica. Después, para evitar la excesiva distorsión de nuestras señales que de otro modo pueden resultar de la finita velocidad de la luz, debemos incendiar un compacto grupo de soles seleccionados en una cuidadosa secuencia. Todo nuestro pían empieza con la detonación del Sol.

—¿Pueden ustedes ignorar la gente inocente ele la Tierra? —La indignación llenaba la voz de Coral—. ¿Es que su proyecto es tan importante?

—Sería el monumento a la condición humana. —Sus ojos estaban encendidos con un frío reflejo de sus acules lunas psiónica»—. Es nuestra suprema oferta de inmortalidad. Tanto »i evolucionamos o morimos, nuestras especies no podrán resistir siempre. El mejor de nuestros descendientes nunca estará bajo este pequeño contratiempo. Pero el rango de nuestro guía será de todos modos infinito.

Sus brillantes ojos la miraron sonriendo hacia los infinitos límites del universo.

—Nuestro signo continuará extendiéndose siempre —musitó solemnemente—. A cientos de millones de años-luz, y cientos de billones de galaxias. Nuestro guía anunciará la circunstancia de que hemos vivido, siglos después de que hayamos desaparecido. Traerán los seleccionados frutos de la inteligencia humana y la cultura humana a nuevos mundos cuya existencia no podemos ni imaginar.

Se volvió vehementemente hacia Scarlet.

—¿Qué son esos brutos? —preguntó—. ¿Cómo puede usted equiparar sus miserables vidas con el infinito alcance de nuestro proyecto?

—Por favor, Su Equidad —interrumpió el viejo Whitherly—. No estoy ciego del esplendor de este plan, pero a pesar de eso no es más que un proyecto. Puede ser revisado si usted lo desaprueba. Pero el espléndido pasado de la Tierra, es un factor histórico, que ese primer disparo puede destruir para siempre.

—Conozco la historia galáctica —le recordó Scarlet—. Soy competente para decidir sobre la evidencia.

—¿Actuará usted con rapidez? —preguntó el viejo Whitherly con ansiedad—. Puede usted ver que mi propio tiempo se está consumiendo. Mis asociados más jóvenes se estremecieron mando se enteraron del proyecto de destrucción. Si hay alguna demora, mi oportunidad de observar la crisis se habrá perdido.

—Sus propias desgracias son irrelevantes.

—¡Pero Wain! ¿Por qué esperar? —La ansiedad de Coral hizo que la rodease un arco iris opalescente—. Desde que los nativos son nuestros antepasados y han llegado con sus cohetes a la Luna, ¡no puedes terminar con el estado de cuarentena!

Scarlet negó tristemente con la cabeza. La búsqueda sociológica de Whitherly, lo mismo que su propio programa educativo y el magnífico sueño de Penwright, parecían inconsistentes para un soborno. Sus nobles peticiones podía suponer una útil cubierta para él cuando llegase a pronunciar su decisión, pero esto tendría que esperar hasta que encontrase un comprador para la Tierra.

—No por cien años, querida. —La sonrisa de Newbolt irradió a través de un rosado halo de viril confidencia—. Nunca, en mi opinión. Si el proyecto de pantalla no es aprobado, tendremos que permanecer largos siglos aquí juntos.

—¡Estás equivocado, Newbolt! —Fuerte como un granizo salió la voz de la parte posterior de la cúpula, y Scarlet se izó para ver a un extranjero, de gran altura que entraba en aquel momento—. Acabo de llegar de la Tierra con noticias acerca de la crisis. —Hizo una pausa, mirando fijamente a Scarlet—. Su Equidad, he venido para informarle a usted de que los nativos están a punto de hacer un contacto que no puede ser ignorado. Estarán aquí dentro de veinte horas exactamente.

Scarlet se levantó mirando sonriente al extranjero, que ostentaba una fealdad si cabe mayor que la suya. Con una barbilla puntiaguda y la nariz partida, calvo como una bola, con un color de piel oscuro

como de cobre sucio, salpicado de cicatrices donde heridas debían haber sido hechas por salvajes operaciones. Su poderosa musculatura le hacía parecer grotescamente bajo. Casi desnudo, no necesitaba cosméticos psiónicos para amplificar su animal y poderosa vitalidad.

Inclinándose hacia Newbolt, Scarlet le preguntó susurrante:

—¿Quién es?

—Nadie que tenga derecho a malgastar nuestro tiempo. —El comandante dirigió al extranjero una furiosa mirada—. Otra de esas bestias de presa esperando que termine la cuarentena y que está alarmado ahora que el proyecto de pantalla está a punto de vaporizar el planeta que él desearía devorar.

Scarlet asintió en silencio, fascinado por el bárbaro resplandor de los diamantes naturales, cuyo precio era imposible de fijar, que llevaba en la oscura garganta y en sus gigantescas manos.

—Un pirata interestelar, que se llama a sí mismo un tratante. —Aunque el hombre se había ido aproximando, Newbolt no consintió en bajar el tono de su poderosa voz—. Es Dirk Flintledge. Un engorroso estorbo que no hace más que gritar, pero pronto dispondré de él...

—¡Espere! Si trae noticias acerca de la crisis...

—Está mintiendo. —El comandante lanzó una mirada a Flintledge, a quien Coral Fell había interceptado el paso, cuyos afeites brillaban de admiración—. Mis agentes se han infiltrado en los centros nativos de exploración del espacio. No han descubierto ninguna nueva tentativa de nuevos vuelos desde la pérdida del cohete que nosotros recogimos.

—Pero, ¿ha estado este hombre en Sol III?

—Desgraciadamente sí. —Con indignación volvió la espalda a Coral y al tratante—. Aunque no por mi culpa. Llegó aquí antes de que yo relevase al comandante Rivers, y se le permitió que empegase bajo cuerda una inspección comercial del planeta. Una imperdonable indiscreción, según creo. No me fío de que ese hombre respete los Covenants.

—Déjeme hablarle.

—¡Wain, esto son noticias maravillosas! —Resplandeciente en su atuendo, Coral condujo al hombre hacia la presidencia—. ¡Dice Dirk que un cohete nativo se dirige hacia este lugar!

—El comandante Newbolt lo pone en duda.

—Sus propias objeciones son incompletas. —A escondidas hizo un gesto al asombrado comandante—. Este nuevo cohete ha sido construido en una nave base militar oculta donde sus agentes de cuarentena les ha sido imposible llegar. Fue lanzado antes de que yo

dejase el planeta, así que ya debe haber recorrido la mitad del trayecto a la Luna. Su llegada les presentará una crisis completa.

»Ya ve usted, algunas de las tribus salvajes están librando una guerra fría, lo cual les obliga al desenvolvimiento de las armas atómicas. Espías nativos han estado alimentando cada factor, destruyendo informes acerca del progreso de los otros. Una tribu fue informada de que estaba en peligro por una base espacial enemiga en la Luna. Este cohete es la réplica a este informe. —Su gesto se hizo terrorífico—. Desgraciadamente para los policías de Newbolt, su planeado impacto apunta coincidiendo precisamente a la localización de esta estación.

—¡Está mintiendo! —Newbolt se puso pálido ante su viciosa fealdad—. Están intentando influenciar a su Equidad.

—Espere y veamos. —El hombre de las cicatrices permanecía tan monstruosamente alegre como un negro dios de piedra en algún templo de la jungla—. Pero debo informarle que los salvajes han armado a su nave espacial con lo que ellos califican de arma de quinientos megatones.

El brillante atavío de Newbolt resplandeció.

—Un momento, su Equidad. —Se inclinó sobre su conmutador—. Permítame conectar mi aparato.

Scarlet esperó, observando al tratante, sopesando su riqueza, hasta que Newbolt habló envarado en medio de un halo azul de enfado.

—Nuestros aparatos de radar están ahora recogiendo un objeto que se mueve en dirección a Sol III. Sus emanaciones indican átomos nucleares y cuerpos vivos. Su trayectoria le traerá hacia este lugar del satélite.

—¡Se acercan al contacto! —Chispitas de ansiedad se arremolinaron alrededor de Coral—. ¡Esta es la crisis!

—¡Es un falso contacto! —Newbolt dirigió una mirada al tratante —. Estos nativos han fallado para encontrar el camino a través de las zonas de radiación. Deben haber recibido falsos informes, incluyendo nuestra propia localización aquí. —El polvo azul brilló fríamente—. Su Equidad, acuso a Dirk Flintledge de una criminal violación de los Covenants.

—Ahora, señor —Flintledge permanecía firme—, ¿por qué tiene usted que sospechar de mí?

—Porque usted quiere forzar una crisis —exclamó Newbolt—. Porque usted ha estado abajo en el planeta entre los constructores del cohete. Porque he recibido informes de sus métodos ilegales en previas colisiones con el servicio de cuarentena.

—Esas circunstancias no prueban...

—Encontraré esas pruebas. —Newbolt brilló de indignación—. Su Equidad, intento acusar y castigar a este criminal. Pero no tenemos mucho tiempo para comprobar su evidencia. —Flintledge miró insolente a Scarlet—. Los nativos estarán aquí dentro de veinte horas con armas que no se pueden ignorar. Si él decide interceptarlas en el espacio, esto hará un contacto...

—Yo seré el que decida este contacto. —Scarlet trató de encender la salvaje fealdad de Flintledge con la dureza de su estridente voz—. Yo seré el que decida si este hombre ha violado los Covenants.

—Pero, Su Equidad...

Reclinado en el banco, Scarlet mandó callar a Newbolt. Estaba en su asiento con aire judicial, preguntándose la manera de negociar con Flintledge sin levantar peligrosas sospechas. El ambiente estaba tenso bajo la cúpula. Brillando con una deliciosa alarma violeta, Coral quería saber cómo podía ser protegida la estación del salvaje ataque proyectado, aunque reconociesen el contacto y levantasen el estado de cuarentena.

Abruptamente levantó la sesión, anunciando que necesitaba tiempo para considerar su decisión sobre el incidente. Ordenó a Newbolt que siguiese con el radar al cohete salvaje, pero que no interfiriese su vuelo. Ignorando el murmullo de la concurrencia, preguntó a Newbolt acerca de las referencias de Flintledge.

—No está condicionado. —Newbolt echó una mirada a la fealdad no condicionada de Scarlet y siguió con apresuramiento—: No condicionado y desesperado. Ya ve usted que ha hecho una torpe petición sobre un rápido final de la cuarentena. Ahora está a punto de perderlo todo.

—¿Es rico Flintledge? —preguntó Scarlet.

—Supongo que lo ha sido —gruñó Newbolt desaprobadoramente —. Supongo que hizo su fortuna engañando a los salvajes y perdió gran parte de ella cuando ellos recogieron suficiente cantidad de psiónicos para comprender sus trucos. Cuando se dio cuenta de que Sol III estaba poniéndose maduro recogió sus bancos para desplumar la capital. Me he enterado de esto por un competente joven que lo siguió desde el Banco de Vega para cuidar de i empréstito. El dinero vence dentro de sesenta años justos. Necesitará este tiempo para sacárselo a los nativos, incluso si usted ordena la cuarentena hoy mismo. Si usted aprueba el proyecto, no tendrá tiempo de buscar otra ocasión. ¡Será anulado!

—Ya entiendo. —Scarlet se volvió para ocultar su júbilo—. Ahora,

por favor, lléveme a mi alojamiento.

La desnuda y pequeña celda, a dos millas bajo la torre de entrada, era más que suficiente, El Servicio tenía por norma la tradición de una austera sencillez; él no estaba acostumbrado a cosas mejores. A pesar de eso, la idea de pasar largos siglos de soledad allí, esperando que este mundo preparase su camino hacia un verdadero contacto, fue suficiente para hacerle temblar.

La llegada de Flintledge había sido por lo tanto una suerte para incendiar el planeta, por todo lo que se jugaba, a menos que estuviese decidido a pagar para salvarlo. Demasiado cauteloso para hacer la primera oferta, Scarlet se entretuvo bañándose y afeitándose. Deliberadamente se puso una nueva vestidura oficial. Aun esperando, se afanó en arreglarse con perfumes y polvos psiónicos, y decidió una vez que necesitaba aparentar riqueza.

Se sintió desilusionado al ver que Flintledge no llamaba, y se marchó aburrido y solo a cenar. Mark Whitherly le condujo al comedor. Mientras comía, el tembloroso y pequeño antropólogo trató de hacerle un breve resumen de la cultura nativa, y trató de averiguar cuándo pensaba declarar el estado de cuarentena.

—Eso depende... —Hizo una pausa, aunque podía ver que el anciano estaba bien lejos de pensar en sobornarle—. Puede que me vea obligado a aceptar el proyecto.

—¡Usted no puede hacer eso! —El rostro de Whitherly mostró una satisfactoria angustia—. No puede usted permitir que esos jóvenes tontos incendien nuestro mundo de origen y todos sus habitantes sólo para regenerar un relámpago de luz.

—En este caso no hago más que cumplir con mi obligación. —Scarlet se irguió adustamente, ocultando un gesto de satisfacción—. No me someto a extrañas presiones.

—Yo no estoy tratando de sobornarle. —Whitherly se estremeció y tembló con una agitación que hizo que Scarlet temiera por su cansado corazón—. Pero debo recordarle que sus propios superiores han aprobado mi plan de observar la crisis de contacto.

—¿Qué clase de monstruo es usted? —Ahora que tenía la certeza de que el viejo graduado no le iba a ofrecer dinero, Scarlet impregnó su voz de indignación—. ¿Se atrevería usted a poner pegas a la destrucción de esa gente con un contacto prematuro sólo para tener oportunidad de observarlos?

—Ciertamente —Whitherly respiró hondo—. Pero yo no soy un monstruo. No soy más que un científico, enseñado a excluir toda consideración emocional del campo de la investigación. Rehusó pagar

la verdad en términos materiales. Incluso si usted no puede entender esta clase de idealismo, quizá pueda entender en términos prácticos que lo que aprendemos del sacrificio en este mundo puede ayudarnos a salvar a otros diez mil.

Respirando fatigosamente, el anciano contuvo con un esfuerzo las desagradables palabras que estaba a punto de pronunciar. Scarlet se encogió con aprensión, pero Whitherly no había sido condicionado bajo ninguna violencia física. Murmurando algo sobre el mundo-madre, se marchó enfadado.

Una vez solo, Scarlet se sentó mientras manipulaba con el blanco disco del transistor de mano, ansioso de llamar a Flintledge, pero aún con miedo. Se sobresaltó cuando el cristal se iluminó con la imagen del tratante bajo sus dedos.

—Supongo que no debo interrumpir sus pensamientos. —Las negras cuentas de sus ojos brillaron sardónicamente—. Entre la ansiedad de Penwright por encender la pantalla, el propósito de Coral Fell de proteger a los aborígenes y el viejo Whitherly que se muere por observar la crisis de contacto, su decisión es ya bastante difícil.

—Me alegro de que haya llamado —contestó Scarlet cuidadosamente—. H; estado observando su propio interés en lo referente a la crisis.

—¿Quiere usted salir a tomar algo? —sugirió Flintledge con suavidad—. Lo estudiaremos juntos, a menos que tema usted que mi proximidad pueda perjudicar a Su Equidad.

—Uh, gracias. —Scarlet no pudo evitar un envaramiento ante la familiaridad del tratante, pero trató de controlar sus fondados resentimientos—. Me gustaría mucho ir.

—Seré breve —añadió—. Estoy resumiendo la encuesta en menos de dos horas.

Puso un cinturón espacial en la torre de entrada y se apresuró a salir hacia la nave. Encontró a Flintledge bajo la puerta aérea moviendo sus brazos y jactándose ante el hombre que había llegado con pantallas de camuflaje para convertir la nave en un pico lunar.

—Ese tonto de Newbolt cree que podemos escondernos aquí —gruñó—. Yo lo conozco mejor. No quiero que esos salvajes me pesquen sentado, a menos que Su Equidad pueda protegerme.

Scarlet le siguió por el pasadizo. La rica inmensidad de las estrellas le dejó en principio sin respiración, pero ahora se había hecho el propósito de pedir más de lo que había soñado.

En medio del lujo de la habitación del tratante, una figurita danzante recogió su deslumbrada mirada. Haciendo equilibrio sobre la

gema se encontraba sobre un trozo de madera pulimentada,

El pequeño desnudo le pareció desdibujado al principio, un anónimo símbolo del encanto femenino, cortado en el límpido cristal con exquisita economía. Pero pareció recobrar vida tan pronto como la miró, reflejando la imagen de la belleza femenina refinada y transfigurada por la percepción del artista que la había idealizado. Súbitamente fue Coral Fell, pero más joven y mucho más tierna que la actual Coral, la boca no tan firme, sonriendo admirablemente. Su fantástica belleza entró dentro de él, dejando un amargo sabor de deseo insatisfecho.

—¿Le gusta?

La pregunta de Flintledge le despertó. Arrancó su atención de la figurita consciente de sí mismo, antes de que pudiera darse cuenta que su respuesta a su mente había sido una cosa privada. A pesar de eso debía sospechar que el atractivo de Coral había empezado a colorear su reacción al tratante también, pero no se habían reunido para pelearse por ella.

—Eche una mirada alrededor suyo —Flintledge le habló temeroso —. Cualquier cosa que se le antoje, dígamelo.

Ciertamente él deseaba mucho más que una figurita psiónica. Echando una mirada alrededor de la magnífica habitación, encontró dos cuadros que le hicieron detenerse. Estéreos, bajo dos placas gemelas de cristal, que también eran psiónicas. Sus pensamientos reflejados les imprimieron luz y sentido instantáneamente.

Dos hombres...

Le hicieron temblar. Uno estaba ganando, otro escondido. Uno era descuidado y joven, con una sonrisa iluminando su fuerte rostro moreno. El otro era más viejo, hinchado, astuto y sutil, asomando maliciosamente en medio de la palidez producida por el miedo. A pesar de eso, y por un extraño fenómeno, eran gemelos.

Ambos eran el mismo.

Temblando en medio de la confusión, se volvió para encontrar al tratante que le observaba con tan insolente diversión que le irritó.

—¡Oh! ¿Qué son?

—Quizá deba excusarme. —La réplica del tratante a pesar de sus palabras no pedía excusas—. Puede usted llamarlos espejos psiónicos. Están enfocados para reflejar el yo que uno desea mostrar al mundo y el que se desea ocultar. Me gusta observar las reacciones de mis amigos.

Scarlet se las arregló, haciendo un esfuerzo, para no preguntar a Flintledge qué había visto de él.

—Me ha gustado su… su reacción. —El tratante se inclinó con una fuerte risa—. Pero siéntese. —Hizo un esfuerzo para contener su diversión—. Veo que necesita esa bebida.

Se sentaron, mientras un robot psiónico vino con una extraña botella y dos vasos de hielo, sobre una bandeja. Respondiendo silenciosamente a los deseos del tratante, vertió una humeante destilación sobre el hielo. Scarlet se echó hacia atrás para probarlo cautelosamente. Recobrado ya de su primer brote de incondicionado resentimiento, empezó a observar que Flintledge no estaba mejor condicionado que él mismo.

La botella provenía de Sol III. Los salvajes lo llamaban whiskey, y no había nada como aquello en ningún otro sitio. Como el tratante hiciera una observación sobre su extraño aroma, Scarlet vio su vaso temblando en su enorme puño lleno de cicatrices. Tragándolo demasiado aprisa, se ahogaba.

—¡Esto es… es maravilloso! —resoplando le miró a los ojos—. Viene de un fantástico planeta. Lo descubrí antes de que nuestros amigos del Servicio de señales llegasen aquí con su incinerador. Una gran riqueza que nunca ha sido tocada.

Scarlet saboreó el ardiente líquido, esperando impaciente a que el juego alcanzase fines monetarios. Flintledge tosió y recobró la voz, pero su fuerte entusiasmo tenía un redondo agujero.

—¡Grandes continentes lo suficientemente ricos para molerlos! —Sus incansables ojos se detuvieron en Scarlet, como afilados puñales bajo la máscara de jovialidad—. ¡Océanos para exportar! ¡Podemos taladrar el planeta cien millas!

—He estudiado alguno de los viejos reconocimientos —asintió Scarlet con cautela—. Estoy seguro de que las fuentes naturales están todavía intactas porque hemos estado guardándolas. Pero, ¿no pertenecen a los nativos?

—Una miserable parte de ellas —dijo Flintledge—. Demasiado poco para que suponga un problema. Pronto podremos disponer de sus armas nucleares. Los supervivientes pueden incluso ser útiles en nuestras nuevas instalaciones, después de que Coral les haya domado con un poco de psiónica.

—Están, uh, bajo mi responsabilidad —dijo Scarlet—. Debe usted convencerme de que este contacto es la culminación de su progreso hacia la civilización.

—Eso era lo que estaba esperando. —Flintledge rió demasiado alegremente de nuevo—. Ya sabe usted que he infiltrado ese grupo, y usted tiene la suficiente agudeza para ordenar que yo guie este

contacto.

—Así que usted admite que ha forzado un contacto prematuro.

—Al contrario. —Continuó la antinatural diversión del tratante; se sentó observando a Scarlet con sus descarados ojos negros—. Pero incluso si lo admitiera, mi propio testimonio sería de poco peso. Como Su Equidad está ciertamente en duda, este contacto es lo que ha dicho usted que es.

Scarlet asintió mientras lo observaba.

Aburridas gotas de sudor habían brotado de su imperfecto rostro, atacando su defectuosa integración. Sus manos golpeadas temblaron. Súbitamente alcanzó otro wiski.

—¡Aquí, Su Equidad! —Bebiendo el licor con apresuramiento, abrió un archivador de brillantes películas psiónicas—. Quiero enseñarle mis planes para el desarrollo del planeta.

Fríamente, Scarlet repasó sus dibujos para enormes instalaciones que recogerían los ocultos tesoros de la Tierra. Pantanos para dividir los excesivos océanos en taques de exportación. Molinos para destruir continentes Un nido neutrónico para cambiar el calor y enfriar las más profundas crestas para las máquinas. Estaciones de compresión para la atmósfera. Puertos para las naves comerciales que llevarían la mercancía al espacio.

—Una competente obra de ingeniería —Scarlet asintió despacio—. Debería usted de hacer dinero.

—Eso espero. —Su fuerte voz tembló con una tensión que no podía contener—. En efecto, lo debo. Tengo una gran cantidad invertida en mi carga y en la maquinaria y la debo proteger.

—Ya veo. —Scarlet se volvió alegremente para inspeccionar nuevamente la rica habitación—. Supongo que una demora sería muy costosa para usted.

—¡Acabaría conmigo! —Su dura y súbita violencia se estaba desencadenando, pero se contuvo y trató de adular a Scarlet—. He estado hablando con Coral —añadió—. Me ha dicho que usted le habló de dejar el Servicio.

—Un estúpido sueño de mi juventud. —Aparentemente grave, Scarlet sacudió la cabeza—. Un viejo sueño de una nueva vida, fuera de las nuevas estrellas de la frontera galáctica. Si tuviese los medios para empezar de nuevo allí, dejaría el Servicio hoy mismo.

—Bien. —La expresión preocupada del tratante empezó a suavizarse—. Veo que podemos hacer negocios. Con sus antecedentes en el Servicio, es usted el hombre que necesito para levantar mis asuntos con esos antropoides. Si usted se compromete conmigo por

sólo diez años...

—No lo haré —dijo Scarlet—. He desperdiciado ya demasiados siglos mimando a los salvajes.

—¿Qué más quiere usted?

—Yo, pues... —Scarlet se enderezó, para observar desconcertado el lujo que le rodeaba. Tenía la garganta seca. Sus nervios estaban atrofiados. Durante un momento deseó tener más integridad, pero entonces, naturalmente, su mal ajustamiento psiónico era su secreta fortaleza.

—Esto tiene que hacerse en privado —dijo Flintledge calladamente —. Ninguno de nosotros debe violarlo. —Hizo un gesto hacia el robot —. Tómese otro trago y dígame qué desea.

Débilmente, Scarlet hizo una seña al robot para que se marchase.

—Quiero la nave. —Hizo una pausa para respirar, temeroso de su propia audacia—. La nave... y la mitad de su carga.

—¿Está usted bromeando?

—Ese es mi precio.

El oscuro rostro del tratante se volvió amarillo. Jadeando alarmantemente, se echó otro trago de whisky. Sus grandes y oscuras manos se engarfiaron, las levantó violentamente y después, las dejó caer despacio.

—Es usted un incondicionado idiota —soltó por fin—. ¿Por qué tengo que pagarle ese precio?

—Si yo estuviese mejor condicionado, no tendría nada que ofrecerle —le recordó Scarlet—. Tal como están las cosas, tengo nueve planetas en el bloque, uno de ellos medio formado y deshabitado. Le estoy ofreciendo un negocio.

—Si me niego...

—Aprobaré el proyecto de pantalla. —Scarlet rio de la forma más desagradable que pudo encontrar—. Penwright procederá en consecuencia para darnos a todos una peculiar inmortalidad. Puede usted buscarse otro planeta para saquear... si sus banqueros de Vega se deciden a darle tiempo.

—Su Equidad, esto es demasiado duro. —Flintledge gesteó, revelando brevemente una dolorosa admiración—. Como dos cosas que no encajan, compitiendo para cicatrizar las heridas psiónicas con dinero, tenemos que levantar un razonable convenio. Pero usted sabe que no puedo desprenderme de esta nave...

—Con planetas para vender, puede usted comprar una mejor.

—¡Usted no tiene integridad! —La voz del tratante se elevó con vehemencia—. Usted no se da cuenta de todo lo que hay que planear,

de todas las esperas, de todas las osadías, de todo lo que hay que pedir, de todo lo que piden…

—Sí que me doy cuenta. —Scarlet se levantó—. Por eso es por lo que sé que usted no puede soportar que yo apruebe el proyecto.

—¡Siéntese! —Flintledge se irguió—. Tomemos otro trago, y llegaremos a un acuerdo razonable…

—Ya hemos concluido con ese razonable acuerdo —dijo Scarlet—. Me vuelvo ahora para reanudar la encuesta. Por culpa de las apariencias, tendré que acatar las evidencias, y me veré obligado a forzar el control de la crisis antes de que la nave salvaje llegue.

—Escuche, ¡Su Equidad! —Flintledge estaba nervioso—. Avéngase a razones…

—Si usted desea un fallo favorable —le interrumpió Scarlet—, envíe su banquero a la encuesta. Dígale que traiga los títulos legales sobre la nave y la mitad de las mercancías. Puede pasarme los documentos en un paquete como si fuesen una última prueba de evidencia.

—¡Ha pensado usted en todo!

—¡Eso espero! —Una pálida sonrisa mostró los dientes carcomidos de Scarlet—. Creo que nos entendemos. Mi decisión en su favor no llegará a su final hasta que yo haya entrado en posesión de la nave y su cargamento, con tiempo suficiente para salir hacia mi secreto destino.

—Si Su Equidad está completamente incondicionado…

—Este es nuestro acuerdo. —Scarlet dejó que su voz sonase lastimera—. Envíeme a tu banquero. —Se inclinó hacia la figurita de la danzarina—. A propósito, me la llevo.

—También puede llevarse los otros. —Flintledge echó una mirada sardónica a las dos placas de cristal donde Scarlet viera reflejados sus público» y privados secretos—. Puede que los necesite.

Silenciosamente, evitando los indiscreto» espejo», Scarlet se volvió para marcharse.

—Prepare los documentos. —Flintledge le siguió ansiosamente hacia la puerta—. Fío en que Su Equidad anticipe cualquier dificultad que puedan crearnos Newbolt, el viejo Whitherly y el personal de señales…

Arropado en su fría y azul luz judicial, Scarlet interpuso una barrera de sonido para acallar la desagradable voz del tratante. Estaba borracho de júbilo. Demasiado borracho para apurarse por pequeños detalles. La frontera estelar estaba a su alcance.

II

En la Tierra, agentes del exterior habían penetrado en algunos colegios nativos y una porción de curiosos sistemas de señales pre-psiónicas llamadas Revistas de Ficción científica. Usando términos nuevos para los aborígenes, publicaban sensacionales reportajes de lo que llamaban ESP o psiónicos, que describían como un mágico poder no sujeto al espacio ni al tiempo ni a ninguna ley.

—Esta simple superchería ha frustrado toda la seria investigación psico-física que estaba tratando de exponernos —informaron a la luna —. Se ha condicionado a los nativos para que abandonen sus intuiciones válidas, en favor de puros disparates. Sus visados psiónicos son desordenadas tarjetas y rodantes dados que se pierden entre la niebla de lo que ellos llaman análisis estadístico, pero ninguno de ellos está preparado para descubrir las actuales leyes del cerebro.

En la Luna, aquella habitación abovedada se encontraba de nuevo abarrotada cuando Wain Scarlet regresó. Los grupos contendientes estaban con una tensión tan fuerte como si nunca hubiesen sido condicionados. Newbolt se levantó pomposamente para informar que su aparato detector estaba todavía recogiendo el ataque de los salvajes, que éstos se encontraban ya a más de la mitad del camino hacia la Luna. Disimulando su triunfo, Scarlet resumió la encuesta preguntando con aburrida voz si alguno de los presentes estaba preparado para ofrecer alguna evidencia adicional.

—¡Por favor, Su Equidad! —Coral se aproximó a la presidencia, trayendo un rollo que había cogido de las marfileñas manos del viejo Mark Whitherly.

—No todos los contactos son un desastre. Aquí está el disco registrando un caso que prueba que los nativos están tan civilizados como tú.

Echando una mirada a la puerta lateral, Scarlet no vio rastro del banquero de Flintledge. Se revistió de una severa indiferencia, mientras Coral ajustaba el disco en el aparato: Este recogía la llegada accidental a la Tierra de otro extranjero, un príncipe del Matriarcado de Altair II.

El crucero del yate espacial Reina-Madre, fuera de su planeta materno y su vuelta, había sido preparado para matar sesenta años del tiempo, hasta que el Matriarcado estuviese preparado para ser gobernado con mano de hierro y para dirigir la coronación y las

nupcias formales de su hija. Fuera del yate neutrónico, sin embargo, en el espacio y el tiempo de las velocidades interestelares, los años se habían convertido en días.

El príncipe tenía veinticuatro años cuando la crisis comenzó. Era delgado, con el pelo oscuro y rizado y una potente y penetrante voz, a pesar de lo cual, cuando sonreía, tenía algo de infantil, aunque la esperada carga de sus obligaciones reales había inclinado ligeramente sus estrechos hombros y ensombrecido sus ojos con una triste resignación.

Su recién estrenado título estaba aún limpio; no había matado a ningún hombre.

Se esperaba que regresase sin haber sufrido ningún cambio, incluso su consorte para su futuro reinado, que era una pecosa niña de pelo rojo cuando él se marchó, gritando alarmada durante la ceremonia de sus esponsales.

Y él intentó regresar a tiempo. Había asentido sin ninguna protesta cuando su madre y el Matriarcado anunciaron los tradicionales arreglos. Él no era más que un hombre, y sabía cuál era su sitio.

Un desmayado descontento había empezado a apoderarse de él de vez en cuando, sin embargo, incluso mientras el débil centelleo de Altair pendía enrojecido y marchito tras la nave. Melancólicos silencios empezaron a llenar las pequeñas charlas que se esperaban de él en comidas y recepciones en los planetas civilizados que ya había visitado, por todos sus esfuerzos por seguir una sumisión que debía como príncipe. La rebelión empezó a tomar cuerpo en él. Cuando las pantallas psiónicas que había en su cámara de la nave le mostraron a Altair volviéndose brillante y azul frente a él, Alfa Centauro y Sol, la desesperación se apoderó de él.

Retrepado en el frío lujo de la cámara real, trató de aprender el discurso que su ayudante había escrito para que lo pronunciase en nombre propio en Próxima IV, pero las vacías frases eran como un escarnio para él. Trató de dormir, hasta que un salvaje impulso le llevó a despertar a su ayudante, un oscuro y duramente golpeado luchador que se había abierto camino hacia el título de Conde.

—Llame al puente y que cambien el rumbo. —Hizo un esfuerzo para suavizar su voz—. Quiero… quiero que nos detengamos en Sol en vez de en Próxima.

—¡Pero Alteza! —Una aprensiva desaprobación se recogía en la controlada reserva del aristócrata—. Ya sabéis que la Reina Madre misma toma nota de los puertos donde tocamos. No creo que esto le guste. Y si llegamos tarde a la coronación…

El Conde hizo una pausa significativa, sin palabras para convencer de la enormidad de su deseo, pero el príncipe se desentendió del peligro. Otras madres habían regentado el país para sus hijos; sus celos harían que cualquier demora supusiese un desastre para él.

—Yo quiero llegar a tiempo —protestó. Después toda su vida estaría guiado por otros, pero de pronto ahora sintió que deseaba tener un momento completamente suyo.

—¿Por qué queréis que nos detengamos en Sol? —El conde habló con el candor de la vieja amistad—. Es un sistema desierto, a excepción de un puñado de salvajes en el tercer planeta. Estuve allí con el servicio de cuarentena, antes de entrar en la clase luchadora. ¿Por qué ir allí?

—En realidad no lo sé —admitió el príncipe azorado—. Pero cuando he visto a Sol frente a mí, esto me ha hecho pensar en la historia. La Rebelión de los Hombres. Ya sabe usted que hay un« leyenda en que los supervivientes escaparon al espacio, y uno de mis tutores tenía la teoría de que se instalaron en ese tercer planeta. Me gustaría olvidar sus cursos durante un poco de tiempo para investigar esta teoría.

—Hay una evidencia de que la migración vino del lado opuesto —objetó el viejo noble—. Incluso hoy, algunas tribus de allí están gobernadas por mujeres. Pero tendréis que fiaros de mi palabra en eso, ya que ningún extranjero está autorizado para verlo.

—Eso no me privará de explorar alguno de los desiertos planetas, para buscar huellas de esos hombres exilados.

—Quizá no. —El delgado conde miró tristemente al príncipe—. Hay otra razón para que sigamos la ruta que el Matriarcado nos ha señalado: La corriente galáctica.

—¿Es que no tenemos suficientes recursos de seguridad?

—Unicamente para el camino interestelar. Pero si cambiamos el rumbo aquí... —El anciano gruñó—. ¿Quién sabe?

—Si cree usted que es demasiado riesgo para la tripulación, desistiré de ello.

—Nuestras vidas están suficientemente seguras —admitió el conde—. Con todas nuestras reservas para sobrevivir. Es sólo porque cualquier colisión puede retrasarnos algunos años, en espera de que nos manden otra nave. Podemos llegar tarde a vuestra coronación.

El príncipe se enderezó incómodo.

—Si es todo lo que le preocupa, dé la orden.

—¿Es que estáis locos? —El conde rechazó prohibitivo—. ¿Seréis capaz de echar por tierra el favor de la Reina Madre por un capricho?

—Es más que un capricho —insistió el príncipe—. Incluso aunque parezca un gesto vacío, es algo que debo hacer. Quizás sea la única elección libre que me pueda permitir hacer.

—Llamaré al puente, pero tened cuidado. —El huesudo y viejo noble levantó un dedo—. La libertad es una bebida peligrosa.

—Es un hábito mortal y muy difícil de romper.

Llamó al puente. Un asombrado oficial le hizo repetir la increíble orden. Al contacto de los mandos, la nave respondió. En los planetas, a media docena de años-luz de distancia, la Reina Madre gobernaba atendiendo a la educación y los viajes de su hija. Los aniñados nativos de Sol III habían desintegrado el átomo temerariamente, y se reían de los rumores que corrían sobre ciertas máquinas misteriosas que recorrían el cielo.

A bordo del Reina Madre, la velocidad se volvió tiempo en la distancia. El príncipe por una vez durmió bien. Pasó el día en la biblioteca de la nave repasando las películas sobre los planetas de Sol. Después de comer tomó algunas copas con el conde. Escuchando las historias del anciano sobre desesperadas misiones, casi olvidó su propio y austero futuro. Se volvió a acostar.

Estaba durmiendo cuando ocurrió.

Las naves neutrónicas eran de todo menos perfectas. El yate había sido armado y asegurado contra cualquier desastre, pero esta vez algo falló.

Al coger su camino automático entre una espesa nube de despojos galácticos que había alrededor del Sol, alguna lámina hostil de hierro o piedra escapó a sus detectores psiónicos y penetró a través de alguna abertura sin vigilancia en sus campos de defensa. Estaba fatalmente herida.

Su sacudida despertó al príncipe. Saltó fuera de su cama, frío de pavor, pero por un momento no encontró nada que fuese mal. El impacto no se repitió. Volvieron las luces, y tuvo tiempo de ver los cristales intactos y la botella vacía que había estado bebiendo con el conde. Trató de convencerse de que el estruendo no había sido más que un sueño, pero en ese momento cundió la alarma.

¡ALERTA! ¡COLISION!

El impresionante aviso explotó silencioso de la misma pantalla psiónica donde había estado sentado observando la explosión del sol como una bomba de luz violeta.

Los mandos estaban inutilizados. La emergencia se hacía imprescindible. Todos se ajustaron los cinturones de seguridad. Permanecían junto a la abandonada nave.

Alcanzó como un autómata el cinturón de seguridad y su resplandeciente ajustador que se encontraba sobre su cama. Saltó hacia sus mano» como una serpiente mecánica y plana. Casi con vida, se enrolló alrededor de su cintura. Su fantástica ligereza le hizo sentirse reconfortado hasta que pensó en el conde.

El anciano noble había animado sus historias bebiéndose la botella. Temeroso de que no pudiera despertar, el príncipe fue a llamarlo, y entonces sintió que lo envolvía el colapso emergente. Sintiéndose de pronto ingrávido, flotó sobre el puente. Intentó desesperadamente alcanzar una silla que pasaba, pero no pudo. Trató de gritar, pero el pánico lo dejó mudo.

¡ULTIMA ALERTA!

La pantalla vaciló y se difuminó.

Se encontraba junto a las salidas de emergencia.

La pantalla se disolvió. Durante un instante creyó que toda la nave estaba muerta, pero entonces vio la compuerta de escape en la pared de su habitación, abriéndose con un rojo estallido. Un extraño y poderoso viento lo arrastró hacia ella, pero él se aferró a una mesa con la esperanza de poder prestar ayuda al conde. Un rugiente vendaval hizo que la mesa saliese despedida, giró sobre su cabeza y quedó hecha astillas.

La nave herida había sucumbido antes de que la puerta de emergencia estuviese completamente abierta. Esta había obstaculizado su camino. Tuvo tiempo de ver la botella vacía y los ligeros vasos estrellados contra su metálica y pura lámina, y trató desesperadamente de proteger su propio cuerpo del choque.

Su primera visión después de esto, fue que estaba tendido en un ignorado lugar en la Oscuridad. Había sido salvajemente maltratado. Una agobiante agonía le sobrecogió al intentar mover su brazo derecho, sentía una gran tirantez en un lado de la cara a causa de la sangre seca que tañía pegada. Trató de imaginar lo que había ocurrido. Pero sus sentidos y su cerebro parecían tan inútiles como su brazo herido. Se preguntó coa ansiedad si su cinturón le había llevado a algún oscuro asteroide sin atmósfera, antes de que recordase que éste debía proporcionarle iluminación y debía renovar el oxígeno a su alrededor. Exploró los anchos engarces coa su mano sana y encontró tres hendiduras.

Sus servo-motores psiónicos se encontraban tan maltrechos como su cuerpo, pero también había controles manuales. Palpó el engarce de control y deslizó la cubierta hacia atrás retorciendo el elevador de tensión del oxígeno. Sus ahogados pulmones se sintieron de nuevo

reconfortados, y pronto sus aturdidos sentidos se aclararon.

El daño sufrido y el mal funcionamiento del cinturón le enloquecieron al principio, porque este aparato estaba destinado a proteger a la persona que lo llevase, de casi todo riesgo. Entonces recordó aquella puerta medio entreabierta, que seguramente estalló antes de que el cinturón hubiere entrado completamente en actividad.

Se sentó con cuidado, sujetándose el brazo herido con el otro y trató de ver dónde se hallaba. El campo protector del cinturón le mantuvo a unos cuantos pies sobre el barro del suelo. Espesos bancos de lodo se extendían a su alrededor. Unas cuantas estrellas danzaban enfebrecidas arriba en el lóbrego cielo. Dantescos hierbajos se elevaban oscuros contra el cielo, rugiendo con el viento.

Viento y maleza: aire y vida. Esto no era un asteroide sin vida, sino algún planeta habitado del Sol. Sintió un alivio momentáneo en sus dolores. La estación de cuarentena se encontraba cerca del inhabitado planeta, escondida en su luna. Seguramente vendrían a recogerle en seguida.

¿O no vendrían? Su mano sana se movió torpemente hasta tocar la sangre que tenía pegada a su barbilla, y trató inútilmente de humedecer su boca reseca. Debía haber estado inconsciente durante muchas horas. El averiado cinturón había fallado al no llevarle a la estación ni llamar pidiendo ayuda, pero quizás su voz transmisora funcionase. Buscó con prisa febril el pequeño instrumento con su flexible cable.

Se lo acercó ansiosamente al oído y no oyó nada, ni siquiera el susurro del convertible. Aquello estaba muerto. Se zafó de sus dedos y el pequeño cable volvió a su sitio.

«¡Llamando a la estación Sol!» dijo su nombre y título. «Me encuentro fuera del Reina-Madre», informó entrecortadamente. «En una zanja de un planeta salvaje. Por favor devuélvanme la señal, y envíenme una nave de salvamento».

Pero parte de su cinturón funcionaba, ya que le mantenía elevado sobre la tierra. Quizá pudiese conducirle hacia la estación, bajo el control manual, si él pudiera respirar. El aire se había enrarecido de nuevo, sin embargo, incluso con el elevador de tensión durante todo el camino. Palpitaba a pesar del dolor que sentía en el pecho, y el desmayo una vez más empezó a enrarecer sus sentidos. Vio que debía tratar de reparar la avería. Aunque no era un técnico experto, había sido entrenado en la teoría neutrónica.

Aún dudaba si quitarse el cinturón, incluso para investigar el daño. Sin la invisible protección que éste le prestaba, podía estar expuesto a

toda clase de peligros de este desconocido mundo, a hostiles monstruos, microbios mortales y quizás a hombres salvajes.

Ansiosamente apartó de nuevo la maleza. La luz pareció más fuerte ahora, como si viniese de abajo; pudo ver que las plantas eran verdes, verdes hojas de clorofila, que despedían oxígeno libre. Esta seguridad le decidió.

Retorciéndose dolorosamente, buscó a tientas el engarce de emergencia. Sus temblorosos dedos encontraron el equipo para reparar los posibles daños, y el pequeño traductor psiónico y la pequeña pistola neutrónica estropeada, pero los dejó donde estaban. Sacó el primer paquete de ayuda, pequeño y plano. Mirando ansiosamente las brillantes etiquetas psiónicas, encontró la aguja de inmunización general. Lentamente, agarrándola con los dientes, la sacó de su funda, y clavó la pequeña punta en su brazo herido por encima de la llaga.

Esto le protegería de una infección. Había drogas en el paquete, para mitigar el dolor, y una grasa de rápido efecto, pero las sombras se hacían en su imaginación. Necesitaba tener aire. Encontró la llave de escape donde se ataba el cinturón, y le dio una vuelta al cierre, frenéticamente. Algo sonó. El campo de sujeción desapareció y él se sintió caer.

Creyó que caería de pie, pero la gravitación le cogió como una gran hoja muerta. Debía de estar más débil de lo que pensaba, por sus heridas y anoxia, porque creyó tambaleándose. Un ciego dolor atacó de nuevo su brazo, y «n lacerado rostro se hundió en el frío barro.

Se quedó sin respiración. Durante un momento lo único que sintió fue la agonía de su brazo, pero esto fue desapareciendo lentamente, hasta llegar a una completa paralización. Aspiró de nuevo aire puro en sus maltrechos pulmones, se limpió el barro de los ojos, y se sentó envarado buscando el cinturón.

Había desaparecido.

Escudriñó desesperadamente a su alrededor buscando entra la maleza, y se detuvo cuando oyó el débil sonido que produjo contra el montón d« barro seco que había a su espalda. Se volvió a tiempo para verlo, con los ajustes aplastados alejándose de él como una ondulante serpiente.

La llave de escape había fallado al detener su mecanismo. Se enderezó y se lanzó sobre él. Antes de que lo hubiese alcanzado, sin embargo, había llegado a lo alto del montón de barro. Un enfermizo miedo de perderlo le había reanimado, cuando el cinturón, tropezando con un saliente, cayó hacia atrás con un débil sonido de sus engarces.

Respirando aliviado, se tambaleó para cogerlo.

Se le escapó, y se lanzó hacia arriba. Lo vio durante un instante, como un plateado chispazo volando hacia el espacio interestelar. Después desapareció.

Se sentó sobre una tabla de madera sintiéndose enfermo, respirando de nuevo dificultosamente, en busca de aire, anonadado por el trance en que es encontraba. Solo en un planeta salvaje, mutilado y sin armas, sin ningún medio para pedir ayuda, y sin siquiera saber dónde se hallaba. Tendiendo el cinturón, en cualquier sitio hubiera seguido siendo el príncipe del Matriarcado. Sin él, no era nada. Súbitamente se había sentido despojado del lugar y la clase que le correspondían, y reducido a un cero humano.

—Así que no temías llegar tarde a la coronación —musitó tristemente para sí—. Sólo querías echar una mirada a esos hombres que siguieron este camino buscando la libertad. Bien, ya estás aquí! —y miró a su alrededor sardónicamente— ¿Qué vas a hacer ahora?

Sintió una casi seguridad de que éste debía de ser el tercer planeta, debido al buen aire y a las verdes hojas. Incluso aquí, el frío del amanecer le tenía temblando. Se arrebujó en su ligera ropa, apretándose los brazos y observando la sangre brillante y caliente que brotaba de sus dedos, mientras se preguntaba esperanzado cómo salvar su vida.

Sentado en la húmeda habla, el capricho que le había llevado allí, le parecía increíblemente fatuo. La mordedura del viento y las punzadas de sus heridas daban un nuevo valor a todo lo que había perdido. Su entumecido cerebro volaba desde la quebrada llena de barro donde se encontraba, a los magníficos palacios y a los rápidos sirvientes psiónicos en los amplios estados de su madre, que probablemente no volvería a ver.

La pequeña y revoltosa princesa a quien él había besado antes de marchar, no era muy guapa todavía, y sus propios viajes interestelares pudieran estar arreglados para preservar su juventud y proteger a su madre de cualquier intento para destronarla. Pero la había perdido, y todo el imperio que debía compartir con ella. Los enemigos de su madre se aprovecharían de su fantástica indiscreción, a menos que regresase, encontraría a algún rival en su sitio. Caído en desgracia, despojado de sus títulos y de su derecho, pasaría probablemente el resto de su vida en algún campo de concentración.

A menos que volviese... Se enderezó sobre sus pies en el barro. Tenía que regresar, y la civilización estaba a menos de dos segundos de distancia. Si sólo pudiese alcanzar la estación de cuarentena en el

satélite con alguna clase de mensaje, sería en seguida rescatado y puesto en camino para reclamar su princesa y su trono.

Sí... ¿pero cómo? Sin el cinturón, no había forma de llamar a la estación, ni incluso de hablar con los nativos de aquí. El significado de la cuarentena vino a él con un demoledor efecto, cuando pensó en el perdido aparato traductor. Protegido por los Covenants, el planeta no sabía nada de la civilización galáctica. No podía esperar ninguna ayuda de esos salvajes, ni siquiera si resultaran ser amigos.

Pero no podían ser amigos. Vio con una enfermiza claridad lo que le sucedería a un extranjero que fuese cogido vagabundeando en su propio país sin ningún arma ni papeles que probasen su identidad. El mejor y más seguro castigo sería un campo de concentración.

Temblando y azotado por el viento, miró a su alrededor buscando algún signo de vida. Encontró sólo los rojos bancos de la zanja y la fértil maleza a lo largo de la orilla, hasta que sus ojos volvieron de nuevo al madero donde había estado sentado. Estaba cortado en forma cuadrada.

Se alejó del madero roto, como si fuese algún trabajador salvaje o un guerrero, y después se detuvo para escuchar ansiosamente. Todo lo que pudo oír fue el viento. Después de un momento, con un pequeño gesto burlesco ante su propia alarma, saltó con cuidado por el lado más fácil de la zanja, para ver qué había del otro lado.

El Sol estaba saliendo cuando su cautelosa cabeza asomó entre las marañas de maleza; era un disco amarillo mayor que el que había visto siempre. Iluminaba un verde prado, salpicado en la distancia por grupos de árboles junto a pequeñas cabañas de madera. El ruido del ganado diseminado por allí se oía cerca de él, y una primitiva carretera motorizada serpenteaba por un camino entre ellos. Todo el paisaje inspiraba un reconfortante sentimiento de paz, y una loca esperanza se apoderó de él, cuando vio la nave.

Surgió del cielo por encima del bajo Sol. El resplandor de su brillante metal le cegó; durante un instante creyó que era una nave neutrónica. Pensó que el cinturón le había llevado a algún planeta civilizado, después de todo. Creyó que aquella brillante nave le llevaría a su casa.

En otro segundo, sin embargo, cuando pasó despacio sobre él, vio el pesado movimiento de sus alas y oyó los lentos motores de un simple avión de atmósfera. Esto era Sol III. Se sintió abandonado.

Él sabía que verdaderas naves espaciales debían de venir de vez en cuando, a la agitada estación, pero nunca las podría ver. Siempre se deslizarían silenciosamente en la noche, para dejar o para encontrar a

algún agente secreto en una cita secreta en el desierto o en el océano. No había forma de que supiese dónde ni cuándo.

¿Podría buscar alguno de esos camuflajes extranjeros? Enfurruñado después que desapareció el autogiro, se encogió con desaliento. Esos expertos encubiertos visitarían el planeta sólo muy raras veces, en importantes misiones especiales. Nunca encontrarían a ninguno de ellos incluso en época de levantamiento. E incluso si los encontrase, no habría manera de reconocerlos.

¿Habría alguna forma de llamar su atención? Ellos estaban aquí para prevenir colisiones culturales. Suponiendo que él aprendiese algún dialecto nativo y que empezase simplemente a revelar la verdad acerca de sí mismo. Esto debería atraer a los inspectores rápidamente; pero no podrían llevarlo a tiempo para la coronación.

Los violadores de los Covenants, recordaba lo que el conde decía, eran llevados siempre a distantes cuarteles generales para ser juzgados, así que no importaba que el ofendido encontrase atenuantes para él porque no tendría otra opción para reparar su falta, que alistarse en el Servicio. El tiempo pasado nunca volvía; esos exilados nunca volvían a su país.

No, no podía esperar ayuda de nadie. Se sujetó su brazo herido con el otro y se volvió para el Sol le calentase un poco, preguntándose desesperado cómo llegar a la estación sin que hubiese una fatal violación de los Covenants. Su única verdadera oportunidad, admitió por fin, era tratar de construirse un transmisor psiónico.

Cualquier aplicación larga y espectacular de civilización tecnológica llamaría la atención de los inspectores, pero ellos mismos llevaban consigo equipos psiónicos. Un transmisor con la pequeña onda que él necesitaba sería un aparato muy pequeño, fácil de ocultar a personas que no sabían nada de esto. Una corta llamada atraería un rápido rescate.

Para acumular partes y material para el instrumento necesitaría toda su suerte, sin embargo, y probablemente años de tiempo vital. Sin duda .tendría que aprender alguna lengua nativa, y tratar de alguna forma de obtener el respeto o al menos la indiferencia de esos salvajes. No era de ningún modo un hábil técnico psiónico; a pesar de que incluso el más simple proyecto debía alcanzar la estación del satélite, había de pasar algún tiempo de pruebas y errores.

El primer paso sería el llegar a tratar a los nativos. Aunque la hostilidad por parte de ellos parecía segura, no podía permanecer escondido siempre. Incluso ante el riesgo de probables malos tratos, necesitaba comida y cobijo y la asistencia médica que pudieran

prestarle.

Sintiéndose incómodo y tratando de poner sus pies descalzos donde el suelo parecía más liso, saltó fuera de la zanja. Esperaba alcanzar la carretera entre los pastos y esperaría allí a que pasara otra carreta. Simularía ser víctima de un accidente, y podría disimular su ignorancia del dialecto nativo aparentando amnesia o fingiéndose inconsciente. Con un poco de suerte, podría ser atendido y al mismo tiempo averiguar lo suficiente sobre las costumbres para ayudar a su plan.

Siguiendo su camino sobre el áspero césped, se detuvo bruscamente cuando una res levantó la cabeza para observarlo. El grueso animal no hizo ningún movimiento hostil, sin embargo, ya había emprendido de nuevo su camino hacia la estrecha carretera cuando vio la torre.

Esto le hizo volver precipitadamente a la zanja, sin preocuparse de sus pies desnudos. Se levantaba implacable sobre el grupo de cabañas en la distancia, donde la maleza que lo rodeaba había ocultado el horizonte. Era una torre blindada cabalgando sobre sus metálicas patas. Una torre de vigía, precisamente como aquellas que había en los estados de su madre. Esas cabañas amontonadas en su alrededor debían ser las barracas de los prisioneros. Y todo este paisaje de apariencia tranquila no era más que un campo de concentración.

Su primer plan esperanzado caía por tierra. Dentro o cerca de un campo de concentración, seguramente sería detenido, pues lo tomarían por un refugiado que huía. No conseguiría ninguna consideración a pesar de sus heridas.

Incluso aunque lograse sobrevivir en el campo, no podía esperar encontrar materiales para ninguna clase de experimento psiónico. Escondiéndose entre la maleza, fuera de la vista de cualquier observador o arma que se encontrase en la desagradable torre, empezó a preguntarse la manera de salvar su libertad.

Su primer impulso fue el de seguir a lo largo de la zanja, permaneciendo fuera de la vista. Esto probablemente le conduciría donde hubiese agua. La zanja le conduciría, antes o después, a la alambrada del campo.

Pronto se convenció de que esto era imposible. Lastimado y a medio vestir, no podía llegar muy lejos. El frío, la sed y el hambre le atacarían, implacables como los guardianes.

No, esto no servía. Después de depender de artificios como el cinturón, le había quedado muy poca seguridad en sus miembros y sentidos, y sus tutores no le habían entrenado para ningún esfuerzo

animal. Sabía cómo volar, pero casi nada más. Tenía que jugar un juego intrépido y más humano.

Observando algún movimiento se dejó caer entre el follaje y volvió la vista, sintiéndose incómodo de la torre hacia el pequeño grupo de árboles y cabañas, a través de los pastos. Las limpias y blanca» casas, demasiado pequeña» para ser barracas, no tenían empalizada alrededor. Decidió que debían de ser viviendas; probablemente viviendas de un pequeño campamento oficial.

Ciertamente que debía de haber comida y agua cerca de las cabañas; podía ver otro vehículo con motor cerca de ellas. No había duda de que allí había todo lo que necesitaba para sobrevivir y escapar.

Entorpecido por el brazo herido, anduvo por el fangoso fondo de la zanja hacia la pequeña villa. Al llegar a un recodo, saltó torpemente de nuevo sobre el borde, para buscar otro sitio donde continuar protegido. No encontró ninguno.

Las cabañas se encontraban todavía a varias yardas de distancia, a través del campo abierto. Un sendero de tierra llegaba hasta un puente de madera cerca de donde él se encontraba. La torre dominaba el campo, pero el puente parecía brindarle un escondite. Se dirigió hacia él con la esperanza de que el tráfico le ofreciese alguna oportunidad.

En preparación, trató de procurarse algo a modo de arma. Buscó una piedra, pero sólo encontró terrones de tierra. Encontró otra plancha de madera seca debajo del puente, pero era demasiado pesada para emplearla como garrote. Tiró de una pequeña estaca que estaba debajo de la plancha, pero la madera estaba demasiado carcomida y se rompió haciendo que cayese hacia atrás. Su brazo herido se golpeó contra el suelo.

Durante un momento sólo pudo permanecer allí, agobiado por el peso de su desdicha, pero después su orgullo le hizo enderezarse. Aún era un príncipe de la casa de su madre; había aprendido, hacía tiempo, a resistir parecidos sentimientos amargos cuando sus hermanas se burlaban de él por ser tan sólo un niño.

Cuando de nuevo pudo moverse, arrancó las mangas de su camisa. Una, la arregló para hacerse un burdo vendaje en el brazo, la otra, amarrada por uno de sus extremos, la llenó de todo el barro que cupo. Así equipado, se colocó en su puesto al final del puente.

Mientras se colocaba entre la maleza, un hombre salió de las viviendas. Era un salvaje de apariencia saludable con el pelo oscuro, llevando chaqueta y pantalones. Tenía un algo de femenina delicadeza, y eso era seguramente un distintivo de una posición

superior, porque se subió en el vehículo solo. Este empezó a moverse en seguida.

El príncipe se gachó aún más, sopesando sin respiración el peso de su arma. Aquí llegaba lo que necesitaba para hacer un desesperado esfuerzo en busca de la libertad. La extraña vestimenta, el vehículo con ruedas y las armas superiores de un oficial. Pero, ¿cómo haría para conseguirlos?

Herido como estaba, difícilmente podría saltar al coche en movimiento. Tenía que hacer que se detuviese. Desesperadamente, se dejó caer en la zanja y agarró su rudimentaria arma. Era demasiado pesada para poder levantarla con una sola mano, pero a pesar de que el esfuerzo hacía que le doliese el brazo, se las arregló para sacarlo de donde estaba y arrastrarlo a través del camino.

Jadeando y temblando, aferró su pequeña bolsa de barro y se volvió para buscar el coche. Había dado la vuelta en sentido opuesto, hacia la carretera junto a la zanja. Casi enfermo por la desesperación lo vio dirigirse hacia la torre.

Febril, y aun agotado por el esfuerzo que había hecho al intentar sacar el madero, empezó a elaborar otro plan. Si pudiese deslizarse por la zanja sin ser visto mientras el dueño estaba ausente, podría por fin encontrar comida y agua.

Se tendió a todo lo largo cuando otro nativo salió de una casa y se dirigió andando hacia el puente. Era más delgado que el primero, y sus vestidos eran más masculinos. Quizás fuese un guardián encargado de cuidar las reservas mientras el oficial estaba ausente. Llevaba un artefacto negro en forma de caja que debía ser un arma.

El príncipe enrolló el extremo de su pesado saco alrededor de su temblorosa mano, y se agachó para esperar entre los matojos. Dejaría que el hombre se acercase, y después saldría para atacarlo por la espalda. Aquí, luchando contra estas bestias humanas no tenía por qué guardar consideraciones, ¿o sí debía?

Una fría y súbita incertidumbre detuvo su primera ansiosa resolución. Aunque sabía que cualquier gesto honorable podía ser fatal para él, el código que había aprendido era difícil de ignorar. Le estaba permitido hacer de todo, como muchas veces le había dicho el conde, pero siempre debía de actuar con honor.

Desesperadamente, trató de apartar sus temores. Estaba luchando por su vida y el trono contra hombres salvajes que probablemente nunca habían oído hablar del honor. ¿Por qué preocuparse de las reglas?

El pánico disolvió su indecisión cuando el guardián se detuvo a

pocos pasos de él, y levantó el artefacto. Creyó que había sido detectado. Los observadores de la torre debían de haberlo visto cuando salió a través de los pastos. Se aplastó contra el suelo junto al camino, esperando, desamparado.

Sintió el pinchazo de las ortigas, y el polen de una maloliente florecilla amarilla le llegó alarmantemente a su olfato. Apretando la mano contra la nariz para evitar de estornudar, vio como el salvaje se inclinaba sobre su arma para ajustarla con implacable deliberación.

El negro artefacto le intrigaba. Parecía demasiado corto para ser una escopeta. Debido a la distancia que los separaba no podía observar sus detalles, hasta que percibió un destello de sol sobre una lente. Escondió la cabeza entre las ortigas tratando de protegerla con su brazo, esperando la llamarada de algún primitivo rayo mortal.

No ocurrió nada. Nada que él notase. No sintió ningún calor, ni vio el destello azul de los iones. Permaneció echado tanto tiempo como pudo resistir las ortigas, la tensión de la espera y la presión sobre su brazo dolorido. Cuando miró de nuevo, parpadeó asombrado.

El salvaje se había vuelto enfocando el arma hacia el ganado. Miró horrorizado para ver su efecto, pero los animales siguieron paciendo sin haber recibido ningún daño. Ante su perplejidad que iba en aumento, el hombre volvió a colocar el inefectivo artefacto en su caja y vino hacia el puente sin ninguna apariencia de alerta o preocupación. Quizás aquello no fuese un arma, después de todo. Quizás todavía no había sido descubierto.

Un ataque de terror destruyó su recién nacida esperanza. El salvaje había llegado lo suficientemente cerca para que él pudiese ver su delicado rostro y sus formas bajo la vestimenta masculina.

¡Era una mujer!

Una chica verdaderamente agraciada con el pelo suave, alta y con el orgullo de su sexo. Tembló, temeroso incluso de respirar, tratando de evitar que ella le viera. Se sentía anonadado por su presencia, además de aterrorizado. Incluso estas tribus eran suficientemente bárbaras, por todo lo que él sabía, como para prender y esclavizar a las mujeres, a simple vista se advertía que ésta no estaba sometida a trabajos forzados. A pesar de eso, difícilmente podía ser un guardián; ninguna mujer se rebajaría como para hacer este trabajo de hombres. Trató por un momento de dudar de que aquello fuese un campo de prisioneros, pero la sombra de la ancha torre era demasiado palpable para que pudiese olvidarla.

Temeroso de mirarla, pero temiendo mucho más volver la cabeza, la observó acercándose. Cualquiera que fuese su trabajo allí, su sexo

era como una fortaleza a su alrededor. Los hombres del matriarcado podían herirse unos a otros con completa libertad, mientras fuese para salvar el honor; naturalmente las costumbres aquí serían más o menos las mismas. Las mujeres, sin embargo, eran tabú.

No podía tocarla. Incluso aunque el misterioso artefacto en la caja negra hubiese sido otro cinturón de vida, no podía emplear su inútil bolsa de barro para obtenerlo. Esta inhibición era la voz de su madre hablando dentro de él, imperativa y concluyente.

La chica pasó delante de él, y dio no más de tres pasos más allá. Pensó por un momento que ella seguramente lo vería, pero ella elevaba la cabeza con majestuosidad de reina, su negro pelo pintado de rojo por la luz del sol, y su fino rostro sonrosado y claro. Sus ojos oscuros miraron por encima de él, la tierra que rodeaba la zanja, y su rostro se tornó tristemente pensativo.

«Una tierra perdida», suspiró suavemente para sí. «Perdida lo mismo que mi propio país y mi gente. Quizá también la libertad... ¿cuál es la palabra inglesa? Herodes, creo. Por falta de cuidado como el abono, claro que el doctor está tratando de salvar esta vieja granja. Quizá esto sea diferente. La tierra puede ser reclamada.»

Él se enderezó para oír, pero las palabras no tenían ningún significado para él. El traductor psiónico de su cinturón le hubiese dado sentido a cada sílaba, e incluso hubiera podido hacerse entender por esos iletrados seres pero el instrumento no era ahora más que un átomo en el espacio interestelar.

Relajándose un poco, cuando ella se marchaba, la siguió con la vista. Ella aparecía sorprendentemente saludable y limpia para ser un salvaje, y la tristeza que le notó le hizo olvidar su propio peligro. Inexplicablemente, pensó que era otra exilada en peligro, tan lejos de su hogar como él mismo.

Ella desapareció de su vista, pero pudo oír el sonido de sus pisadas sobre el puente, pasando por encima de él. Respiró de nuevo, cuando sus pasos se detuvieron. Vio que se había parado en mitad de su camino. Se asomó sobre la baranda de madera para estudiar las pisadas que él había dejado en el barro, y se volvió para mirar el agujero que había hecho. Sus ojos expectantes se elevaron, y entonces lo vio.

Se quedó petrificado, al oír lo agitado de su respiración. Tanto como si llamase a los hombres de la torre, como si dispusiera de él para su propia diversión, no podía hacer nada. Era una mujer; no tenía derecho ni fuerzas contra ella.

—¿Cómo ha llegado usted aquí? —preguntó.

Aunque las palabras no le dijeron nada, percibió el agitado choque de su respiración. Ella retrocedió al instante, levantando el artefacto de la caja negra en actitud defensiva. Ei se encogió ante el brillo de su lente, pero nada le ocurrió. Ella lo dejó caer cuando vio su cara llena de sangre y el brazo vendado, preguntando con ansiedad:

—¿Está usted mal herido?

Su simpático tono le asombró porque las mujeres que él conocía se sentían simplemente divertidas ante las heridas y los duelos de los hombres. Asombrado pero aún temeroso, pensó en la inutilidad de su rudimentaria arma. Dejó caer el pesado saco y se levantó temeroso para ocultarlo con su cuerpo.

—¿Quién es usted? —Se inclinó sobre él—. ¿No puede usted hablar?

El captó su interrogativa inflexión y le vio esperando ansiosa una respuesta pero mantuvo la boca cerrada. Evidentemente lo había tomado por un hombre de su tribu que estaba en apuro, pero cualquier palabra que pronunciase supondría la pérdida de su vida. El siguió observándola con aprensión.

—Usted tiene miedo —musitó de pronto—. Veo que lo tiene. Porque usted no es de aquí, ¿por qué me mira así? ¿Es usted otro refugiado? ¿Se tiró quizás en paracaídas? Great Plains County está muy lejos del telón de acero, pero no demasiado lejos para los bombarderos.

Hizo una pausa para observarlo asintiendo despacio.

—Si es así como ha llegado aquí, sé cómo deben de ir las cosas para usted. Aunque yo escapé a pie, escondiéndome en los bosques y comiendo los nabos helados, hasta que algunos que recordaban la libertad me ayudaron a cruzar. Y yo quiero ayudarle, si realmente es usted un amigo de la libertad. ¿No se fía usted de mí? ¿O es que no entiende usted el inglés?

El no hizo ningún esfuerzo para contestar, y pronto ella habló de nuevo en un tono preocupado. Por los súbitos cambios en el acento y el ritmo de sus palabras, se imaginó que ella estaba intentando diferentes dialectos locales, todos igualmente desconocidos para él, pero permaneció observándola inexpresivo, sin siquiera mover la cabeza.

—¿No puede usted andar? —le hizo señas para que se levantase—. Venga conmigo si puede. Debe usted tener frío y hambre, incluso si no está demasiado mal herido. Puedo encontrar comida para usted y llamar al doctor Stuben para que haga lo que pueda por usted. Había extranjeros del otro lado de la frontera que hicieron lo mismo por mí.

Ella le ofreció sus manos, limpias como las de su madre, aunque las uñas eran cortas y no largas v ornamentalmente retorcidas como garras. Como rehusando, él le mostró su mano sana una de barro. Con un rápido gesto y una sonrisa que indicaba que no le importaba, ella cogió su mano y le ayudó a levantarse.

Esto descubrió su bolsa de barro. El trató de esconderla entre los matojos, pero a pesar suyo ella la vio. Y ella debió de entender su propósito, porque retiró la mano y dio un paso atrás para estudiarlo.

—¿Tan desesperado está usted? —Ella agitó la cabeza, su rostro ensombrecido por la preocupación—. Puede que le comprenda. Durante toda una noche permanecí escondiéndome de las patrullas de la frontera, con una daga y una vieja lima escondidas entre mis vestidos. Pensaba matar al hombre que me encontrase. Pero ¿es que no sabe usted que esto es América?

Sintió un fuerte dolor en su pie lastimado al apoyarse en él, y siguió escuchando sin moverse. Ahora ya estaba convencido, por su tranquila seguridad, a la sombra de la torre y por el curioso objeto que llevaba descuidadamente de que era un oficial del campo. Había esperado que ella lo matase en el momento cuando su inútil arma delató su abyecta desesperación. Ahora no podía comprender por qué no lo había hecho.

—No tiene usted motivos para esta alarma —dijo con suavidad—. No puede usted estar ya en tanto peligro. ¿Está la policía sobre sus pasos? No lo creo. No parece usted un crimina!. De todos modos, no pienso hacerle ningún daño. Sé cuál es el precio de la libertad.

Confuso por las palabras sin sentido y su inexplicable comportamiento, permanecía de pie, deseando desesperanzado que el conde estuviese allí con él. El conde hubiera sabido qué hacer con este enigmático salvaje.

—¿No puede usted entender nada? —Su voz era ahora clara y hablaba despacio, como si hablase a un niño—. Quiero que venga usted conmigo, y trate de no tener miedo. Incluso si su cabeza no está bien, y temo que no lo esté, pollo que no pudo hablar ni recordar, el marido de mi hermana seguramente puede ayudarle, Es un médico joven y bondadoso. Lo que quiera que sea que va mal, él lo entenderá. ¿Viene usted?

El conde hubiese sabido cómo tratar a esta peligrosa chica, pero el príncipe se sentía desamparado. No conocía otro mundo que el Matriarcado, y de éste demasiado poco.

—¿No va usted a venir? —repitió la chica con ansiedad—. ¿O es que no puede andar?

Vio claramente el peligro en que se encontraba, pero no podía escapar de él. Imaginó que su gente debía vivir con otras leyes y costumbres: ninguna mujer en su país se rebajaría en tocar ni en hablar a un hombre desarmado y sin clase. El conde debía de haberle enseñado algo de las trampas mortales que debían permanecer escondidas tras la diferencia de cultura, pero ahora sólo podía cometer equivocaciones.

—Si es que no me entiende, voy a llamar al doctor. —Se volvió despacio—. Él debe saber lo que hay que hacer.

Giró para alejarse de él. Él se preguntó con aprensión si ella habría decidido probar de nuevo aquel extraño artefacto, pero vio que ella sólo filaba haciéndole señas para que la siguiese. Aunque todavía no podía suponer qué era lo que ella quería, no se atrevió a desobedecer a una mujer. Siguió tras ella hacia las cabañas.

La chica ajustó sus pasos a sus dolorosos esfuerzos para andar, con una confusa consideración masculina. Y cuando llegaron a un sendero lleno de piedras donde él tuvo que cojear con sus pies desnudos, no se burló de él como hubiera hecho una mujer normal, sino que se inclinó para ayudarle a quitarle las piedras que se habían clavado en sus pies, con una solicitad que parecía impropia. Él no la comprendía, y sintió cierto alivio cuando otro nativo salió de la mayor de las cabañas.

—¿Qué pasa, Eliska?

Una mujer de más edad venía por el limpio sendero de césped que había frente a la cabaña pintada de blanco y se detuvo cuando lo vio. Mientras lo recorría con su mirada, él la estudió esperanzado. Ella tenía el mismo aire que la chica, la misma mirada y el ondulado pelo negro, aunque la nariz y la barbilla le daban un aspecto resuelto y descarado. Una pálida cicatriz le zigzagueaba en una mejilla. Las duras líneas alrededor de su boca revelaban una verdadera severidad femenina, cuando se volvió para preguntar a la chica:

—¿Dónde encontraste a ese vagabundo?

Aunque él no entendió las palabras, su aire y su voz estridente le impresionaron. Notó que tenía cierto parecido con su madre. La suavidad masculina de la chica le había desconcertado; ésta era la clase de mujer que él conocía.

—Bajé al viejo puente de madera con mi cámara —contestó la chica—. Lo encontré tendido en la cuneta junto al camino. Pero no creo que sea lo que tú llamas un vagabundo.

—Entonces, ¿qué es lo que le pasa?

—Parece herido, pero realmente no lo sé, porque no habla.

—¿Crees que es sordo?

—Creo que oye. Quizá pueda hablar cuando se recobre un poco. Quiero llevarlo dentro de la casa y llamar a Carl para que lo vea.

—¿Pretendes que ése entre en mi casa tan limpia?

La chica se sonrojó y se mordió el labio, como conteniendo algún enfadado exabrupto. El príncipe notó la tensión entre ellas, y vio que la de más edad era la que llevaba la voz cantante.

—Si no quieres que entre en la casa —dijo por fin la chica—, lo pondré en la pequeña habitación donde nuestro huésped solía estar. ¿Tienes algo que oponer?

—No quiero parecer dura —contestó la mujer algo más calmada—. Dale de comer en la cocina si quieres. También puedes buscarle alguna ropa. Hay un traje viejo de Carl y un par de zapatos que el huésped dejó debajo de la cama, si es que puede usarlos. Pero, ¿por qué tenemos que tenerlo aquí?

—Se encuentra en un apuro. Asustado, además de herido. Necesita algo más que zapatos y comida. Puede ser que Carl averigüe lo que le pasa.

—¿Y por qué no mandarlo al hospital de Great Plains?

—No puede tener dinero para pagarlo, ni creo que para nada. Además no creo que quisiera ir. Por la forma en que se escondía entre los matojos, creo que debe tratarse de un refugiado…

—¡Por todos los átomos! —estalló la mujer con dureza—, parece de los que son capaces de levantarnos la tapa de los sesos mientras dormimos, para poder saquear la casa.

—Si es peligroso, Carl lo sabrá —dijo la chica—. Pero no creo que lo sea, excepto quizá para los que van en su busca. Parece desesperado, como yo lo estuve una vez, antes de que gente que nunca había visto me acogiese y arriesgase su vida para ayudarme a cruzar.

—No parece que ése sea su caso. —La mujer giró para estudiar su brazo herido y su lacerado rostro con visible sospecha—. ¿Y qué puede haberle causado esta desesperación, si no fue herido peleándose con alguien o escapándose de la cárcel?

—Creo que se debió de tirar en paracaídas desde un avión —dijo la chica—. Parece que no entiende el inglés, ni ninguna otra lengua de las que conozco, pero quizá esté demasiado conmocionado para hablar. Quizá sea un aviador soviético, que no ha querido bombardear el mundo libre.

—¡Una teoría absurda! —exclamó la mujer despectivamente—. Lo que te pasa, Eliska, es que estás tratando de ver a ese maniático homicida, un loco podría ver que lo es, a la luz de tu propia desgraciada experiencia.

—No puedo verlo de otra forma.

—Una horda de holgazanes y presidiarios que vienen haciendo auto-stop, allá, por la carretera, me han dado otra clase de experiencia —dijo la mujer—. Aunque admito que nunca había visto a ano como éste. Parece extranjero, con ese extraño corte de pelo y ese pijama tan raro. ¿No puede hablar en absoluto?

Se acercó al príncipe y le palpó el pecho lastimado con tanta fuerza que le hizo vacilar. Respiró lastimosamente y tuvo que parpadear.

—¡Usted! —su dura voz se elevó—. ¿Cómo se llama?

Sí, ella era realmente la jefe. Su fuerte seguridad le había convencido de que debía de ser un alto oficial del campo, y ahora su aire imperativo le convenció de que le estaba pidiendo sus armas, aunque podía ver que no llevaba ninguna.

—Bien —palpó de nuevo sus heridas con tanto vigor que se encogió y retrocedió sin poderse contener—. ¿No puede usted hablar?

Guardando un manso silencio, miró a la chica.

—¡Por favor, Greta! —dijo ella con rapidez, como en respuesta a su silenciosa apelación—. Le estás haciendo daño. ¿No ves qué pálido se ha puesto?

—No intento ser cruel —murmuró la mujer—. Puedes llevarlo a la habitación del garaje si quieres, pero sólo por el momento. Déjalo que se lave, si puede, y llévale algo de comer. Llamaré a Carl.

—Gracias, Greta —musitó la chica.

La mujer se dirigió hacia la vivienda con aire de reina ofendida. La chica le hizo señas de nuevo, y el príncipe la siguió sobre la hierba hacia otra edificación pequeña. Pudo ver por la rampa que daba al camino que ésta debía de ser la casa donde se guardaba el vehículo, pero la chica lo llevó a una puerta pequeña que había a un lado y le indicó que entrase.

Detrás de la puerta vio una estrecha y pequeña celda, sorprendentemente limpia.

Estaba amueblada con sólo dos sillas de madera y una cama de hierro cubierta con una colcha despintada pero limpísima, que parecía invitarle. La chica le hacía señas para que entrase, pero él se detuvo observando la cerradura, temeroso de que ella fuese a encerrarlo.

—No tiene usted por qué tener miedo de mí. —Ella sonrió y su tranquilo tono le desarmó—. Siento que mi hermana estuviese tan desagradable, pero ella cree que América le da derecho.

Ella pasó delante de él, como para demostrarle que no pensaba hacerle ningún daño, y él siguió dudando. Mientras permanecía esperando incómodo, ella entró en una alhacena tan grande como la

habitación. Allí vio estanterías llenas de extrañas cosas cubiertas de polvo, raros y pesados objetos y adornos de gente que no conocía el arte psiónico ni los neutrones, fantásticos artefactos que probablemente estaban rotos v desechados ahora. La mayoría de ellos los podía identificar, pero apoyado en una esquina había un rústico tubo de hierro.

Apartó la mirada de él con aprensiva alarma cuando la chica entró. Traía una toalla y algunas prendas de vestir, v Je hizo señas para que pasase a la otra habitación: un pequeño baño, primitivo pero limpio. Movió una válvula para que el agua corriese y él se Inclinó sediento para beber.

—¡Espere! —Le dio el agua en un vaso. Después que hubo bebido, le ayudó a lavarse y a ponerse un albornoz limpio y un par de zapatillas. Ella le vio cómo vacilaba ante un inesperado dolor de su brazo y se acercó rápidamente para ayudarle a moverlo dentro del vendaje Su ternura, impropia en una mujer, le hacía sentirse incómodo, aunque no podía evitar sentirse agradecido—. Ahora —dijo ella—, ¿tiene usted hambre?

Se levantó de nuevo para seguirla cuando vio que se marchaba, pero ella negó con la cabeza indicándole que se quedase allí, y se fue, dejando la puerta abierta. Cuando la perdió de vista entró presuroso en la otra habitación para mirar el tubo de hierro.

Sí, decididamente era un arma desechada. El tubo estaba montado sobre un trozo de madera. Se inclinó curioso sobre, él para probar su mecanismo. Sus piezas estaban moldeadas con sorprendente precisión. A pesar de estar enmohecido y necesitar un engrasado, todavía funcionaba. Anduvo esperanzado entre los extraños artefactos que había en las estanterías, y encontró una caja de cartón llena de pesados y pequeños proyectiles que ajustaban perfectamente en la cámara.

¡Ya estaba armado!

La sola posesión de tan formidable pieza podía permitirle salir del campo sin ser sometido a interrogatorio, si un hombre con un arma era considerado como en su país. Incluso aunque le desafiasen, una victoria le daría los derechos y las armas de su contrincante, suponiendo que las costumbres en los combates fuesen aquí más o menos como las que él conocía.

Pero ¿serían así, en efecto? Ningún hombre de su tierra dejaría abandonada en una alhacena abierta, para que se enmoheciese, una pieza de esa ciase, ¿indicaba esto un diferente código del honor? Revolvió ansioso entre los estantes en busca de clavos, y sólo encontró

ropa vieja, una simple linterna de bolsillo, un primitivo par de anteojos y un largo y carcomido cuchillo en una funda.

Esto era claramente el equipo de un asesino a sueldo. Pero su naturaleza sugería que las muertes se hacían al aire libre, posiblemente en un salvaje distrito preparado especialmente para los combates. Parecía que hacía bastante tiempo que no habían sido usados, debido quizá a que las luchas debían tener lugar en alguna época especial.

No podía imaginar cuáles serían las reglas, Su momentáneo alivio se evaporó cuando se dio cuenta de que el arma, a pesar de parecer poderosa, no le resolvía el problema. En su manera de actuar tenía que suponer cómo reaccionaría esta gente, porque todo lo que sabía era que lo ignoraba. La inexperiencia le paralizó.

Había cogido y amartillado el rifle con el breve triunfo que suponía su descubrimiento, pero ahora lo volvió a soltar temeroso en un rincón de la habitación para esperar que la chica regresase. Su amabilidad le parecía tan impropia de una mujer, e incluso tan antinatural, que le costaba trabajo creer en ella y no podía evitar esperar alguna cruel traición.

Regresó al fin, trayendo consigo una bandeja con platos. Una fragante bebida calienta, unas tostadas de pan grueso, y un plato de humeante sopa. Su olor le hizo sentirse hambriento, y empezó a comer con prisa cuando ella colocó la bandeja en el brazo de su butaca. La comida era sorprendentemente buena, pero perdió el apetito cuando oyó el ruido de un motor y vio que un vehículo se había detenido junto a la cabaña. Se levantó con aprensión cuando hizo aparición un salvaje alto. Según su código, un hombre cogida sin ningún arma a mano, era convertido en divertido juego, pero todo lo que podía hacer era permanecer quieto, preparado para morir como un hombre.

Sin embargo, el nativo, no hizo ningún gesto que pareciese un reto. Sorprendido observó que el hombre no iba armado, al menos no llevaba ninguna pieza como la que había en la alhacena, sólo una pequeña bolsa de cuero. El príncipe lo miró y se volvió a sentar, sintiendo de pronto que se le doblaban las rodillas.

—Eliska —dijo el hombre—. Así que este es tu misterioso aviador.

La chica se apresuró a ir hasta él hablando de prisa en voz baja. Claramente veía que estaba solicitando un favor que él no estaba dispuesto a concederle. Gruñó y negó con la cabeza, con aire de tan firme decisión que le pareció casi femenina.

—No —dijo—, no tengo más remedio que hacer un informe. Verdaderamente, Eliska, no puedo decir que crea demasiado en tu

teoría de que es un refugiado. Yo diría que ha sido herido en un accidente de tráfico. Si es así, habrá seguramente quien le esté buscando. En todo caso, no puedo comprometerme a esconderlo.

—Pero parece tan desesperadamente asustado...

—Por alguna razón será, Greta está segura. No seas tonta, Eliska, si realmente lo están buscando, pronto nos encontraremos en un aprieto.

—¿Te parece tonto buscar la libertad, o ayudar a alguien a que la encuentre?

—Temo que tus propias aventuras te han vuelto un poco melodramática, Eliska. —El hombre alto hizo una mueca—. Pero desde el momento en que pareces tan interesada, le prestaré los primeros auxilios para que pueda permanecer aquí mientras hago la denuncia. Curaré sus heridas y arreglaré momentáneamente esa fractura. Pero me imagino que o bien sus familiares o la ley pronto nos lo quitarán de las manos.

—Carl, por favor, dale una oportunidad.

—Me debo a mi obligación —dijo el hombre con firmeza—. Ahora veamos a tu paciente.

Ella asintió en silencio y le siguió a través de la pequeña habitación, con una tranquila resignación extraña en una mujer. Sin embargo, pude ver la ansiedad en sus ojos y la muda rebelión temblando en sus apretados labios. Se imaginó que este curioso hombre era de alguna forma su enemigo, y ella su amiga, vencida ahora en algún oscuro esfuerzo por defenderlo.

—Echemos una mirada a ese brazo.

Cuando el médico hubo terminado, la chica lo siguió hasta el vehículo, y oyó su voz pidiendo algo con apresuramiento. El príncipe se senté a esperar, sintiendo el brazo aliviado con el primitivo vendaje y el fuego del fuerte antiséptica ardiendo bajo las torpes curas de su rostro. Se preguntó qué querría la chica y si tendría algo que ver con él, pero se sentía demasiado débil para hacer nada.

Ella regresó al fin, con una mirada de grave determinación. Silenciosamente colocó una pequeña mesa extensible frente a él. Traía rudas hojas de papel, un primitivo palito para escribir y un montón de enormes y curiosos libros nativos.

—Ahora —le pidió ella seriamente—, ¿puede usted decirme de alguna manera de quién y de qué se esconde? Carl va a informar sobre usted, a pesar de todo lo que le he dicho. Temo que incluso aquí en América la policía no cuida siempre los derechos de los extranjeros que no tienen dinero, pero yo quiero ayudarle, si puedo.

El notó su apresurada urgencia, y supuso que pretendía que se

identificase. Esperanzada, abrió uno de los extraños y gruesos libros. Las líneas de agrupados signos en plana y negra impresión pre-psiónica, le dijeron menos que su lenguaje. Encontró unas cuantas estampas de estilo infantil, desnudos y pequeños trazos de cosas sin profundidad ni movimiento si significado psiónico. Cerró el libro y agitó la cabeza.

—Aquí tiene un lápiz —musitó ella con ansiedad—. ¿Puede usted escribir?

El cogió el palito y lo movió por encima del papel inclinándose para ver el trazo que había dejado. Un grueso y negro tizón, que no reflejó en su esforzada mente ninguna imagen. Dejó caer el inútil utensilio pre-psiónico desesperanzado.

—No se deje abatir por la depresión —murmuró ella con rapidez —. Probemos otra cosa. Puede ser que me pueda enseñar usted en un mapa de dónde viene.

Él se inclinó con ansiedad para estudiar las manchas de color que había en el siguiente libro que ella le enseñó. Al principio casi le parecieron psiónicas, pero no tuvieron ninguna respuesta en su mente. No eran más que borrones irregulares y planos, sin vida como las estampas. Dirigió a la chica una preocupada mirada.

—¿Es qué ni siquiera sabe dónde estamos? —Hizo gestos señalando la habitación y el campo y entonces apoyó el lápiz en un cuidadoso punto sobre una amplia mancha verde—. Great Plains County está exactamente aquí. ¿Comprende?

El observó de nuevo las manchas y la maraña de líneas que la surcaban, contuvo la respiración cuando reconoció los perfiles continentales de Sol III no tal como ellos habían visto en los planos psiónicos del yate, sino diferentes por la proyección plana. Evidentemente, entonces, las zonas coloreadas representaban algo de la superficie del planeta, probablemente los territorios de las tribus.

—Aquí está Praga, en mi propio infortunado país. —Con una momentánea tristeza en su rostro, ella señaló otro punto en una estrecha banda roja y después apuntando el lápiz hacia ella misma dibujó una línea desde la tierra roja a la verde como para representar un viaje—. ¿Podrá usted ahora enseñarme de dónde es?

Le entregó el palito, pero él se encogió y lo soltó.

—¿De Siberia?

Ella le tocó con la negra punta y la volvió a colocar sobre la página en un vasto espacio amarillo, mirándolo con ansiedad como para ver si él comprendía. El creyó que había comprendido, a pesar de eso sólo pudo agitar la cabeza.

Ella evidentemente trataba de decirle que había venido del área marcada en rojo, quizás come huésped o prisionera de guerra. Y ella creía que él pertenecía a la tercera tribu, cuyas anchas tierras estaban señaladas con amarillo, una gente aliada a la suya sin duda y hostiles a sus salvajes captores de aquí. Esto aclaraba su indudable posición inferior y su aparente aprensión de ahora.

—¿No se fía usted de mí? —susurró con rapidez—. Puedo ver en su cara que me comprende.

El no trató de responder. Si señalaba aquel lugar amarillo, el gesto le convertiría en enemigo de sus captores, con todos sus derechos perdidos. Impulsivamente, pensó señalar otro punto de algún otro color, pero se contuvo al instante; con esas rivalidades entre las tribus extendiéndose sobre todo el planeta, podía fácilmente señalar a gentes que ella odiase y perder su incierta amistad. Si le dejaba suponer que no venía de ningún lugar del planeta, esto podía suponer una peligrosa violación de los Covenants.

—Trate de responder —le pidió ella—. Temo que no le quede mucho tiempo.

Su aire de temerosa urgencia le forzó a decidirse. Colocó la punta sobre el verde y trazó una línea serpenteante hacia el lugar en que se encontraban y soltó el palito mirando a su alrededor con ojos asustados, entonces cerró el libro resueltamente para terminar con aquella peligrosa encuesta.

—No le he comprendido muy bien. —Ella lo miró inquisidora—. ¿No puede usted hablar? O ¿es que no puede recordar? ¿Es simplemente que tiene miedo?

—¿Miedo?

Imitó la palabra carente de sentido para él y le devolvió el palito. Al principio ella se le quedó mirando, pero después con un movimiento de comprensión pronunció la palabra otra vez y cuidadosamente hizo un símbolo. Señaló hacia ella moviendo una mano hacia su oreja.

—¿Mi nombre? —preguntó ella—. Eliska, Eliska Machar. —Lo escribió en el papel y repitió el sonido corrigiéndolo cuando él lo pronunció después de ella.

—Ahora, ¿quién es usted?

El comprendió lo que ella quería decirle, pero se llevó la mano a su cabeza vendada y se contrajo de nuevo. Cualquier sonido que emitiese, a excepción de imitar lo que ella decía, haría que comprendiese que no venía de ningún país amigo. Apresuradamente empezó a señalar objetos tratando de aprender los hombres que ella

les daba. Al principio ella pareció descorazonada.

—El inglés es difícil para los rusos —murmuró—. Temo que no tengamos tiempo para muchas lecciones de lenguaje antes de que Carl vuelva con la policía.

El ignoró firmemente la protesta de su tono. Cualquier cosa que tratase de decirle, tanto si era verdad o mentira, podía destrozarle, pero tenía que aprender todo lo que pudiese de ella. Empezó a ojear ansioso los libros, deteniéndose para que ella nombrase las pocas estampas muertas y sin dimensión que no significaban nada para él.

Creía que ella estaba contenta de él conforme avanzaban. Ella se sonreía cuando a él se le trababa la lengua con alguna pronunciación difícil y después con rápida aprobación cuando él iba aprendiendo las palabras: mesa, lápiz, silla, mapa, estampa, libro. Sentarse, levantarse, andar. Eliska Machar.

Cuando él volvió a pronunciar su nombre, ahora con más facilidad y ella le observaba tratando de enseñarle verbos más complicados que «mover», «golpear» y «caer», deseó que la escandalosa hija de la reina se hubiese convertido en una chica tan encantadora como esta simple salvaje. Pero él sabía que esto era muy improbable; su futura consorte, si llegaba a tiempo para la coronación, sería más escandalosa y dominante y en todo más parecida a una mujer divertida en vez de dolida si alguna vez volvía a romperse la cabeza.

—Temo que esto es todo —musitó de pronto—. Aquí llegan.

Trató de captar el sentido, antes de observar su alarma. Ella se volvió hacia la ventana con el rostro grave. Fuera vio tres vehículos que llegaban uno detrás de otro por el camino de la torre y que se dirigía hacia las cabañas.

—¿Eliska? —Se levantó de su silla y se colocó junto a ella con rapidez—. Eliska...

Quería preguntarle por qué llegaban y qué podía hacer para afrontar el peligro que leía en su mirada, pero aquellos primitivos vehículos no eran promesa ni la fortaleza que se erguía tras ellos una silla. Todo lo que podía decir era su nombre.

Estos se detuvieron. Cuatro hombres salieron de ellos. Reconoció al alto médico nativo. El salvaje que salía del segundo coche le pareció familiar, pero los demás eran extraños y le aterrorizaron con las brillantes insignias que llevaban en sus chaquetas azules y las pequeñas escopetas que pendían de sus cinturones. Claramente vio que eran guardianes de la torre.

La mujer de más edad con la cicatriz salió de la vivienda para encontrarlos. El doctor dijo algo y ella hizo una seña. Todos se

encaramaron, hacia la pequeña habitación donde él esperaba con la silenciosa chica. Tambaleando por el pánico se aferró a su brazo.

—¡Eliska!

Quería que ella le dijese qué debía hacer, como su madre había hecho siempre, como la nueva reina haría... si alguna vez llegaba a ser príncipe consorte. Pero la chica estaba confusa, con una incertidumbre impropia de una mujer. Ella no era más que otra extraña desplazad aquí, lejos de su tribu, sin amigos ni defensa lo mismo que él.

—Puedo imaginarme por qué tiene usted miedo. —Su tono era apresurado y preocupado—. No puedo creer que lo estén buscando por algo serio, pero no sé quién es y no hay nada que yo pueda hacer.

Ella le dirigió una larga e inquisidora mirada, que le permitió adivinar su preocupación e inquieta resignación en sus ojos oscuros, antes de que se volviese para esperar a los salvajes que se acercaban. Se veía claramente que no podía hacer nada más por ayudarle. Súbitamente, solo junto a ella esperando desamparado la vida o la muerte, trató de recuperar la calma.

Incluso trató de imaginar que estos hombres no habían venido para hacerle daño. Después de todo, trató de animarse, el doctor nativo le había parecido sorprendentemente bondadoso, pero no podía olvidar la preocupada expectación de la chica, ni ver la acerada y oscura torre detrás de los guardianes, ni de oír los gritos de los hombres que no había conseguido obtener el favor de su madre en el matriarcado.

Estas gentes eran diferentes, se dijo esperanzado. Tan diferentes que su cultura tenía que ser protegida. Ciertamente que esta familia humilde, generosa y preocupada muchacha no encontraría ningún femenino deleite en abatir ni humillar a ningún hombre. Pero ella pertenecía a otra tribu. Esta escandalosa mujer que estaba fuera con los hombres se parecía más a su madre.

Sabía que se había enfadado con él y pensó que ella debía haber llamado a los guardianes para que se lo llevasen. Aunque debían estar deseando darle una oportunidad honorable, el honor no era una mesa, ni la paz una silla. El tiempo no le esperaría para que aprendiese la lengua.

Estaba vencido. Su idea de improvisar los medios para alcanzar la luna no era más que una tontería. Este mundo era demasiado diferente para competir con él. Estos incomprensibles salvajes le matarían, ahora o más tarde, por alguna ley o costumbre local que no podía imaginar y este sería el final.

Contuvo la respiración y se mordió los labios tratando de esperar con calma. Sin conocer las palabras no podía hablar. No se podía

esconder en esta habitación. No podía ni tratar de correr. No podía luchar con su brazo derecho inutilizado. O ¿sí podría?

Una gran alegría brotó en medio de su desesperación cuando se acordó del enmohecido rifle que se encontraba en la alacena. Cesó de temblar. Su brazo dejó de dolerle. Sintió de pronto que sus fuerzas renacían.

Corrió de la ventana al pequeño almacén y volvió con el rifle. Era demasiado pesado para usarlo con una sola mano, pero lo apoyó sobra el respaldo de la silla y se puso de rodillas detrás. Puso el dedo en el gatillo, cuando los guardianes se acercaron para abrir la puerta y apoyó la culata contra su hombro. Indefenso como estaba frente a esta civilización enemiga, aún sabía cómo matar y cómo morir.

—¡Deténgase! —gritó la chica—. Ellos no van a disparar. ¿Qué clase de salvaje es usted?

El captó el tono de incredulidad en su voz. Se dio cuenta de que había perdido su inexplicable simpatía, a pesar de lo cual cerró sus oídos a su dolido grito. Porque ella no era más que otra extranjera cogida aquí aparentemente, y tan sin esperanza como él mismo. Ella no podía ayudarle ahora.

Su asustada voz había detenido a los guardias a la puerta. Se agacharon. Sus morenos rostros estaban oscurecidos por el temor del viejo juego de la muerte. Sus manos alcanzaron sus cortos fusiles, y entraron corriendo diagonalmente en la habitación, separándose con cautela.

La rápida y silenciosa competencia de su avance le proporcionó una gran satisfacción, pues demostraron ser enemigos bien entrenados. Su preparación ante el peligro incluso le devolvió su desesperada esperanza de que fuese lo suficientemente civilizado para guardar su alto código del honor que daba al vencedor los derechos, armas y rango del vencido.

Elevó el rifle dirigiéndose hacia la vacía puerta y apretó el pesado gatillo. Retrocedió, el efecto fue de una devastadora ráfaga. El culetazo que recibió le dejó dolorido, pero consiguió que los salvajes reculasen demostrando un claro respeto por el arma. El disparo fue un salvoconducto adecuado sin duda para cualquier código de honor.

Se inclinó detrás de la silla para volver a cargar. El descuidado mecanismo era difícil de manejar con una sola mano, pero un fiero empuje le dio suficientes fuerzas. Así lo comprendió él. La prisa, la fría prueba de sus manos y de sus ojos, el relajamiento de toda la violencia acumulada dentro de él por todos sus fracasos y tiranías de las mujeres.

El siguiente disparo sería a matar. Esto era lo único que importaba ahora, porque comprendió al fin que nunca conseguiría llegar a la luna, ni ver su hogar de nuevo, ni inclinarse delante del trono de la nueva reina. Si ninguno de estos hombres conseguía cogerle ahora, algún otro salvaje lo haría. Pero antes tenía que llegar. A pesar de que toda su civilización educación no le había enseñado a sobrevivir en esta bárbara cultura, sabía cuál era la forma en que un hombre debía de morir.

—¡Suelte el rifle! —dijo el salvaje que se encontraba más cerca—. No queremos disparar.

Las tranquilas palabras le sonaron como un reto formal. Una vez recargada el arma volvió a levantaría sobre la silla, y se enderezó sobre sus rodillas para matar a su contrincante.

Había tiempo de sobra, porque el salvaje no había tenido tiempo de prepararse. Apretó el pesado rifle contra él, en un último y agradecido abrazo, y puso el dedo en el gatillo.

—Alteza... ¡por favor!

Las palabras le paralizaron, porque las entendió; porque casi reconoció la ansiosa voz que las pronunciara. Su dedo se engarfió en el gatillo.

Dejó caer el rifle sobre la silla y se puso en pie, mirando anonadado hacia la puerta.

—Así está mejor —dijo el salvaje que estaba más cerca—. Quédese donde está.

El sonido de estas palabras no fue más que un eco sin sentido. Había olvidado a los dos guardianes y sus rifles. Apenas vio la pálida chica separarse de la pared con el rostro aliviado después del shock sufrido, permaneció mirando obsesionado hacia la puerta, y los otros tres entraron.

El asustado médico nativo, la mujer de la cicatriz retorciéndose nerviosa las manos y habiendo perdido su aire dominante debido al disparo, y por fin el cuarto hombre, el que le había parecido familiar. Creía conocerle, pero ¿de qué?

El príncipe lo miró con fijeza. Era un salvaje más alto que el doctor y su actitud valerosa le señalaba como un hombre de honor. Sin embargo, ahora iba desarmado, aunque llevaba una cartera de piel marrón. Parecía un poco incómodo, como si la gruesa calidad de su basto abrigo nativo y sus pantalones le cohibiesen. Se detuvo en la puerta como para escuchar durante un momento mientras se llevaba una mano al oído, bajó la vista para ajustar su atención, y después dijo con suavidad:

—¿No me reconocéis?

La voz profunda y el gesto peculiar identificaron al hombre disfrazado con el atuendo nativo. El noble ayudante que había visto tambaleándose en su departamento del Reina Madre, justo antes de la colisión.

—No... no. Me era imposible bajo ese disfraz tan raro y con ese tremendo bigote. —El príncipe se agarró fuertemente con la mano sana al respaldo de la silla—. Salí despedido de la nave antes de poder ir a buscarle. No esperaba volver a verle y mucho menos aquí.

—Perdí el conocimiento —explicó el conde, encogiéndose—. Quizás tomé demasiado de vuestro buen brandy. Lo primero que supe del desastre fue cuando me desperté en una extraña cama de la Estación Sol. Parece ser que mi cinturón me llevó allí sin que pusiera nada de mi parte.

—¿Y el yate?

—Se perdió en el espacio —dijo el alto extranjero—. Los hombres de la Estación recogieron nuestras angustiosas señales demasiado tarde para mandarnos ayuda.

—¿Y la tripulación?

—Toda se salvó. —La ansiedad se pintó en el viejo rostro—. Todos excepto vos, señor. El informe que se dio fue de que habíais desaparecido. —Rio con nerviosismo—. Parece que ha estado a punto de ser verdad.

—¿Es este su viejo rifle, doctor? —preguntó el guardián que se encontraba más cerca—. Haga usted el favor de recogerlo antes de que ocurra un accidente.

—Ha llegado usted justo a tiempo. —Mirando agradecido al viejo noble, el príncipe hizo una pausa para mirar al doctor que recogía apresuradamente el enmohecido rifle que él había dejado caer.

—Este duelo de honor contra estos salvajes, que' probablemente nunca han oído hablar de honor, pareció que iba a ser el fin para mí. ¿Cómo dio usted conmigo?

—Así está mejor. —El guardián se relajó un poco y dijo volviéndose hacia el conde—. ¿Cree usted que podrá calmarle?

—Un momento Alteza.

Una vez más el conde conectó su oído auxiliar traductor haciendo un gesto como si no funcionase, y entonces se volvió para enfrentarse con los expectantes nativos.

—Este es el hombre. —Su vieja y cascada voz sufrió altibajos como para simular una sordera—. Es el cliente que había desaparecido. Ya veo que les ha dado bastan trabajo, pero yo sé cómo tratarlo. Estoy

seguro de que se encuentra mejor ahora y con mucho gusto me lo llevaré. Todo lo que necesito es que me dejen solo con él para poder hablarle.

Los guardianes y el doctor se retiraron hacia la puerta, asintiendo de forma comprensiva como si hubiesen entendido. Pero ¿cómo? El príncipe contuvo la respiración y miró fijamente el aparatito que simulaba la sordera. Naturalmente era un traductor psiónico, disfrazado para el servicio de los Covenants.

—¿De verdad conoce usted a ese hombre? —Su asombrada mirada fue hacia la chica, que permanecía de pie observando asombrada al conde. Ella habló con el idioma del matriarcado… pero, ¡esto era imposible! En un momento se dio cuenta de que el sentido de las palabras le llegaba a través del pequeño instrumento, y con tanta claridad que sus oídos apenas captaban lo extraño de los sonidos incluso cuando lo pretendía.

—¿No quiere usted decirnos quién es?

—Desde luego, señorita Machar. —El viejo luchador apreciativamente y replicó con envidiable facilidad que debía haber adquirido en mundos donde las mujeres no eran supremas—. El doctor Stuben rae ha contado lo bien que se ha portado usted con mi cliente, por lo cual le estoy muy agradecido. Es el señor King, el señor Jim King. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Ahora si no le importa dejarnos sólo por unos minutos…

Los demás nativos se habían marchado, pero la chica aún estaba preocupada pasando su mirada del príncipe al conde con aire de duda.

—Gracias —musitó—. Pero… si no le importa… ¿quién es usted?

—Su apoderado —dijo el conde con serenidad—. Y también su amigo. Aquí tiene mi tarjeta. John W. Pottle, de Pottle y Swicklek. —Estaba radiante para captarse su confianza—. Si todavía está preocupada por su estado, debe tranquilizarse. Está ahora en buenas manos.

Ella negó levemente con la cabeza, como si no estuviese segura de eso.

—Parecía tan terriblemente asustado —dijo ella impulsiva—. Si a usted no le importa… ¿Qué es lo que sucede?

—Nada por lo que tenga que alarmarse. —El viejo rio ante su ansiedad. Ahora se encuentra ya bien.

—Tiene que haberle pasado algo horrible.

—Aparentemente un accidente de carretera —murmuró el conde con descuido—. Pero el doctor Stuben dice que no está herido de gravedad.

—¿Cuándo fue? —Ella le observaba—. ¿Dónde?

—Anoche —dijo el anciano—. Por algún sitio cerca de aquí. Jim y yo íbamos a unos asuntos y el coche se estropeó en el puente de este lado del pueblo. Era ya de noche y nadie se hubiera detenido para ayudarnos. Por fin Jim decidió seguir andando por la carretera para ver si encontraba un teléfono y llamar a un mecánico. No regresó. He estado buscándolo desde que amaneció, pero no puede encontrar ni rastro de él hasta que llamé al doctor Stuben. Él fue quien me dijo que usted lo había encontrado. Debió ser atropellado por algún loco automovilista.

—Y si eso fue todo, ¿qué le hizo estar tan desesperado? —Eliska Machar volvió la vista hacia el príncipe, con sus ojos aun oscurecidos por la duda—. ¿Por qué estaba escondido en la cuneta como un animal acorralado?

—No tiene nada de extraño. —Las facciones del conde se endurecieron—. Jim fue una vez piloto de guerra. En el último invierno de la guerra, tuvo una triste experiencia. Su avión fue derribado sobre Alemania. Jim tuvo tiempo de saltar y llegó a tierra vivo con un trozo de metralla en una pierna. Durante tres semanas de frío intensísimo, tuvo que vivir escondido entre enemigos cuya lengua no entendía. La herida se le infectó, y casi se había vuelto loco cuando pudo cruzar a las líneas americanas. Una cosa como esa es difícil de olvidar. El Dr. Stuben está de acuerdo conmigo en que anoche su accidente de la carretera le debe haber hecho recordar todo aquello. Se encontraba herido y escondido de nuevo, como usted bien ha dicho, como un animal acosado. Y creyó que no podía hablar.

—Ya veo. —Sus ojos oscuros se volvieron hacia el príncipe, preocupados de nuevo—. Entonces, ¿cree usted que es grave lo de la cabeza?

—Sólo una ligera conmoción, según ha dicho el doctor Stuben. —El viejo rio alegremente—. Puede usted ver que me conoce, y estoy seguro de que su dificultad para hablar se solucionará cuando vaya recuperándose, Creo que lo único que tiene son los efectos del shock y los nervios.

—Entonces me marcho para que pueda descansar. —Se dirigió hacia la puerta pero antes de llegar se volvió bruscamente—. Cuando usted le habló y él contestó, ¿en qué clase de lengua era?

—Un dialecto indio —dijo el conde suavemente—. Uno que aprendimos de un guía en un viaje de vacaciones, cuando él y mi hijo eran niños. Jim hablaba con mi hijo en ese dialecto, antes de recobrarse en el hospital militar. Cuando lo empleé para hablarle

ahora, lo hice con la esperanza de que los recuerdos de su niñez le ayudasen.

—Y creo que lo consiguió —asintió la chica tea gravedad—. Por favor, le ruego que perdone mis preguntas, pero tenía que asegurarme de que usted era realmente su amigo. Ya me marcho.

El anciano la acompañó y cerró la puerta tras ella.

—Hubiera sido capaz de echarme —suspiró aliviado—. Por esto debía de darle una explicación satisfactoria.

—Parece todo tan sencillo cuando usted lo hace. —El príncipe le sonrió con cansada gratitud—. Al principio tuve una loca esperanza de poder hacerme un aparato psiónico que alcanzase la estación, pero este planeta ha resultado demasiado salvaje para mí.

—No debéis menospreciar nunca a los nativos; ésta fue la primera lección que aprendí en el Servicio. —El conde se acercó para examinar los vendajes—. Parece un competente trabajo —asintió aprobador—. ¿Os encontráis dispuesto para viajar?

El príncipe asintió con ansiedad, a pesar de que su brazo entablillado le estaba doliendo otra vez por el peso del rifle.

—Entonces será mejor que nos pongamos en camino. Sólo hay una nave al año en este lugar, pero afortunadamente se encuentra aquí ahora descargando. Si subimos a bordo debemos alcanzar el siguiente planeta a tiempo para coger una nave de las líneas de Su Majestad. He mirado las listas interestelares antes de dejar la estación, y creo que todavía podemos volver a tiempo para la coronación.

—Estupendo. —El príncipe asintió animado y se arregló el brazo lo mejor que pudo. De pronto se sintió curiosamente afligido de dejar el rudo confort de la pequeña cabaña—. Me alegro de que llegase usted aquí —murmuró—. Pero ¿cómo es posible que diera conmigo?

—Los detectores psiónicos de la estación recogieron las señales automáticas de nuestros cinturones —dijo el conde—. Todos nosotros fuimos recogidos rápidamente, pero el vuestro estaba moviéndose erróneamente y cesó de transmitir antes de que la nave de rescate pudiese alcanzaros.

—Parece imposible creer que hayáis sobrevivido a la colisión, pero cuando el comandante ordenó que cesase la búsqueda, obtuve permiso para hacer una visita encubierta a este sector de

Sol III, porque vuestro cinturón había estado moviéndose en esta dirección cuando cesaron las señales.

El príncipe lo miró agradecido. La cálida expresión del conde se ensombreció súbitamente. No se fiaba de sus palabras, pero impulsivamente alcanzó la mano del viejo veterano y la apretó.

—No os preocupéis, señor —musitó el conde suavemente—. Podremos arreglarlo todo. Con un poco de suerte, quizá podamos evitar que la reina se entere que nos desviamos de la ruta que nos señaló. Incluso si descubre la verdad, probablemente podremos guardar su favor sólo con que estemos de vuelta para la coronación.

El príncipe se sentó en silencio durante unos momentos, mirando ausente la pequeña mesa extensible donde Eliska Machar había dejado sus burdos avíos de escritura pre-psiónicos. Volvió a la realidad casi sobresaltado.

—Estoy listo para viajar —dijo despacio—. Supongo que usted está completamente a salvo como agente del Servicio. Pero lo que no entiendo es cómo vamos a explicar mi súbita llegada y partida, sin que suponga una violación de los Covenants.

—Ya me he ocupado de eso. —El conde abrió la cartera marrón para sacar un paquete de documentos nativos—. A pesar de que nunca esperé encontraros con vida, nadie esperaba que os encontrase de ninguna manera, traje papeles del Servicio Secreto que os identifican como el señor James A. King.

—¿Me ha traído alguna arma? —El príncipe se inclinó hacia él con ansiedad—. ¿O alguna clase de pasaporte?

El príncipe se dejó caer desanimado en su silla, pero el viejo luchador hizo una mueca como desilusionado por su desánimo.

—Nosotros continuaremos nuestro viaje de negocios —explicó el conde confidencialmente—. Tenemos que recoger mi coche esta noche de un solitario camino lateral a trescientas millas al oeste de aquí, con una grúa de la estación. Tenemos que llegar allí con tiempo suficiente para que el cirujano pueda atender vuestras heridas antes de que subamos a la nave interestelar. Con estos papeles no nos causarán ninguna molestia. —El conde los volvió a meter en la cartera—. El seguro es bueno. El depósito del banco existe verdaderamente. Los demás documentos fueron realmente extendidos para otros agentes que usaron el mismo nombre. El Servicio sabe cómo hacer estas cosas.

El príncipe asintió esperanzado, tratando de no preocuparse.

—Yo me cuidaré de todo. —El conde se dirigió a la puerta—. Ahora voy a llamar a los nativos. Yo hablaré, no es posible que os recobréis en seguida. Pagaré al doctor y a la chica por todo lo que han hecho, y nosotros nos pondremos en camino.

El viejo luchador abrió la puerta. El príncipe permaneció sentado meciéndose el brazo en silencio, mientras el conde llamaba a los nativos que aguardaban en el interior de la otra cabaña y cogió al médico en un aparte. Los guardianes y la chica se detuvieron con

cautela delante de la puerta. Eliska Machar se acercó por fin para arreglarle el vendaje del brazo, que el rifle había movido.

—¿Sólo cuatro dólares? —estaba diciendo el conde—. Como se han portado tan bien, digamos diez. —Pagó al médico y se acercó sonriendo a la chica, con otros diez en la mano—. Señorita Machar, ha sido usted muy buena con Jim. Como una pequeña muestra de mi gratitud...

—No me debe usted nada. —Ella enrojeció y se envaró, como si la hubiese ofendido—. Ayudé al señor King porque creí que era un refugiado que lo había dado todo para buscar la libertad. Me alegro de saber que no se encuentra en peligro, pero no quiero su dinero. —Algo brilló en el fondo de sus ojos oscuros—. Le ayudé porque conozco el precio de la libertad —añadió con suavidad—. Mis propias gentes han sido capturadas y esclavizadas.

El príncipe advirtió su tristeza, y súbitamente quiso ayudarla a salir de su cautiverio. Si él y el conde pudiesen pasarla inadvertidamente ante la oscura torre en su coche..., pero eso era imposible. Los Covenants prohibían entrometerse en los asuntos de los nativos; sabía que el conde nunca se lo permitiría.

—Jim y yo le estamos profundamente agradecidos por todo, señorita Machar. —El conde sonrió inclinándose ligeramente—. Su generosidad es algo que no olvidaremos, pero tenemos un largo camino que recorrer esta noche. Debemos marcharnos.

—¿Esta noche? —la ansiedad se reflejó de nuevo en su voz—. No olvide que Jim necesita asistencia médica cuanto antes. El doctor Stuben dice que debe hacérsele una radiografía en seguida, y temo que el daño sufrido en la cabeza resulte más grave de lo que parece —dijo ella.

—Yo me ocuparé de eso —le aseguró el conde blandamente—. Me cuidaré de todo. Ahora, Jim, ¿quieres venir al coche?

El príncipe se levantó indeciso. La chica vio su momentánea debilidad y corrió para servirle de apoyo. El cogió sus dedos por un momento, sintiéndose enfermo y triste a pesar de sí mismo porque sabía que su futura consorte nunca descendería a demostrarle tanta antifemenina simpatía.

De pronto deseó decirle algo, alguna pequeña frase de despedida que ella pudiese recordar cuando se hubiese marchado. Contuvo la respiración, pero antes de que pudiera hablar vio el ceño fruncido del conde recordándole que el momento de libertad se había agotado. Un peligroso hábito, difícil de romper... Refrenó el súbito impulso obedientemente. Le sonrió levemente dejando caer su mano y dio

media vuelta.

—Espere. —Se volvió rápida hacia el conde—. Necesita vestirse antes de marchar. Podemos buscar algo…

—Tiene razón —interrumpió el conde con firmeza—. Es muy amable por su parte, pero tengo su maleta en el hotel de Great Plains. Dejaremos el albornoz y las zapatillas allí en recepción para que usted los recoja. Yo me cuidaré de él.

El príncipe se sentía incómodo, aún un poco desganado ante la marcha, pero el conde le tomó de un brazo y lo condujo firmemente hacia el coche. Fue en silencio, hasta que vio la alta torre erguida al fondo.

—¿Está usted seguro? —susurró de pronto—. ¿Está usted seguro de que podremos salir?

—¿Por qué no? —El conde desconectó el traductor y bajó la voz—. ¿Qué es lo que puede impedirnos salir?

—Esa torre vigía que está ahí. ¿Cómo voy a poder pasar delante de los guardianes, sin ninguna arma que me identifique?

—¿Qué guardianes? —El conde se lo quedó mirando y después hizo una mueca—. Este no es nuestro mundo, no debéis olvidar esto. Estos salvajes no han inventado todavía ningún orden social civilizado, ni siquiera en esta tribu. Estos simples niños de la naturaleza son todavía libres para ir de un sitio a otro a antojo. No necesitaremos ninguna arma para identificarnos.

—¿No? —El príncipe miró de nuevo la impresionante torre—. ¿No es esto un campo de concentración, o alguna especie de prisión?

—Así que esa torre es lo que os preocupaba. —El conde rió abiertamente—. Verdaderamente que se parece muchísimo a las torres vigías de las granjas de Su Majestad. Admito que incluso me sorprendió cuando la vi por primera vez, antes de saber de qué se trataba.

—¿Quiere usted decir que no es…?

—Estamos en otra cultura, recordad esto. A pesar de su triste apariencia, esa torre no fue construida para albergar pantallas espías ni armas neutrónicas. Os aliviará saber que es sólo una parte inofensiva del departamento municipal de aguas de Great Plains.

—Pero, ¿y esos hombres a los que yo reté? —El príncipe miró incrédulo a los dos nativos armados que salían en su coche—. ¿Es que no son guardias de la torre?

—Cuerpo del Estado —dijo el conde—. Y temo que confundiesen vuestro reto. No olvide que no estamos en casa. No hay código del honor aquí. Al menos no en la forma en que nosotros entendemos el

honor. Estos tímidos seres no tienen corazón para un combate civilizado, ni respetan a los buenos matadores. En vez de luchar como lo hacen los hombres, pagan a este Cuerpo para defender sus derechos y sus vidas. E incluso al Cuerpo, si os es posible entender tan extraña cultura, incluso al Cuerpo le está prohibido matar.

—¿Quiere usted decir que yo no estaba en peligro? —El príncipe contuvo la respiración—. ¿Que no estuve en peligro hasta que los reté?

—Ese mismo gesto de decencia casi fue vuestra perdición —asintió el conde—. El Cuerpo tiene por costumbre vengar a sus hombres, así que yo estaba muy inquieto. Si hubieseis matado a uno de ellos, el Servicio no hubiera podido hacer nada para ayudaros. Vayámonos de este bárbaro planeta tan pronto como podamos.

El príncipe se volvió dudoso para mirar a los tres nativos que quedaban, el doctor, su mujer y Eliska Machar, quienes marchaban despacio desde la cabaña que les servía de vivienda hacia el coche del médico. A pesar del traje fantástico que llevaba el hombre y de las hombrunas faldas de las mujeres, eran seres humanos. Sintió los dedos imperativos del conde en su brazo, y despacio negó con la cabeza.

—Yo no voy —exclamó abruptamente—. Quiero quedarme aquí.

—¡Alteza! —El conde estaba asombrado—. No podéis hacer esto.

—Creo que sí puedo. —El príncipe se volvió para mirarlo con la respiración agitada y el rostro grave—. Usted trajo todos esos documentos para probar que soy un nativo llamado Jim King, ¿por qué no puedo seguir siendo Jim King?

—Ya sabéis que los Covenants prohíben la migración?

—Pero puede usted decir que me encontró muerto, como esperaba el comandante —susurró con rapidez el príncipe—. Puede usted decir que dejó los papeles para que identificasen mi cuerpo. Usted es un viejo miembro del Servicio; puede usted arreglar estas cosas de forma que nunca pueda ser descubierto.

—Quizá podría. —El anciano noble permanecía de pie mirándolo con severidad—. ¡Pero pensad en... en todo!, todo el amable futuro que vuestra madre os prepara y por el que yo he luchado para conseguirlo. También en la princesa que os espera. Vuestro lugar a sus pies. ¿Pretendéis cambiar vuestra vuelta al trono y toda nuestra civilización por nada?

—No exactamente por nada. —El príncipe miró hacia la cuneta junto al puente donde había estado escondido entre los matojos esperando que se acercase Eliska Machar—. ¿Cómo dijo ella? ¿Que yo me había fugado en busca de la libertad? —Su voz bajó de tono

cuando se acercaron a los tres nativos—. Dígales que me quedo.

—¡Alteza, tened consideración! —Los dedos se aferraron a su brazo sano—. Si os quedáis aquí ahora, nunca tendréis oportunidad de volveros atrás. Yo no puedo regresar y no tendréis modo de salir de aquí. Viviréis y moriréis como un salvaje.

—Pero al menos seré un salvaje libre.

—Incluso eso no será tan fácil —murmuró el conde con tristeza—. Tendréis que ajustaros a las grotescas costumbres de las tribus. Tendréis que aprender a hablar un bárbaro dialecto y dedicaros a ganaros la vida de algún modo, todo sin el uso de ningún conocimiento de los que poseéis y que pueda delataros a la estación. ¿Vale la libertad todo este esfuerzo?

El asintió.

—Vuestra madre nunca lo aprobará. —El viejo luchador lo miró, sintiéndose entristecido—. Pero vuestra voluntad es una orden para mí. Si estáis seguro de saber lo que hacéis...

—Lo sé —dijo—. Dígaselo.

—Alteza...

La voz del anciano pareció dudar. Permaneció inmóvil durante un momento y después suspirando se enderezó, dirigiéndose con firmeza hacia los tres nativos que permanecían de pie junto al otro coche. Conectó el pequeño aparatito traductor que llevaba en la oreja.

—Doctor Stuben —su vieja voz pareció fallar por un instante, pero después continuó con claridad—, he estado tratando de hablar con Jim, pero temo que esté peor de lo que creí en un principio. Aún no puede hablar, ni siquiera mucho de nuestro dialecto privado, pero creo que desea quedarse aquí. No puedo quedarme con él, porque tengo que hacer un largo viaje. Me gustaría que se quedase bajo sus cuidados.

—Bien. —El doctor asintió sonriendo con gravedad—. Necesita inmediatos cuidados. Dudo de que esté en condiciones de hacer un largo viaje, al menos durante unos días.

—Yo no voy a regresar pronto. —La voz del anciano pareció quebrarse—. Debido a mi propia salud quebrantada, quizá no pueda volver. Si no regreso, y si resultase que Jim tiene una larga convalecencia, quiero estar seguro de que queda en buenas manos.

—Yo le ayudaré. —La chica había hablado impulsivamente—. Antes de que usted viniese, ya estuve tratando de ayudarle. Parecía que empezaba a recordar el idioma. —Se volvió con ansiedad hacia el doctor—. ¿No podríamos darle el trabajo del huésped? Quiero decir, si es que va a estar aquí bastante tiempo. No trabajará más de lo que

pueda, y creo que será bueno para él permanecer aquí mientras se recupera de lo que le ha sucedido.

—¡Criado de unos salvajes! —susurró el conde desmayadamente.

—Por favor —musitó el príncipe, pero el conde lo ignoró.

—Jim tiene dinero —dijo el anciano, envarado—. Aquí con sus papeles en este maletín. Suficiente al menos para pagar su alojamiento hasta que esté en condiciones de buscar un trabajo que le convenga. No tiene necesidad de recurrir a esa clase de trabajo manual…

El príncipe consiguió que callase con un gesto imperativo. Demudado por el esfuerzo de controlar sus agitadas emociones, el orgulloso y viejo luchador echó una mirada a su reloj nativo y estrechó la mano del príncipe en la forma nativa de despedirse, dirigiéndose después rápidamente a su coche. Se alejó en medio del polvo que levantaba la primitiva máquina conduciendo ciegamente.

—Venga, señor King. —El doctor abrió la puerta del otro coche—. Tenemos que verle por los rayos X.

El príncipe retrocedió, sujetándose otra vez el brazo.

—No tenga miedo, Jim —musitó Eliska con rapidez—. Pronto volverá a estar bien.

No pudo evitar de mirarla con miedo, porque las palabras volvían a ser extrañas. Había sido arrancado del mundo que conocía, incluso de la enigmática bondad que había encontrado en ella, y ahora estaría para siempre abandonado y solo. La finalidad de su gesto le aplanó. Su asustada mirada voló tras el conde que se alejaba y chocó con la distante torre.

No era una torre vigía, sino tan sólo un depósito de agua del pueblo. Este simple mundo no era el suyo, pero de pronto se sintió en casa. Incluso aunque tuviese que ir desaliñado como estos aniñados nativos iban, incluso aunque tuviese que trabajar con sus manos para vivir, había encontrado algo más grande que el trono del matriarcado. Se enderezó para respirar el dulce aire de la tierra y sonriendo a Eliska y al doctor entró» esperanzado en el coche.

III

Los primeros inventos perturbadores de cohetee que intentaban abandonar la Tierra habían sido saboteados por un audaz nativo llamado Goddard. Su trabajo fue recompensado con una endeble ayuda, un pequeño ridículo y una rebajante indiferencia. Murió en el anónimo, sin llegar a saber que había sido vendido por los agentes designados para prevenir cualquier contacto prematuro con los observadores del espacio.

—El príncipe está todavía en la Tierra —susurró con rapidez Coral Fell en la cúpula de la Luna, cuando terminó la transmisión—. Está viviendo allí como médico nativo y se ha casado con aquella chica. Cuando Mark lo reconoció hace unos cuantos años, de nuevo rehusó marcharse. Dice que la aldea donde vive vale más que todo el matriarcado.

—¡Un emocionante despliegue de sentimentalismo primitivo! —bufó Penwright—. Pero el resultado no es sorprendente cuando se consideran los estatutos humanos de Altair II, que muy estrechamente escapan a la condenación de nuestro proyecto.

—¿No ve usted que sus amigos nativos son tan humanos como él? —Coral se volvió desesperadamente hacia Scarlet—. Equidad, no puede permitir que la pantalla los destruya.

Scarlet estaba observando la puerta de entrada por si llegaban Flintledge y su banquero, resoplando con impaciencia hacia su tardanza. La urgencia de Coral sólo le espoleaba a un gruñido vago.

Scarlet volvió cuidadosamente su irascible gesto hacia el viejo Mark Whitherly, que estaba colocando ansiosamente otro brillante disco psiónico.

Una súbita agitación que conmovió la concurrencia al abrirse la puerta le dio una momentánea esperanza de que el tratante llegaba con su soborno, pero el hombre que entró no era sino Newbolt, trayendo un escueto informe de que el cohete salvaje estaba llegando a la Luna.

—Su Equidad, no podemos esperar más. —Los musculosos hombros del comandante se levantaron majestuosamente, como sacudiéndose de su despectivo respeto hacia Scarlet—. Atenta a nuestras propias demandas de seguridad, tanto si reconoce este contacto y damos la bienvenida a nuestros visitantes a la civilización, como si denegamos sus estatutos humanos y aprobamos el proyecto de señales.

—Ya lo decidiré —exclamó Scarlet desagradablemente— cuando haya sopesado todas las evidencias.

Buscó de nuevo a Flintledge y decidió que el tratante estaría esperando llegar a otro acuerdo en una nueva entrevista secreta. Sus estrechas mandíbulas se contrajeron. A menos que consiguiese su precio, la Tierra sería destruida.

—La encuesta se suspende —exclamó—. Abandonen la sala.

—¡Wain, espera! —Coral cogió el disco de Whitherly y corrió hacia él—. Escucha esto antes de decidir —La brillante excitación se reflejó en una cascada de lunas en su pelo—. Es mejor probar que estas gentes son humanas. Si esto demuestra que son nuestros propios antepasados. Es la clave que condujo a Mark al lugar de ese puerto espacial en Marte. ¡Dame tiempo para ponerlo!

Ignorando las señales de alarma que brillaban alrededor del frío oficial y del ardoroso comandante, Scarlet permitió que Coral colocase el disco en el aparato. Este recogía el viaje a la Tierra de un explorador.

Era un desagradable hombrecillo, con la barbilla obstinada y una ardiente ansiedad brillando en sus abultados ojos. Vino a la Luna en una nave anual suplementaria y tuvo una fría acogida.

—Estoy buscando a Atlantis —dijo al tosco inspector de la cuarentena que examinó sus credenciales—. Ese olvidado lugar, a pesar de que le deis un nombre, donde nació nuestra cultura interestelar. Esperaba encontrarlo aquí.

Estaban de pie en la poco acogedora oficina de la estación. La Tierra estaba a un cuarto de millón de millas de distancia, pero contra los largos siglos-luz que el explorador ya había cruzado, esta distancia no suponía nada.

—¿Atlantis? —El inspector parpadeó dolorosamente ante los documentos psiónicos y los dejó sobre la mesa con gesto aburrido. Era un hombre lento y pesado, demasiado corpulento para su uniforme azul. Se había limitado a los simples detalles de observar las pantallas espías, llenar los informes por triplicado y esperar la promoción. Cualquier interrupción de la rutina le asustaba—.

Nunca ha existido tal sitio —dijo fatuamente—. No es más que un mito absurdo. —Sus abultados ojos brillaron con desmayada hostilidad—. Aunque hay tontos que se dedican a buscarlo, no sé por qué.

—Quizá el nombre no sea más que una leyenda. —El explorador habló lentamente, tratando con dificultad de mostrarse amable—. Pero la civilización humana se ha estado extendiendo por las galaxias

a una velocidad media de la velocidad de la luz, durante los últimos veinte mil años. Debo empezar por algún sitio.

—¿Y qué tiene eso que ver?

El hombre se enderezó pensativo, molesto ante esta poderosa obstinación y alarmado por ella. Comprendía el trabajo del Servicio de cuarentena y sabía que no podía visitar la Tierra sin la ayuda del inspector, que dirigía el servicio secreto.

—Soy un científico. —Escogió las palabras cuidadosamente, tratando de penetrar el gran escepticismo del hombre—. Estoy buscando el grado de civilización de la condición humana, pero también la verdad. Parecía una tragedia que nuestros antepasados, en su prisa por alcanzar las estrellas, perdiesen de alguna forma sus principios. Nuestro perdido pasado es lo que espera recuperar. Pero incluso si sólo encuentro que los habitantes de Sol III están errantes como nosotros en busca de alguna desconocida tierra, esta circunstancia llenará otra etapa de los conocimientos científicos.

—Si es que Atlantis ha existido alguna vez, desde luego no fue aquí. —La potente voz del inspector pareció extrañamente beligerante —. He estado en Sol III en misiones secretas, y puedo decirle que es una sucia raza arrastrándose como verminosos salvajes tan ignorantes que creen que son los únicos seres que existen. Hoy la construyen naves neutrónicas. ¿Qué le hace pensar que podían hacerlo hace veinte siglos?

—Las primeras naves interestelares fueron construidas por gentes que querían abandonar el planeta —respondió el explorador con suavidad—. Creo que lo hicieron.

—¡Ustedes con sus teorías! —reprochó el inspector con desprecio —. Buscando los principios de la civilización entre salvajes que nunca han oído hablar de ella, mientras que todas las gentes civilizadas de cien años-luz a la redonda pueden enseñarle el lugar de Atlantis en cada uno de sus propios planetas.

—Ya. —Los hombros inclinados del explorador se encogieron—. He estado buscando a Atlantis durante casi toda mi vida. La búsqueda me ha llevado a varios cientos de mundos donde la leyenda aún vivía, y me ha costado demasiado tiempo que he perdido en los viajes de uno a otro. —Suspiró—. Ahora me encuentro desplazado y solo, sin otra cosa que hacer que seguir buscando.

—Pero todavía no lo ha encontrado.

—Todavía no. —El pequeño hombre asintió pacientemente—. La leyenda estaba allí, pero siempre encontré la evidencia de que había venidlo de otro lugar, traída por alguna olvidada migración.

—¿Pueden las gentes recordar tal mito? —Los ojos aburridos del hombre gordo parpadearon con pesado escepticismo—. ¿Incluso después de haber olvidado la historia actual de la migración interestelar?

—Hay muchos planetas donde las historias de las primeras migraciones aún se cuentan —dijo el explorador—. El problema está en que pocas historias son suficientemente específicas para ayudar a la identificación de los sitios de los que salieron las legendarias naves espaciales.

»Esos primeros pioneros interestelares debieron encontrar la vida muy difícil, ¿no cree usted? Les faltaban elementos psiónicos y casi todos los efectos neutrónicos que podemos usar hoy para domar a los nuevos mundos. Hay más posibilidad de que estos colonizadores murieran que lo contrario. La severa lucha por sobrevivir forzó a la mayoría a volver a su salvajismo primitivo. Sólo de vez en cuando algunos colonizadores vivan la ciencia de las naves neutrónicas, para poder emprender nuevas oleadas de migración como la que ha tenido lugar en Denebola VII.

—He estado en la base que tenemos allí. No hay más que un puñado de harapientos salvajes, tan atrasados como éstos, luchando para sobrevivir en un planeta desierto. Si esto es una fuente de cultura, ¿por qué no han de ser puestos en cuarentena?

—Ningún planeta puede ser durante mucho tiempo un centro de migración —contestó el hombre—. Las fuentes naturales se emplean para construir las naves en las que marchan los emprendedores. Después de unas cuantas generaciones, el doblemente empobrecido mundo retrocede hasta llegar a un estancamiento.

»La ola de civilización dejó a Denebola VII atrás, al menos dieciocho mil años. Los nativos tienen hoy sus leyendas sobre una perdida Edad de Oro que terminó con un cataclismo, pero han olvidado que sus antepasados llegaron de algún lugar.

—Puede ser que no.

—Algunos de los nativos creen que la condición humana se desenvolvió allí —asintió el explorador—. Y es verdad que todas las plantas y animales, e incluso el importante microorganismo, muestran haber sufrido una evolución. Pero debe usted recordar que los colonizadores humanos de los nuevos mundos siempre tienen que establecer todo un medio ambiente ecológico de especies a su alrededor, o no podrían sobrevivir. La vida indígena nunca tiene valor en los alimentos y es generalmente hostil; tiene que ser muy bien examinada antes de que el hombre pueda prosperar.

«En Denebola VII la trasplantada economía de la vida agradable está firmemente establecida en todos los continentes. Pero en los océanos, y en unas cuantas grutas abandonadas a orillas del mar, he encontrado la verdadera vida nativa; cosas de otro reino viviente con una bioquímica completamente diferente. Incluso el suelo debe haber sido venenoso para nuestras plantas hasta que una nueva bacteria empezó a crecer en él; ahora está igualmente muerta para los pocos supervivientes de la otra evolución.

—¿Evolución? No me gusta hablar de eso. —El inspector se había envarado como si lo hubiese ofendido—. ¿Trata usted de probar que el hombre proviene de alguna sucia criatura, aquí en Sol III?

El asombro dilató los pálidos ojos del explorador.

—Lógicamente el hombre debe provenir del planeta donde fueron inventadas las naves espaciales —dijo despacio—. Los restos fósiles de nuestros antepasados pueden suponer un hallazgo muy interesante, para la realidad de que los hombres evolucionaron en algún lugar está completamente establecida. Estoy interesado en una eventualidad más reciente: el invierno de la civilización.

—¿Dice usted que la evolución está completamente establecida? —El inspector habló con una súbita y dura vehemencia—. Puede usted creerlo, pero no va a encontrar muchas pruebas de eso, ni de nada, aquí en Sol III.

El explorador estaba empezando a comprender que se había metido en un peligroso tópico. Recordando la forma en que el inspector había revisado y criticado sus credenciales, se dio cuenta de que el hombre había recibido una pobre instrucción psiónica. Entorpecido por ese hándicap del pensamiento humano, podía dudar de que las pruebas fuesen de orgánica evolución.

No podía ver la razón de por qué su referencia a la evolución había provocado esta hostilidad, pero es que los iletrados no eran muy razonables. El inadecuado acondicionamiento del inspector iba a ser una seria dificultad, pero no veía manera de cambiar la actitud del corpulento hombre.

Tratando de ver el lado bueno de aquella mala situación, señaló esperanzado sus documentos donde el inspector los había colocado sobre la mesa del despacho.

—A pesar de todo me gustaría echar una mirada —Habló suavemente, tratando de ignorar el gesto de reto del otro—. Después de todo he recorrido cincuenta años-luz para visitar Sol III, y no tendré otra oportunidad…

—Debería usted saber que no puede ir allí —le interrumpió

desagradablemente el hombre—. ¿No ha oído usted hablar de las leyes de los Covenants?

—Naturalmente —le aseguró el explorador—. Pero espero trabajar encubiertamente. Tengo suficiente experiencia, pues ya he estado entre otras gentes que estaban en cuarentena. Mire mis visados.

El inspector recogió las películas, para buscar las impresiones psiónicas que contenían, con gesto impaciente en su rostro. Gruñó incierto, observando de nuevo al explorador con calmosa incertidumbre.

—Lo que quiera que la gente piense acerca de los orígenes de estos infortunados salvajes —dijo pomposamente—, nuestro trabajo aquí consiste en protegerlos de los extranjeros.

—Eche una mirada a esta transcripción. —El explorador señaló una película que había escapado a la revisión—. Encontrará usted que mi viaje aquí ha sido autorizado por sus superiores de Denebola. Su comandante general me prometió toda la ayuda posible en el departamento encubierto de la Estación Sol.

—Ya. —El inspector estudió la película, y entonces hizo un gesto al inspector con inexplicable descontento—. Incluso con mi ayuda —dijo con frialdad— dudo que encuentre usted Atlantis. Veo que su visado para permanecer aquí expira con la llegada de la próxima nave de aprovisionamiento, y no puede usted hacer mucho en un año teniendo que trabajar bajo las limitaciones de loa Covenants.

—Pero tendré esa ayuda. —El explorador sonrió confiado—. Estoy autorizado para solicitar de usted un equipo de doce técnicos psiónicos con detector transportable.

—Eso es casi imposible. —El inspector negó con la cabeza y apretó sus gruesos labios en un desesperado esfuerzo por parecer apologético —. Estamos siempre necesitados de aparatos, y precisamente ahora tenemos algo más importante entre manos—. Una genuina inquietud ocultó por un momento su claro antagonismo—. Ya ve usted, estos salvajes están ahora aprendiendo cómo emplear la energía nuclear, varios siglos antes de lo que deberían para su propio bien.

—Comprendo que es una crisis seria. —El hombre asintió sobriamente—. Pero tengo importantes razones para continuar ahora que estoy aquí. —Sonrió—. Porque esta es realmente mi última oportunidad. Ya ve usted que me estoy haciendo viejo, desplazado de mi propia era y trabajando siempre solo. Mis ilusiones desaparecen junto con mi vida. Si usted rehúsa...

—Pero yo no estoy rehusando nada. —El inspector se envaró, como ofendido—. Si Denebola quiere que yo le ayude, ciertamente

que haré lo que esté en mi mano, a pesar de que mi ayuda le fue prometida hace cincuenta años por un oficial que se equivocó al anticipar esto a nuestros otros problemas de aquí.

—Entonces me gustaría empezar en seguida. —El explorador sonrió con incierto descanso—. Si fuese necesario, puedo trabajar solo...

—No podemos permitir eso —interrumpió el inspector—. Aquí respetamos los Covenants y sufrimos en nuestro servicio secreto. Le prestaré toda la ayuda que pueda, pero tendrá usted que esperar en nuestro cuartel de aquí mientras hago las diligencias oportunas. Esto tardará varios meses...

—¿Meses? —La alarma se captó en la voz del hombre—. Si sólo puedo permanecer aquí un año, no puedo desperdiciar algunos meses.

Pero tuvo que esperar. Zumbando oficiosamente, el inspector le condujo a una pequeña habitación que daba al túnel que hacía de corredor y le dejó allí para que esperase. Podía andar libremente por la estación, pero aquellas cuatro millas de pasadizos excavados en el solitario pico, fueron como una prisión para él.

Forzado a tratar al inspector, empezó a intentar ganarse su amistad. Esto le resultó difícil, porque el inspector no tenía amigos. Moroso y reservado, el grueso oficial trabajaba y comía solo, e incluso bebía solo cuando algunas veces iba al bar de la estación.

El explorador lo encontró allí una tarde, sentado delante de una pequeña mesa en un rincón, y se le aproximó para preguntarle cuando estaría todo preparado para su viaje a la Tierra.

—Es difícil de decir —gruñó con vaguedad—. Por la forma en que hacemos las cosas aquí, estas expediciones encubiertas tienen que estar provistas de un completo y auténtico ropaje nativo y equipo, y planeadas hasta el último minuto y el último detalle. Todo eso se lleva tiempo.

—Comprendo. —El explorador sonrió levemente, tratando de ocultar su amargo resentimiento por el tiempo que perdía—. ¿Le importa que te invite a una copa?

—Como quiera. —El hombre asintió sin entusiasmo—. Después de todo usted también debe relajarse pero todavía tendrá que permanecer algún tiempo aquí.

—Estoy tratando de pasarlo lo mejor posible —estuvo de acuerdo el explorador, tan amablemente como pudo—. He estado repasando todos los informes biológicos y geológicos de los archivos de la Estación sobre Sol III, aunque, desde luego, esta información de segunda mano no puede sustituir la exploración real.

Hizo una pausa para hacer una seña al camarero psiónico y pedirle unas bebidas, y después volvió a sumergirse en el estudio del desagradable rostro del hombro gordo.

—El problema de esos informes —añadió deliberadamente—, es la falta de todo lo que supone la evolución humana.

Referirse a esto era un riesgo que había calculado. Esto hizo que el inspector levantase sus hombros y se echase bruscamente hacia atrás mientras sus dedos oprimían el vaso que tenía delante.

—¿Le molesta esto? —El explorador parpadeó inocentemente ante su hosco brillo—. Me he estado preguntando si usted es contrario a mi búsqueda de Atlantis porque teme que descubra la evidencia de que la condición humana se desarrolló en Sol III. ¿Es verdad eso?

—No tengo miedo de ninguna mentira. —La voz del hombre alto se elevó con desagradable estridencia—. Pero incluso si me enseña usted pruebas de que esos sucios nativos son los hijos de los más repugnantes monstruos que se arrastran en el barro, esto no me hará sentirme ligado a ellos.

—Porque mi gente —añadió con presunción—, son los sagrados hijos de Kares. Así se me enseñó en el Templo de la Luz, mientras fue niño. Y mis propios ojos han comprobado la verdad de la doctrina de Kares. He sido testigo del terrorífico final de un ciclo divino, y el brillante renacer del siguiente.

El inspector parecía más beligerante que amigo, pero el hombrecillo se inclinó hacia él sobre la pequeña mesa con un súbito y ansioso interés.

—Así que usted proviene del sistema Kariano.

—Del segundo planeta. Kares, nuestro sol, es también el luchador del símbolo de Ares el emprendedor, señor de los Ciclos, Conquistador de Rigel y Reencarnador de la Vida.

—¿No es Kares la pequeña estrella compañera de Rigel? ¿La que tiene esa enormemente prolongada órbita que la aleja de Rigel y la vuelve a acercar a pocas horas-luz, cada doscientos años?

—Ese es el lenguaje de los astrónomos incrédulos —bufó el inspector—. La verdad que yo aprendí de los Hermanos de la Sagrada Llama, estaba escrita en palabras y tenía más significado.

Afrontando su ancha mirada, el explorador pensó una vez más que el oficial estaba condicionado, y por lo tanto era inmune a la lógica. Cualquier discusión sobre sus supersticiones parecía que le convencía cada vez más de la verdad de su idea que de lo contrario, pero habían ya llegado muy lejos para detenerse.

—No sé nada de sus antepasados —estaba diciendo

desagradablemente—. Pero, ¿cree usted que los hombres, o cualquier otra clase de vida, es posible que se hayan desenvuelto en los planetas karianos, que son aclarados con fuego al final de cada ciclo?

—No lo creo —dijo el explorador tranquilamente—. Creo que Rigel es más o menos cincuenta veces más brillante que Kares. Sus radiaciones tienen que ser suficientemente intensas como para esterilizar los planetas karianos completamente en el momento que pasan delante de él. En realidad me pregunto por qué el sistema fue colonizado, pero quizá los primeros colonizadores no habían descubierto la excentricidad de su órbita.

—Los planetas karianos nunca fueron colonizados —dijo el inspector con convicción dogmática—. Kares, el Emprendedor, creó mi gente de nuevo al principio de cada ciclo, y les permitió sucumbir al terminar éste, sólo para poder demostrar la impotencia de Rigel, y que la muerte no es eterna, devolviéndoles después a un estado más perfecto.

El explorador hizo un gesto sintiéndose incómodo, ansioso de retirarse de cualquier discusión sobre extrañas divinidades.

—La gigantesca estrella Rigel es también el símbolo de la maldad y de la lucha con la muerte —sonrió perrunamente el hombre alto—. Rigel es el eterno enemigo de Kares, el incendiario que por la infinita misericordia le está permitido sobrevivir y volver de nuevo después de cada derrota, para competir por las vidas y las almas de los hombres. En los últimos años de cada ciclo, Rigel germina día y noche en el cielo un terrible presagio del fin. Lo recuerdo muy bien.

Una ronca inflexión se notó en su voz, y sus ojos color de barro estaban hinchados por la emoción latente. El explorador empezó a ver que era un hombre infeliz, perseguido a través de los años-luz que había recorrido, por el terror y quizá por la culpa.

—Era todavía joven en Kares II cuando el último ciclo terminó —sus palabras fluían—. Esto fue hace seiscientos años, el tiempo de varias vidas para uno como yo que tuve un acondicionamiento tardío, si no hubiese pasado tantos siglos a bordo de naves del Servicio, que se movían tan aprisa que el tiempo subjetivo casi se detenía. Pero recuerdo aquellos terribles días, y la horrible elección que hice. ¡Una elección errónea!

—¿Qué elección fue esa?

—La vida —susurró—. Cuando debí haber elevado la muerte, junto con mi buen padre y la chica a que amaba. Esta era mi obligación moral, como hizo mi hermano mayor que era sacerdote de la Luz. Pero yo tuve miedo. Quería vivir. Renegué de nuestro dios, y me uní

al servicio de cuarentena.

La transpiración empezó a dar brillo a la tersura de su piel, y su oscuro y ancho rostro estaba tirante por el recuerdo de la agonía que había roto su proverbial reserva.

—Fue mi desgracia el haber nacido en una revuelta edad —dijo Kares II, había estado sometido a la cuarentena unos cuantos años antes de mi nacimiento, para la protección de nuestra cultura nativa. Mi propio padre podía recordar nuestros primeros cohetes atómicos encontraron las estaciones del Servicio, y cuando regresaron con noticias del gran mundo exterior interestelar.

El hombre alto pareció retorcerse en su silla como titubeando ante las viejas y crueles presiones que empujaban su atormentadora confesión.

—Estas noticias, y no el fuego de Rigel, fue lo que destruyó a mi gente—, murmuró con amargura—. Aunque el Servicio estaba todavía tratando de protegernos, el solo conocimiento de su existencia fue lo suficiente para cerrarnos todas nuestras antiguas puertas. Muchos perdieron la vieja religión, cuando se les dijo que el hogar de Restorer no era más que una insignificante estrella, perdida entre millones de ellas, entre planetas habitados. Yo fui uno de los desgraciados, porque tuve miedo.

—Los sacerdotes habían anunciado el final del ciclo antes de que yo hubiera nacido —continuó roncamente—. Lo primero que puedo recordar es la visión de Rigel ardiente, azul y horripilante en mitad del cielo. En los últimos años, el planeta mismo empezó a temblar de horror, y los augurios de muerte ardían cada noche...

Se sacudió cuando vio la preocupada expresión del explorador.

—Esos augurios eran meteoros, si prefiere usted la expresión de los descreídos astrónomos —dijo con vehemencia—. Había terribles tormentas de fuego, causadas, según decían, por los despojos del cometa que volaba alrededor de Rigel. La oscilación se debía al deshielo del polo, así nos lo aseguraban los científicos, y por la arrastrante tirantez causada por la proximidad de Rigel.

—Un poco antes del final, esa endiablada estrella estaba más brillante que Kares...

—¿No ofreció el Servicio ninguna ayuda? —interrumpió el explorador—. A menos que el planeta fuese un ser completamente destruido, hubiera sido posible instalar una estación refrigeradora para cambiar el calor en inofensivos neutrinos. En todo caso, las personas en peligro pudieron ser evacuadas.

—En efecto, enviaron un agente con planos para una instalación

refrigeradora —admitió el hombre—. Mis compatriotas le amenazaron, pero él aún siguió tratando de salvarnos a pesar de nosotros mismos. Cuando la gente comprendió que esperaban desbaratar las sagradas leyes de Kares, lo condenaron a muerte.

—¡Ah! —el explorador parpadeó—. ¿Por qué?

—Este largo ciclo de vida y muerte y resurrección entra en los grandes planes de Kares. —El torturado hombre habló casi mecánicamente como recitando alguna letanía religiosa—. Les viejos debían morir para dejar sitio a los jóvenes, y esos que mueren para probar la impotencia de Rigel, son los primeros en volver a la vida.

El explorador lo miró con agudeza.

—Si cree usted eso, ¿cómo es que aún está vivo?

—Entonces no lo creía. —El inspector se incorporó como para ir hacia la vecina habitación—. Y además tenía miedo—. Se dejó caer hacia atrás desesperado, sus gruesas manos engarriadas y temblorosas —. Tenía miedo, y los extranjeros ofrecían una escapada demasiado fácil. Aunque no llegaron a construir el sistema de refrigeración después que su ingeniero fue condenado, sí enviaron naves para salvarnos.

Se volvió para ocultar su expresión angustiada.

—Y yo me marché —exclamó—. Ese es mi pecado, y estoy condenado por él. Aquellos que se atrevieron a desafiar a Rigel, ya han vuelto a nacer, en una mejor reencarnación. Y yo soy un vagabundo sin hogar, yendo de un mundo a otro antes de que la ira de Kares me condene a la desaparición cuando muera.

Se dejó caer sobre la pequeña mesa por un momento, respirando agitadamente, antes de enderezarse para terminar el contenido de su vaso y ordenar que le trajesen otro, mientras se frotaba sus enloquecidos ojos.

—La noche que abandoné mi mundo nativo es algo que nunca podré olvidar —dijo tembloroso—. La llamo noche, a pesar de que el cielo estaba iluminado por ardientes llamaradas de fuego. Los meteoros se inflamaban y las llamas salían de un nuevo volcán en el Norte, mientras un gran incendio devoraba la ciudad donde yo vivía. Las calles estaban ya bloqueadas aquí y allá y nuevos temblores iban destruyendo las casas hora tras hora. La estrella de la muerte se había colocado ante Kares, semejante a una luna pálida y fría escondiéndose tras él. Cuando Rigel se elevó de nuevo, comprendí que su fútil fuego consumiría todo lo que quedaba de vida.

—Aun, tras aquel espantoso cielo, la ciudad estaba encubierta por la infinita gracia de Kares. Nadie luchaba. Los cascotes yacían donde

habían caído y las calles estaban casi desiertas. La mayoría de los creyentes estaban reunidos en sus hogares, entonando los viejos himnos y rezando por la resurrección, mientras festejaban ofreciendo sacrificios y escondían su miedo a Rigel bebiendo el vino sagrado, como yo debía de haber hecho.

Los anchos rasgos del inspector estaban afectados por los recuerdos.

—Pero una nave interestelar de la Estación de Kares había tomado tierra en el corazón de la ciudad, en medio de un calcinado campo de juego. Sus hombres fueron por las calles con amplificadores psiónicos, prometiendo la huida a todos los que subieran a bordo antes de la salida de Rigel.

—Yo era entonces un triste empleado, demasiado pobre para casarme con la chica que amaba. Había estado en el Tribunal durante todo aquel último día, ya que nuestra firma estaba implorando perdón para algunos de nuestros clientes arrepentidos, que esperaban mejorar su oportunidad de renacer. Un informe de la nave que esperaba en el parque llegó hasta el juez, que debía ser un hereje, ya que suspendió la sesión.

—Fuera, en las ruinosas calles, bajo los meteoros y el agobiante humo, los extranjeros pregonaban sus ofertas de fuga. Y los escuché y, olvidando mi fe, fui a rescatar a los que amaba.

—Primero me dirigí al Templo del Fuego, pero llegué demasiado tarde. Mi hermano ya se había marchado en peregrinación a Karestead. Esta era nuestra ciudad sagrada, construida alrededor de las ruinas de un antiguo santuario de la Luz, que había sido milagrosamente salvado, así lo creyó al menos la gente cuando el anterior ciclo terminó.

—La casa de mi padre estaba cerca del templo, y me apresuré a ir allí. Había dejado que los criados se marchasen a sus hogares, y le encontré solo, de rodillas junto al fuego sagrado. Cuando le dije que había ido para salvarle la vida, me miró con una extraña luz brillando en los ojos.

—Su vida ya estaba a salvo, rae dijo, y vi que se estaba muriendo. Había comido una hostia de vida que mi hermano le había llevado del templo, y me pidió que partiese otra con él. Las hostias estaban hechas con drogas sagradas, que, según decían, aseguraban una muerte santa y una fácil resurrección. Me apremió con su último suspiro para que la comiese, pero ni aun entonces quise morir.

El inspector apuró de nuevo su vaso y secó su húmedo rostro.

—Fui entonces a casa de la chica con la que quería casarme —

murmuró secamente—. Ésta se encontraba cerca del fuego que se extendía, y los cascotes caían sobre mí como una lluvia antes de que pudiese abrirme paso hasta su puerta:

—La encontré junto con su familia, alrededor del fuego sagrado. Su padre y sus hermanos estaban dormidos por el vino que habían bebido, y su madre estaba ocupada consolando a su asustada hermana pequeña.

—Mi amada corrió para felicitarme, llorando de alegría, y trató de llevarme hacia el fuego. «Si perecemos uno junto al otro, me susurró, seguramente seremos más felices amándonos en nuestra próxima reencarnación». Me trajo un plato del manjar sagrado y una taza con el vino.

—Pero yo no había ido para morir con ella. Le hablé de la gran nave que estaba preparada en el parque, esperando para llevarnos lejos entes de que Rigel se elevase de nuevo. Le dije que no teníamos necesidad de esperar una resurrección, ya que los extranjeros aseguraban que podíamos unirnos a la gran migración hacia los planetas fronterizos.

—Al principio pareció tan profundamente afectada que se quedó inmóvil y después trató de hacerme callar tapándome la boca con su mano. Me rogó que me arrodillase con ella y pidiese a Kares el perdón por mi impío temor.

—Por entonces la casa había empezado a arder. El rojo resplandor del incendio penetraba a través de las persianas que ocultaban las ventanas, rugiendo como un mar. El humo empezó a penetrar y el aire era caliente, incluso en las habitaciones de los sótanos. Oímos el techo que se hundía en el piso superior, y el miedo prendió en mí, tan terrible como el fuego.

Sentado con miserable aplanamiento, y sus anchos hombros encogidos bajo la ajustada chaqueta azul, el inspector hizo una pausa para sonarse y secar sus ojos húmedos.

—Era demasiado bella —susurró sin esperanza—. Yo la amaba demasiado desesperadamente y había perdido mi fe. Temía dejarla morir. La cogí por un brazo cuando me trajo el vino y la carne, y traté de obligarla a que viniese conmigo.

—Entonces se volvió contra mí, porque era fiel a Kares. Tiró la comida de la vida y gritó para despertar a su padre y hermanos. Hizo que me expulsasen de la casa y vi cómo se derrumbaba sepultándolos.

Lava volcánica había empezado a caer como lluvia sobre la ciudad en ruinas demasiado tarde ya para sofocar las llamas. Quedé aprisionado entre montones de escombros, con la lava rugiendo a mi

alrededor como un enfurecido mar. Pero, pude escapar.

Se detuvo para sacudir la cabeza en busca de aire.

—Recuerdo que subí a un edificio que estaba ardiendo para poder alcanzar la siguiente calle. Recuerdo que cayó otro cascote; me sentía enfermo por las sacudidas de la tierra, incluso cuando trataba de correr; un ensordecedor rugido llenaba el aire a mi alrededor. Lo único que sé es que me vi subiendo la rampa que conducía a la nave de rescate, medio muerto por las heridas y las quemaduras. Había salvado mi vida y perdido mi alma. Ahora nunca volveré a revivir.

—¿Cómo sabe usted que los demás renacerán? preguntó el explorador.

El hombre gordo lo miró tristemente, y continuó.

—Después regresé. Después de que me hube repuesto de mis heridas, me uní al servicio de cuarentena. Lo hice alegremente, porque había visto el daño que tan extrañas ideas podía producir a mundos como el mío.

—¿Y a quién encontró usted vuelto a la vida?

—A mi hermano —dijo—. Quizás no literalmente renacido, pero milagrosamente vivo. Sólo habían pasado veinte años cuando regresé. La mayor parte del planeta era todavía un estéril desierto; incluso la superficie estaba cristalizada. Pero la ciudad sagrada permanecía sin haber sufrido daño, y allí encontré a mi hermano.

—Pero, ¿no dijo usted que nada quedó con vida?

—Y así fue. —El hombre se enderezó—. Y nada ha sido construido. Mi hermano me dijo que el santuario y la ciudad donde se encentraba, fueron trasplantados intactos al nuevo ciclo, por un milagro especial de Kares.

—¿Cómo ocurrió eso?

—A la caída del último día, antes de que apareciese Rigel, hubo un destello de oscuridad en el cielo. Una ola de frío, según dice mi hermano, y después un relámpago de calor, en ese intervalo un año del tiempo había pasado. Las tierras calcinadas estaban frías de nuevo, y Rigel estaba otra vez en el espacio por la perfecta gracia de Kares. Los peregrinos congregados en la Ciudad Santa, habían sido preservados.

El explorador cabeceó súbitamente. Tan notable milagro, pensó, había sido producido sólo por un enfriamiento neutrónico designado para mantener el suelo a cero grados convirtiendo la energía del calor en neutrinos, y después a su debido tiempo, cambiando la energía neutrónica en movimiento y calor.

—Mi hermano me recibió tan alegre como si yo hubiese renacido

—estaba añadiendo el hombre con tristeza—. Quería que dejase el Servicio, y que uniese al cuidado del templo, pero sus superiores descubrieron que yo había huido de Rigel antes de que terminara el ciclo, dijeron que mi alma estaba muerta.

Observando la inconsolable desesperación del hombre, el explorador empezó a sentir una urgencia más imperativa por buscar los perdidos principios de la condición humana. Le parecía que la vida del inspector había fracasado por culpa de la ignorancia; el mundo había fallecido por no conocer la verdad que esperaba encontrar bajo las ruinas de Atlantis.

De pronto, en su mente, este atormentado hombre apareció como un símbolo representando a incontables billones de seres, privados de los conocimientos de su verdadero origen, sin raíces y condenados. Los hombres habían dejado atrás el pasado, y estaban incompletos sin conocerlo. La mitad de los eternos descontentos que empujaban la raza a través de las galaxias debían tener la inconsciente necesidad de algo perdido. Le vino ahora un vago pero imperativo anhelo de conseguir el conocimiento que podía proporcionar al hombre la verdad de su existencia.

A la clara luz del nuevo significado, su propia muerte no importaba. Se había hecho viejo en la búsqueda, para desear recompensas materiales ni incluso los honores que había esperado, pero ahora este anhelante fugitivo, le había dado una meta de místico significado. Lo que él buscaba no era solamente el lugar donde algo desconocido había iluminado el primer vestigio de la civilización; buscaba ahora el espíritu perdido de la condición humana.

—Y por ese motivo me niego a mentir sobre la evolución humana. —Un gesto de desafío apareció en la cara del inspector—. Mi gente son los hijos de Kares, y yo he visto como lo salvaba el diabólico fuego de Rigel con su milagrosa compasión.

En realidad, pensaba el explorador, este sagrado lugar debe ser donde los primeros pobladores acamparon, y el intercambio neutrónico que los protegió del fuego de Rigel debe de haber sido provocado por las máquinas de las naves interestelares. Ante este hecho, el sagrado fraude había sido inconsciente. Incluso los ingenieros-sacerdotes habían olvidado sin duda los peculiares orígenes de esta sacra máquina, igual que esos periódicos holocaustos borraban el pasado, hasta que las obligaciones del mantenimiento y operación se habían convertido en ritual del templo.

Pero no exteriorizó estas ideas.

—No he venido para buscar las rastros de la evolución humana —

insistió sin embargo—. Los descubrimientos más antiguos registrados en mi detector transportable, se remontan sólo a dos mil años; demasiado poco tiempo para que el hombre haya experimentado un cambio físico. Lo que espero encontrar es el lugar donde se construyeron por primera vez las naves neutrónicas.

—Y, ¿por qué buscar aquí?

—Sol III está cerca del centro geométrico de la civilización, e incluso más cerca del corazón de viejos planetas divididos en prehistóricas o pre-psiónicas eras. Y ya he eliminado a la mayoría de los planetas que están a su alrededor.

Había encontrado una evidencia mejor, además, enterraba entre los archivos de las sociedades de letrados, confirmada por los informes que había encontrado aquí. Toda la vida en la Tierra era bioquímicamente análoga; ningún rastro de reinos rivales se había conservado, ni siquiera en las rocas más viejas. La condición humana debía de haber tenido su origen aquí.

Decidió no decir nada de esto, pero a pesar de su reserva vio que el inspector le estaba mirando con claro antagonismo.

—No creo mucho en su proyecto —estaba diciendo el hombre—. Incluso la prueba de otras gentes diseminadas procedentes de Sol III, si es que puede usted probar esto, puede causar daño a mi propia raza. Puede corroer el nuevo ciclo con la duda, como le sucedió al mío...

Su airada voz cesó de pronto. Sus tristes ojos se elevaron de forma enloquecida hacia el bajo techo del bar, señalando vagamente en la dirección de Rige! y su pálido satélite.

—Aunque algunas veces en realidad no sé qué pensar —musitó intranquilo—, me enseñaron que Kares creó a todos los seres humanos, pero desde que me uní al Servicio he visto más hombres de los que pueden imaginar que existan los más sabios sacerdotes. Y la brillante morada de su dios está tan lejos del Sol, que apenas si puedo verlo al resplandor de Rigel, ni siquiera con nuestros mejores telescopios. —Agitó la cabeza entristecido—. Quizás algunos hombres se desarrollaron sin su milagrosa intervención. No lo sé. Pero no veo como los hombres por sí solos han podido crear la civilización.

—Eso mismo me pregunto yo. —El explorador asintió pensativo—. Porque el progreso no es natural. Son más los que han retrocedido que los que han avanzado. Incluso aquí, en Sol III, los hombres han existido muchos miles de años antes de la invención de la civilización. Debe de haber habido un único factor, algún primer gran invento, que guio a todos los demás.

—¿Qué puede haber sido eso? —Un momentáneo interés apareció

en medio del escepticismo—. ¿Los neutrones?

—Seguramente algo muy simple —dijo el explorador—. No sé lo que fue, pero estoy ansioso por continuar la búsqueda.

—No encontrará nada —dijo el inspector—. Espero que no. Aunque, desde luego —añadió hoscamente—, le prestaré toda la ayuda que me sea posible, como me han ordenado de Denebola.

El inspector rehusó otra bebida, y el explorador paseó inquieto arriba y abajo de su pequeña celda en el túnel de paso. Aunque había fracasado al intentar romper aquel antagonismo, sin embargo, ahora comprendía su causa. Y le parecía que el hombre permitiría que sus preparativos para ir a la Tierra fuesen un poco más de prisa después de su atormentada confesión.

Muchos meses después, la Expedición Starling acampaba a orillas de un cauce seco en el oeste del Sahara. El lugar estaba cubierto de grava seca, rodeando el pequeño círculo de camiones aparcados junto a un pequeño promontorio de granito. Detrás de los montículos se extendían un mar gris de dunas y la última esperanza de Atlantis.

Las banderas de Mauritania, Francia y Estados Unidos pendían ajadas bajo el triste resplandor del sol poniente, junto a los polvorientos parabrisas de los camiones. Guardando los Covenants, los dos extranjeros viajaban como nativos. Una nave patrullera de la Estación de Sol los había dejado allí en una oscura noche en una desierta carretera al oeste de la montaña, en un Ford sedán que el inspector había adquirido en una de sus misiones en la Tierra. Sus aparatos auditivos eran en realidad traductores psiónicos. Llevaban vestiduras nativas, y credenciales extendidas en los laboratorios de la Estación.

El inspector había adoptado una identidad que ya había tenido antes, Coronel André Foureau. veterano del ejército francés, que se había dedicado a estudiar leyes. Solía llevar los asuntos de clientes que no existían para justificar sus viajes y ausencias.

El explorador era ahora el señor Mayhew Starling, un comerciante de jabón de Kansas City que había dejado el negocio, y que gastaba su modesta fortuna en su afición a la arqueología. Explicaba su compañía del coronel diciendo que le arreglaba sus asuntos financieros, diplomáticos y personales de las expediciones.

Mientras los miembros nativos de la partida estaban levantando sus tiendas junto al vado, los dos extranjeros salieron del campamento para echar una mirada a! otro lado de las rocas. La luna aparecía quemada por el calor, muerta como el paisaje que rodeaba la estación lunar.

—¡Ya estamos aquí! —dijo el inspector con disgusto, jadeando por la subida y enjugando con un pañuelo el rojizo polvo seco que se había adherido a su rostro—. Aunque no veo más que arena.

—No esperaría usted encontrar las tiendas y los caminos después de tantos miles de años—, contestó el explorador pacientemente—. Pero éste debe de ser el lugar donde empezó a extenderse la civilización.

—No veo por qué.

—Porque no quiere usted verlo. —Una débil aspereza se captó en la voz del hombre—. A pesar de que le he mostrado cientos de pruebas para demostrarle que el hombre existió aquí mucho antes de la era neutrónica.

—¿Pruebas? —se burló el inspector—. Unos cuantos dientes y varias lascas de hueso.

—¡Varios trozos astillados! Yo tengo una evidencia mucho mejor de la milagrosa salvación de nuestra ciudad sagrada. Recuerde que lie hablado con mi hermano.

El explorador se limitó a hacer un gesto: sama que el inspector era inmune a las prueba.

—No ha encontrado usted nada de lo que busca en otros sitios —insistió el inspector—. ¿Qué le hace pensar que Atlantis existió aquí?

—Hemos seguido un proceso de eliminación —le dijo el explorador—. Al principio, porque las leyendas aún se cuentan entre los nativos, busqué un continente desaparecido. Cuando no pudimos localizar la Atlántida bajo el mar, me dirigí después a los sitios que habíamos visitado, el centro de donde parece que procede la cruda cultura de los nativos contemporáneos, Egipto, Mesopotamia, China, incluso Méjico y Perú. Pero ahora estoy convencido de que todos esos no son más que centros secundarios, donde algún débil vestigio de nuestra propia civilización debe de haber vivido lo suficiente para despertar a los salvajes entre los que pereció.

—Ya. —El inspector asintió con socarronería—. Y ahora usted ha eliminado toda posible localización.

—Excepto aquí —el explorador hizo un gesto esperanzado hacia las ondulantes dunas—. Esto puede ser más verosímil que lo que parece —insistió—, porque el clima ha ido cambiando. Durante la última era glacial, todo este desierto estaba cubierto de húmeda hierba. Incluso en la época en que se empezaron las naves neutrónicas, había aquí un oasis habitado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Conocimientos psiónicos —dijo el explorador—. He estado

encontrando artefactos de

Egipto y de todos los demás centros secundarios, con el detector transportable. Cada objeto me ha conducido a otros más antiguos, hasta que el más antiguo provenía de un olvidado poblado de aquí.

Oyó el escéptico gruñido del inspector.

—Un escarabajo egipcio me llevó hasta un hacha de mano de pedernal —explicó—. Cuando ajusté el detector para buscar algo semejante al hacha, encontré una cuenta de cristal azul hecha en este oasis por gentes que, varios siglos antes o después, debían de haber construido la primera nave interestelar.

El inspector agitó la cabeza, con impasible estupidez reflejada en su oscuro rostro.

—Esto es sólo un punto de partida —dijo el explorador esperanzado—. Uno de los muchos que he podido seguir. Otro empezó en Yucatán, con una vasija Maya. Esto me condujo a un anzuelo, encontré una reja de arado de piedra construida en Gobi. Esto me condujo hasta el asa de otra vasija, hecha aquí donde se extienden las dunas.

—¡Vasijas rotas! —resopló el inspector—, ¿Es acaso la alfarería el gran invento que está usted buscando?

—Lo dudo. —El explorador habló pensativo, como si no estuviese seguro de lo que quería—. Aunque el primer invento debe de haber sido algo de igualmente muy simple.

—¿Cómo rastreaba usted esos objetos? —El tono del inspector fue súbitamente apresurado, como si se hubiese contagiado del interés del explorador a pesar de sí mismo—. ¿Cómo puede usted explicarlo?

—La geometría de partículas de energía psiónica, no era simple, ni siquiera para mentes condicionadas, pero el explorador contestó cuidadosamente—. El detector es un aparato que actúa casi como un nuevo hemisferio de la inteligencia operadora. Extiende la precisión del sentido regulado que todos tenemos, aunque se necesita estar condicionado para conseguir que actué plenamente. En efecto, extiende una especie de puente mental con el pasado.

El inspector pareció aturdido.

—Cogí el rascador de piedra que encontré es nuestro emplazamiento chino del Río Amarillo —continuó el explorador—. Enfocándolo con el aparato, vi al hombre neolítico que lo hizo, su tribu poseía una pulimentada espada de obsidiana, que ya era muy antigua. Enfocando la espada, ésta me condujo a Turkestán. El comerciante que la vendió cuando era nueva, también poseía una pulimentada espada de obsidiana, que ya era antigua. Enfocando la

espada, ésta me condujo a Turkestán. El comerciante que la vendió cuando era nueva, también poseía un precinto cilíndrico de piedra procedente de Babilonia. Y eso mismo me llevó a Babilonia, a través de varios objetos, a una punta de lanza hecha por la gente de este mismo oasis.

Su ansiosa mirada exploró de nuevo la vasta extensión de grises dunas.

—Así que ya ve usted, que he tenido varias pistas que me conducen a este sitio, como tuvo que ser —dijo—. Todas eran bastante borrosas, sin embargo, porque en cada caso seguí una segunda imagen en vez del objeto real. Necesita artefactos, hechos reales que fueran parte del período que estoy investigando.

Escaló de nuevo, hasta alcanzar una oquedad en las rocas, producida por el tiempo, que se elevaba sobre los demás promontorios. Empezó a golpear sobre la piedra con un martillo de los que usan los geólogos, y fue recogiendo los fragmentos.

—La gente que arrancó la piedra para este punta de lanza empleó esta roca para vigilar —dijo—. Quizás también fuese testigo del lanzamiento de la primera nave interestelar.

—¡Si es que las rocas pueden ver!

—Al menos ellas sirvieron de guía al detector. —El hombre guardó las trozos de granito con un tranquilo gesto de satisfacción—. Esto nos enseñará donde empezar el primer intento. En pocas semanas, creo que podremos desenterrar objetos más interesantes para el detector que puntas de lanza y cuentas de cristal.

—¿Dice usted semanas? —El inspector se enderezó con importancia—. No puedo autorizarle más que dos días para permanecer aquí. Ni siquiera si ya hubiese encontrado la Atlántida.

El explorador descendió febril de la roca, agitado y con aire deprimido.

—¿Sólo dos días? —Protestó con sequedad—. Eso no es suficiente.

—Su visado está esperando —le recordó el inspector con complacencia—. Usted sabía desde el principio que tenía que abandonar esto en la primera nave de aprovisionamiento.

—Pero no llegará hasta dentro de seis semanas —replicó el explorador calurosamente—. Todavía falta a lo menos un mes, y no veo por qué tenemos que regresar ya. Podemos arreglar que venga un helicóptero patrullero que nos recoja aquí en el desierto una noche o dos antes de que venga la nave.

—No hacemos más cosas así en esta Estación. —El bucólico hombre se infló—. Planeamos y conducimos cada misión secreta con

cuidadosas precauciones para proteger a los nativos.

—Ya lo sé. —El explorador asintió con amargura—. Pero debo tener tiempo…

—Todas sus reservas están ya hechas —interrumpió el inspector con firmeza—. Tengo que dejar tiempo suficiente para preparar en Dakar nuestro pesado equipaje, y para ver que nuestros empleos nativos son bien cuidados. Cogeremos la línea aérea para París el último día del mes. Asuntos varios me entretendrán en mi oficina cíe aquella capital, hasta que naveguemos hacia Nueva York. Otro extranjero nos esperará en el lintel allí para conducirnos al Oeste. El autogiro patrullero nos tiene que recoger en una solitaria carretera de Arizona, una semana antes de que llegue la nave de aprovisionamiento.

—¿No puede usted de ninguna manera dejarme aquí por un poco más de tiempo?

—Aquí no hacemos las cosas así. —Los finos labios del inspector se contrajeron—. Ustedes y yo seguiremos juntos el mismo itinerario.

El explorador suspiró sintiéndose desamparado. La forma en que el inspector hacía las cosas, le había vencido muchas veces antes, pero no había nada que pudiese hacer. Estas elaboradas precauciones iban sólo un poco más allá de la esperada obligación del Servicio encubierto, y naturalmente los Covenants tenían que ser respetados.

—Muy bien —asintió con la mejor sonrisa que pudo encontrar—. De todos modos, voy a sacar todo el provecho que pueda de estos dos días. Pasaré el detector sobre estas rocas esta noche, y empezaré las excavaciones mañana por la mañana.

Echó a andar hacia los camiones, pero se detuvo de pronto.

—¿Le gustaría estar presente cuando empiece la investigación? —preguntó—. Tengo un aparato de sobra, e incluso sin entrenamiento psiónico podrá usted ver mucho.

—Gracias. —El hombre sonrió agradecido. Tengo otros asuntos que necesitan mi atención primero. El conductor del camión del agua tiene problemas con el motor, el cocinero está enfermo con disentería, y el hombre que contratamos en Dakar, quiere que le paguemos más. Pero estaré libre más tarde.

Por unos minutos, mientras se dirigían al campamento, con las cabezas bajas, y guiñando los ojos por el resplandor del sol poniente, el oficial pareció más humano y competente, casi amable. Pero entonces refunfuñó y dijo desafiante.

—Pero usted no estará tratando de coaccionarme… Echaré una mirada a su detector pero sólo por mera curiosidad. No importa lo que

usted me enseñe, porque nos marcharemos de aquí cuando tengamos que hacerlo. Ni un minuto después.

El camión donde estaba instalado el laboratorio, llevaba signos pintados en rojo para prevenir a los incondicionados nativos en su propia lengua. ¡GRAN VOLTAJE - NO TOCAR! El vehículo estaba protegido por láminas metálicas y cuidadosamente cerrado. Al conductor nativa se le había hecho creer que el equipo que había en el interior era para determinar la antigüedad de los objetos, empleando la radioactividad. El inspector mismo nunca había entrado en él, y lo hizo sintiendo una gran curiosidad. La metálica puerta aún estaba caliente por su contacto con el sol, y en vez de ser refrescante el interior, era romo un sofocante horno. Echó una mirada al equipo detector con profesional vigilancia, y sacudió la cabeza aliviado cuando vio que todo estaba en perfecto estado.

—¡Esto es!

Hablando con causada excitación, el pequeño explorador ajustó otra cabeza al detector, cuyo exterior había sido camuflado para que pareciese un Geiger transportable de manufactura nativa. El inspector se sentó en una silla plegable y ajustó la cabeza del aparato. Escuchó expectante, pero todo lo que pudo oír fue la ansiosa voz del otro hombre.

Le parecía, a través de la misteriosa magia del traductor, que el encorvado y pequeño extranjero le estaba hablando su propia lengua kariana, y por un momento se sintió amedrentado por la ingeniosa maravilla de las cosas psiónicas y amargado porque estaban vedadas para él.

El explorador ajustó su propia cabeza del aparato y se inclinó para conectar el detector sobre una de las lascas de granito que había arrancado del antiguo mirador.

—Este vado fue una vez un río —dijo—. Brotaba en un ancho valle cubierto de hierba r que fue enterrado bajo las dunas. Sus aguas hicieron la abertura en las rocas justo debajo de nuestro campamento. Esas alturas junto al arroyo debían de ser el lugar preferido para acampar para los hombres primitivos, mucho antes de que se establecieran para hacer el primer gran invento.

El inspector hizo un gesto de duda.

—Por la evidencia geológica que tenemos a la vista —continuó el explorador—, creo que este valle debió de haber sido un gran lago antes de producirse la perforación, y después la hondonada aún recogería el agua subterránea para alimentar arroyos y pozos a lo largo del bajo cauce del río.

El curso del río debió de dar la vuelta desde la abertura hasta la gruta de granito. En su imaginación el inspector casi podía ver las bajas riberas de barro a lo largo de las estrechas bandas entre el río y los escollos, a vista de pájaro para los observadores del promontorio. Un grueso muro de piedra había cruzado la estrecha garganta de campo abierto para proteger la aldea, y unas polvorientas palmeras se elevaron en grupos alrededor de tos agujeros, incluso después de que el arroyo fuese cegado por las tormentas de arena.

—¿Lo ve usted? —susurró el explorador—. Es el oasis desaparecido.

El inspector contuvo la respiración. No entendía de psiónica; nunca lo comprendería. Pero se imaginó ahora que la imagen de aquella ciudad de barro había ¡legado hasta él a través del silencioso aparato colocado sobre aquel trozo fie granito. Asintió febril.

—Ahí está —dijo el explorador—. Tal como se veía desde el promontorio hace veinte mil años. La tierra sobre las tierras alias se había trasladado va a las dunas. Y los pozos aquí debieron quedarse secos pronto, pues el lugar fue abandonado.

—¡Cabañas de barro! —El inspector gruñó y trató de toser—. ¿Dónde están sus naves neutrónicas?

—Fueron lanzadas y olvidadas miles de años antes —contestó el hombre—, si realmente fueron construidas aquí... pero sí debieron de ser.

—Demuéstremelo.

—Eso estoy tratando. —El explorador se había inclinado para ajustar de nuevo el detector; sus pálidos ojos estaban preocupados—. Pero éste es límite de este fragmento particular, como foco-guía efectivo. Quizá alguno de los otros tenga impresiones más antiguas.

Cogió otro trozo de roca y probó con él. Después con un tercero, inclinándose con gesto preocupado mientras silbaba suavemente entre dientes de forma abstraída, por lo que el inspector se sintió preocupado. Por fin se echó hacia atrás esperanzado.

—Está mejor, ¿no cree?

Aún no había salido ningún sonido del artefacto. El inspector no había notado ninguna diferencia, pero ahora, cuando trató otra vez de ser la ciudad que se esfumaba más allá del promontorio, las casas de barro se hicieron más numerosas y grandes. El muro de defensa aún no había sido construido. Un puente de piedra se elevaba indolente sobre el río. Los grupos de palmeras en sus márgenes eran más abundantes y las dunas no existían. En la parte más alta sobre el río, un terraplén cubierto de hierba se extendía alrededor de una alta

chimenea de ladrillos rojos.

—Todo parece diferente —admitió el inspector, molesto—. Pero aún no veo ninguna nave interestelar.

—Porque no podemos ver más allá. —El explorador se mordió los labios con desilusión—. Estamos todavía' en varios siglos después. Pero mire esa chimenea. —La ansiedad le hizo elevar la voz—. Es la evidencia de una cultura anterior ya olvidada.

Se inclinó abruptamente sobre las esferas. Observando el agudo conflicto de esfuerzos y frustraciones en su rostro macilento, el inspector esperó expectante. Todo lo que podía ver, sin embargo, era el equipo del laboratorio apiñado en los estrechos estantes y en los bancos que lo rodeaban. El asfixiante calor se hizo insoportable.

—He encontrado una nave. —El explorador levantó la cabeza por un segundo; sus ojos cansados estaban preocupados—. La imagen no es buena, pero estoy seguro de que es una nave.

El inspector volvió a colocar su propio aparato. Después de un momento de desilusión, las impresiones de aquella antigua ciudad volvieron a él, más como recuerdos que como imágenes reales. Las casas de piedra habían sustituido a las de barro, en este pasado más lejano, y estaban cubiertas con bonitos ladrillos rojos. En el promontorio, más allá del río y de las palmeras, grandes edificios se agrupaban alrededor de la chimenea. Más allá, en las afueras, estaba la nave, si es que aquello era una nave.

Para el inspector era más una especie de tanque de aprovisionamiento. Construido con ribeteadas planchas de metal, era un cilindro con la parte superior v la planta combadas. Se elevaba sobre una ancha plataforma de ladrillo apuntalada con pesados maderos. Creyó que vería una válvula de entrada en la parte baja, pero debido a los árboles y a los edificios que tenía delante, y porque la imagen era un poco confusa y ondulante, no pudo estar seguro.

—Eso parece demasiado pequeño para ser una nave interestelar —protestó por fin—. Incluso los primeros cohetes que se construyeron en Kares II eran mayores.

—Pero las naves neutrónicas no tienen por qué ser grandes, ni incluso para viajes interestelares —contestó el hombre pensativo—. Con las novas como impulso, no se necesita combustible a bordo. Debido a la contracción del tiempo, los suministros para los pasajeros son también, naturalmente, muy pocos.

—Si eso es una nave, entonces veámosla volar.

El inspector trató de ver el extraño cilindro mientras el explorador conectaba de nuevo el detector, pero la imagen se hizo más confusa,

velada por súbitas nubes de polvo rojo que venían extendiéndose de las tierras altas más allá del río.

—¡Mire! —susurró de pronto el pequeño científico—. Creo que estas gentes están preparando su lanzamiento, llevando la carga sobre sus espaldas. ¿Podría ser que los neutrones existieron antes que las ruedas? —Su voz se elevó—. ¿No los ve usted entrando apresuradamente?

El inspector no se había fijado en la gente hasta ahora y trató de localizarlos. Encorvados bajo el peso de sus enseres, se estaban congregando fuera de la ciudad, cruzando el puente y escalando los promontorios. Se inclinaban en contra del viento y muchos de ellos caían como cegados por el polvo. Aquellos que alcanzaban la nave parecían luchar por conseguir un sitio.

Esperó que la nave se elevase, mientras el explorador volvía a maniobrar en el aparato, pero se ocultaba con las nubes de polvo. Cuando la imagen se aclaró de nuevo, la tormenta había pasado y la nave había desaparecido. Las nuevas y pequeñas dunas de arena sepultando los cuerpos de aquellos que fallaron en su intento de subir a bordo.

—Así que era una nave. —El explorador asintió sobriamente—. Llevaba a la condición humana y los principios de la civilización hacia los planetas de alguna otra estrella.

—¿Sólo para huir de una tormenta de arena? —gruñó con socarronería el inspector.

—Debió de haber alguna razón más importante que la sequedad del clima. —El hombre se sentó pensativo durante un momento y después se volvió con rapidez hacia una pizarra—. Voy a hacer un mapa del sitio —dijo— ya planear las excavaciones. No podemos hacer mucho más con el detector hasta que descubramos tras materias.

El inspector se levantó para marcharse, porque la temperatura era más fresca en el exterior, pero se detuvo en la puerta para echar una mirada al interior con curiosidad; lo que vio le hizo volverse para observar fascinado a pesar de su mala gana. Limpió impaciente las gotas de sudor que resbalaban por su cara y cuello, y después se olvidó del calor.

El encorvado y pequeño científico estaba dibujando un mapa de la ciudad oculta bajo la arena en una hoja grande de papel con una simple pluma nativa. Lo extraño era la forma en que trabajaba. Aún llevaba puestos los auriculares, y los rápidos rasgos que hacía con la pluma tenían una asombrosa precisión.

—Empezaremos el trabajo aquí, quitando la arena acumulada. —Levantó la vista un momento, pero la pluma no cesó de trabajar—. A cuatro mil treinta metros al este del promontorio vigía. La arena allí tiene de siete a diez metros de profundidad, pero haciendo una excavación llegará al lugar de la plataforma de lanzamiento.

El inspector se inclinó para examinar el mapa y agitó la cabeza con impertérrito aturdimiento. Su apariencia de cuidadosa exactitud le convenció de que la plataforma estaba exactamente donde el explorador había indicado que se removerían las dunas. Se enderezó sintiéndose incómodo y aclaró su garganta.

—Acerca de ese gran invento... —Esperó que el ocupado hombre levantase la cabeza—. ¿No puede haber sido psiónico?

El explorador dejó caer su pluma.

—¿Por qué psiónico?

—Si esto puede mostrarle donde se levantaba cada casa de la Atlántida, sólo por observar esos pequeños trozos de roca, ¿no podía también haber enseñado a los hombres todo lo que sabían?

—Pero esa gente no tenía aparatos psiónicos; el detector no ha señalado ninguno. —Cogiendo de nuevo su pluma, el explorador hizo una pausa y añadió—: Si hubiesen conocido el arte psiónico, sus hijos nunca hubiesen vuelto al estado salvaje en otros muchos miles de planetas. La ciencia previene estas caídas.

—Ya. —El sudoroso cuerpo del inspector se movió incómodo, como si no hubiese entendido—. ¿Entonces, qué me dice de los neutrones? Esta gente no debía de saber mucho sobre ellos.

—Los inventores de los neutrones debían entender la física del átomo —dijo el explorador—. El invento básico, que es lo que estamos buscando, debió de ser bastante antes.

—Supongo que tiene usted razón —explicó el inspector, y se volvió de nuevo para marcharse, pero se detuvo en la puerta—. No crea que me está engañando. —Una abrupta truculencia endureció su voz—. Nos iremos de aquí cuando he fijado, no me importa lo que usted me enseñe.

El explorador salió con su mapa y un primitivo transistor para enseñarle al operador nativo cómo empezar la excavación. Estuvo durante una hora mirando con impaciencia la lenta draga sacar arena hasta que se volvió a través de las dunas hacia el campamento. Se sentó en un banco de la calurosa tienda donde se preparaban las comidas, mientras tomaba un arenoso e indigerible desayuno, cuando el inspector vino para decirle que la máquina se había descompuesto.

—No puedo hacer nada —dijo al alto extranjero con desamparo—.

Noté que el aceite salía del motor poco después de haber estado usted allí. Pero el operador nativo no lo vio, está enfermo de disentería, y yo no podía decirle nada.

—¿Por qué no?

—Estoy aquí como abogado. —El inspector habló con poderosa complacencia—. No estoy como mecánico. Para respetar debidamente a los Covenants tenemos que guardar las apariencias.

—Pero esto es grave. —La voz del hombre tembló asustada—. Esta arena es demasiado profunda para sacarla sin la draga en el espacio de tiempo que usted me concede. ¿No se puede reparar?

—En dos días desde luego que no. —El inspector se abanicó febrilmente con su casco húmedo de sudor—. El calor ha atacado el bloque del cilindro, y un cable del contacto está roto. El operador dice que no hay nada que hacer.

—Entonces, sacaremos otra del camión. —El explorador echó a un lado su plato y se levantó con rapidez, respirando de prisa con agitación—. Hay que hacer algo para continuar la excavación.

—El operador se siente demasiado enfermo para trabajar. —El inspector se sentó deliberadamente en un extremo de la mesa y llamó al cocinero para que le trajese café—. Le di al hombre algunos antibióticos y le dije que se acostase. No tenemos a nadie más para continuar el trabajo.

—Yo mismo lo haré.

—No dudo de que usted pueda hacerlo. —El bucólico hombre esperó a que el cocinero le trajese el café y después ajustó la cabeza de su traductor para poder entenderse con el nativo—. Puede usted incluso improvisar algo con los aparatos del detector para que esa máquina pueda actuar con energía neutrónica, pero no va usted a hacerlo.

El pequeño hombre se apoyó débilmente contra la áspera mesa, sintiéndose súbitamente enfermo.

—No olvide a los Covenants —le recordó el inspector con suavidad —. Ni su identidad da retirado fabricante de jabón. No puedo permitir que toque usted esa máquina.

Lo pareció al explorador que los ojos saltones del inspector brillaban con súbita satisfacción, pero incluso si su proyecto había sido deliberadamente saboteado, no había mucho que él pudiese hacer, be sentó de nuevo en el banco, mirando fijamente a su gordo antagonista con gesto amargo.

—Tome una taza de café. —El inspector tocó tu traductor durante un instante para pedir la bebida—. Temo que se está usted

preocupando demasiado por este pequeño incidente.

—¿Pequeño incidente? —La voz del explorador era dura y temblaba de agitación—. La verdad enterrada bajo estas dunas es algo que necesita la civilización. Algo, creo, que usted necesita. Si no lo encuentro ahora, puede que quede perdido para siempre.

—Nadie vendrá a buscarlo. —El inspector bajó su taza con aire de fría importancia—. Yo me cuidaré de eso, con mi cargo en este asunto. Si los nativos no están preparados para la civilización, entonces no están preparados para desenterrar la Atlántida.

—No lo harán —protestó el explorador desesperado—. Este lugar está demasiado remoto y demasiado profundamente enterrado. Incluso los artefactos que conozco no serían nada sin el detector psiónico.

—De todos modos, su visado será el último.

El explorador estudió al alto oficial, con turbia perplejidad. Estuvo a punto de decir algo, pero se limitó a suspirar y se dedicó ausente a su café, a pesar de que no le gustaba esta amarga bebida nativa.

—Me alegro de que lo tome así. —El inspector resplandeció con súbita y falsa bondad—.

¿Sabe que me agrada usted a pesar de sus extrañas ideas?

Movió la cabeza, sintiéndose incómodo. Aunque su descontento por este crudo e intolerante hombre estaba suavizado por la comprensión e incluso por la lástima, le era difícil contener ahora su resentimiento.

—Ya que sus planes han fallado —añadió el inspector con suavidad —, supongo que podemos empezar los preparativos de marcha esta misma mañana. Realmente necesitaría estar unos días más en París, para asuntos del Servicio, si pudiera coger el avión antes en Dakar.

—¡Pero no he fracasado!... —Se enderezó desafiante—. Ya he aprendido bastante, y todavía tengo dos días más. Pienso utilizarlos.

—No puede usted hacer nada. —El hombre grande parpadeó como si estuviese profundamente alarmado—. Con la máquina estropeada...

—Tenemos palas.

—Esta arena es demasiado profunda...

—Donde hemos empezado a excavar. —El explorador asintió con gesto cansado—. Pero más allá, donde la arena sólo tiene tres o cuatro metros de profundidad, hubo un cementerio. Es el lugar menos indicado, pero puede que contenga algo interesante.

—Nada que merezca la pena —murmuró el inspector—. Sería mejor que lo olvide.

El explorador se levantó para dejar la tienda, pero el tono del inspector le hizo volverse pensativo. El alto extranjero estaba sentado

bebiendo su café con apresuramiento; el calor que salía de la taza ponía nuevas gotas de sudor en sus duras facciones, que ostentaban ahora una abierta hostilidad.

—Usted me ha prometido dos días más —le recordó el explorador —. ¿Puede usted, por favor, llamar a todos los hombres que puedan trabajar? Prométales doble paga y mándemelos con las palas.

El hombre gordo estuvo durante un momento sin hacer ningún movimiento. Sus protuberantes ojos empezaron a achicarse, como dispuestos a rehusar. En vez de eso dio un bufido y después asintió.

—Muy bien —dijo—, le prometí esos dos días.

La excavación progresaba muy lentamente. Casi sin vida bajo el ardiente sol, los nativos trabajaban con deliberada lentitud, y la arena de la duna volvía al agujero casi con tanta rapidez como la sacaban. El explorador observaba esto con atormentadora impaciencia, pero no le estaba permitido dirigir a los hombres para hacerles ir más de prisa, ni siquiera usar él mismo una pala. Era un fabricante de jabón retirado que ni siquiera conocía la lengua de aquellos hombres, y tenía que guardar las apariencias.

Durante todo el día las palas no sacaron más que arena. El explorador quiso alquilar voluntarios para que trabajasen durante la noche a la luz de las linternas. Pero el inspector se negó, porque tal muestra de prisa podía animar a los nativos a empezar las excavaciones por su cuenta, y por lo tanto se violaría a los Covenants.

A la mañana siguiente, ya tarde, los picos empezaron a tropezar contra un lecho de grava y barro más duro, de lo que fue parte superior del muro del cementerio. El explorador trabajó ansioso durante toda la tarde observando y detectando el antiguo barro casi petrificado, pero no pudo encontrar ningún nuevo vestigio con su detector y el inspector ordenó a sus hombres que cesaran el trabajo.

—Está empezando a hacer verdadero frío para trabajar. —El pequeño y empolvado científico echó una mirada ansiosa al enrojecido sol poniente—. Faltas todavía dos horas para la hora normal de descansar, y lo primero que desentierren puede ser un sepulcro que contenga avíos u ornamentos que puedan decirnos lo que queremos saber.

—Puede ser. —El inspector lanzó un bufido—. Pero voy a mandar a los hombres a que recojan esa máquina rota; no podemos dejarla aquí.

—¿Por qué no, si ya no sirve para nada?

—Puede servir para señalar este lugar —contestó el inspector blandamente—. Puede que por su culpa se le ocurra a algún nativo

volver y desenterrar algo que no conviene que vea. Así que vámonos.

Pero el explorador retrocedió, mirando ansioso el abandonado agujero.

—Vamos. —La voz del inspector surgió brusca—. Y no mire atrás. No hay por qué excitar a los nativos. La búsqueda ha terminado, y usted no ha descubierto la Atlántida...

El hombre menudo no oyó nada. Había visto un pálido manchón verdoso en la pared del hoyo, a la altura del cementerio. Ignorando la dura protesta del inspector, saltó dentro para examinarlo. Sus dedos encontraron una fina lámina de corroído metal saliendo del duro barro. Se rompió al cogerla y se levantó triunfante con el fragmento.

—¿Qué es eso?

—Nada que pueda decirles a los nativos —respondió con cuidado—, pero parece una prometedora pista para el detector.

—¡Tírelo! —La voz del inspector fue tan cortante como el carcomido metal—. ¡Se lo ordeno!

El hombre grueso parecía tan implacable como para dejar al científico enterrado allí entre aquellas antiguas tumbas, como un sacrificio a Kares.

—Tiene usted órdenes —musitó con rapidez— procedentes de Denebola, recuérdelo. —Tropezó con la glacial mirada del inspector, y trató de captar su agitada respiración—. Me vuelvo al camión para echar una mirada a esto.

Asintiendo con desgana, el hombre le dejó marchar.

Cuando la máquina desarmada estaba ya guardada y todos los vehículos listos para emprender la marcha hacia Dakar, el inspector penetró de nuevo en el caluroso y oscuro laboratorio en el interior del camión. Su llamada no obtuvo contestación, pero abrió la puerta metálica sin esperar una invitación.

Encontró al delgado científico sentado, sin hacer ningún movimiento, en el estrecho horno que era el camión, aparentemente inconsciente por el calor. El detector psiónico que estaba sobre el banco estaba ajustado sobre aquel trozo de enmohecido bronce, y los semicerrados ojos del explorador y su demudado rostro estaban intensamente absortos por lo que quiera que estuviesen viendo.

El grueso oficial permaneció de pie observando en silencio hasta que el hombre pequeño percibió su agitada respiración, y se puso de pie con aprensión mientras desconectaba la cabeza del detector.

—Bien. —Los fabulosos y fríos ojos del inspector se apartaron rápidamente y casi con culpabilidad del rostro del explorador hacia la placa de bronce—. ¿Es esto parte de su gran invento?

—Al menos ha sido un descubrimiento afortunado —dijo el explorador mirándolo con agudeza—. A pesar de que no he hecho más que empezar a descubrir su pasado.

—¿Qué es?

—Una placa recordatoria. —El hombre delgado se apresuró por un instante y después continuó con rapidez, aliviado al ver el interés del inspector—. Estaba colocada sobre un monumento de piedra, que ya era antiguo, pero aún existía cuando la nave despegó.

—¿Era realmente una nave?

—Una nave neutrónica. —La pálida alarma y el cansancio de la vejez habían desaparecido del «rostro del explorador, que sonreía—. Puede usted verlo por la forma en que se elevó sin alas ni motores, cuando alcanzó el viento galáctico.

—Pero no lo podemos ver a través de esta tormenta de arena.

—El monumento se levantaba más cerca que la torre vigía —dijo el explorador pacientemente—. La imagen es mucho más clara. Incluso se ven hombres subiendo a la nave neutrónica, y tomando «asco sin terminar para probarlo.

—Pero, si era una nave, ¿dónde fue?

—Nada de lo que tenemos aquí nos lo puede decir —dijo el explorador—, pero sé que aquellas gentes huyeron del planeta.

—¿Por cambios del clima?

—Enfermedades. Los hombres no se devolvieron solos; estaban acompañados por incontables parásitos que hacían presa en ellos. Ya sabe usted la cantidad de píldoras e inyecciones que nosotros, los de fuera, tenemos que tomar para poder sobrevivir aquí. Esta gente se marchó para escapar a una gran epidemia. El cementerio está lleno de sus primeras víctimas.

—¿Pero es que gente lo suficientemente civilizada para construir naves neutrónicas tiene que huir de virus y gérmenes?

—No tenían aparatos psiónicos —le recordó el explorador—. Y no tuvieron tiempo de acumular el conocimiento médico que estos salvajes tienen hoy. Aparentemente estaban indefensos contra las epidemias causadas por el desparramamiento de su propia civilización.

—¿Cómo puede ser eso?

—Un desgraciado ciclo biológico. La civilización que empezaba llevaba consigo el aumento de población y causaba contactos entre tribus aisladas, cada una con su colección de microorganismos malignos, contra los cuales los otros no estaban inmunizados. Esto ha ocurrido muchas veces en muchos planetas.

—Lo cual demuestra lo erróneo de su retorcida mentalidad —exclamó el inspector triunfante—. Las enfermedades son corrientes en todos estos viejos planetas, por lo que sus hipotéticos refugiados no escaparon a ellas después de todo.

—Algunos sobrevivieron —insistió el explorador suavemente—. Aunque parece ser que la mayoría de las primitivas naves interestelares llevaban gérmenes además de hombres. Esta es otra razón, además de la falta de aparatos psiónicos, para los frecuentes lapsos en que volvían al estado salvaje. Pero es en este oasis donde se empezaron los viajes interestelares.

Sus brillantes ojos se volvieron hacia el brillante trozo de metal que estaba en el detector.

—¡Hemos encontrado la Atlántida! —susurró suavemente—. Incluso aunque no me lleve nada conmigo, este trozo enmohecido es suficiente para convencer a cualquiera de que los hombres y los gérmenes de la civilización se desenvolvieron aquí.

—No... no puedo creerlo.

La dura voz del inspector tuvo un sonido estrangulado. Un súbito sudor humedeció su ancho rostro. El, explorador le echó una mirada ansiosa, como alarmado por su voz y la súbita agitación, y le vio apresurarse febril hacía la entrada del camión.

—Este calor... —dijo—. No comprendo cómo puede usted soportarlo.

El endeble explorador le siguió para ayudarle, pero pareció recobrarse tan pronto como estuvo fuera. Permaneció durante un momento con la cabeza descubierta para recibir el seco viento de la noche, y después cogió una de sus tabletas. El explorador le dio agua de su cantimplora con la que tragó la píldora, aclarándose después la boca.

—Gracias —murmuró—. Ya me encuentro bien, aunque no comprendo cómo puede usted soportar este calor. —Le ofreció una de esas pastillas—. Creo que necesita usted una de éstas.

—Casi no lo he notado, pero supongo que hace calor.

El explorador tragó una tableta blanca y se volvió con rapidez hacia el detector. El hombre alto esperó a la puerta, como indeciso por dejar el aire fresco del exterior, mientras lo observaba con fijeza.

—No he hecho más que empezar a investigar esta muestra —habló ausente mientras ajustaba el detector de nuevo—. Esta placa ya era antigua, lo mismo que la piedra sobre la que se encontraba cuando la nave despegó. Debe de pertenecer a generaciones de una historia anterior. Quizá pueda mostrarnos cómo empezó la civilización.

—¿Ese trozo enmohecido?

El inspector agitó su cabeza con escepticismo.

—Mírelo. —Abstraído, el explorador maniobró en la otra cabeza del detector—. Cuando estaba completo.

El inspector se la puso y observó el insignificante y corroído fragmento. Lo que vio fue casi lo mismo, pero su mente estaba ya formando otra imagen de la placa, casi como si hubiese recordado como había sido antes.

Una tableta gruesa y rectangular de bronce, con una inscripción. La mayoría de los signos que veía en ella no significaban nada para él, pero hubo uno que comprendió, tres cuadrados agrupados dentro de un triángulo. Cada cuadrado estaba dividido en partículas más pequeñas, todas iguales, como para demostrar un simple teorema geométrico que él había aprendido en el colegio del templo de Kares II.

—Este monumento debe de haber señalado la tumba de algún hombre importante —comentó el explorador con suavidad— y seguramente sería un matemático.

—Entonces, ¿cree usted que esto significa que las matemáticas son el invento básico que estamos buscando? —El oficial habló con apresuramiento, como para definir sus pensamientos reales—. ¿O acaso la escritura? ¿Quizá la metalurgia?

—Las matemáticas, la escritura y la metalurgia son todavía conocidas por gentes que han perdido su antigua civilización —contestó el explorador sin sospechar—. El invento vital debe haber sido algo menos evidente...

Un gesto de dolor conmovió su voz. Su rostro se endureció, súbitamente enrojecido por una oleada de calor. Durante un instante su pequeño cuerpo permaneció con agónica rigidez; después se echó hacia atrás sin fuerzas en la silla, aferrándose precipitadamente al banco que estaba a su lado y haciendo desesperados esfuerzos por respirar.

—Demasiado calor —murmuró el inspector sin entonación, inclinándose para mirarlo con fría intensidad—. Quizá necesite usted otra píldora.

—¿Cree... entonces que ha sido eso? —Empezó a respirar con normalidad, y el súbito mal pareció alejarse. Miró al inspector con una velada acusación en sus ojos—. ¿Qué me ha hecho usted?

—Le he matado. —La voz del inspector fue lenta y fuerte—. Las tabletas que le di estaban mezcladas con las sagradas hostias que me dio mi padre la noche en que abandoné mi mundo nativo. —El

remordimiento brilló en la dureza de su sudoroso rostro—. Sólo quisiera haberlas tomado yo mismo con él.

Observó con frío placer como el explorador se dirigía apresuradamente hacia las estanterías de productos químicos del interior del camión y como introducía frenéticamente algo en un vaso de agua.

—Es demasiado tarde para que ningún antídoto pueda salvarle —dijo con calma—. Esas sagradas drogas fueron hechas para aliviar las últimas horas de los creyentes y preservarlos de indecisiones e incertidumbres. Cuando el dolor llega, ya tan atacado el sistema nervioso. Se sentirá usted mucho mejor en el tiempo que le queda si no toma usted nada.

El hombre se estremeció mirando al inspector con aspecto miserable.

—Sus dolores habrán terminado pronto —murmuró—, las hostias Se hacían para asegurar tranquilamente el paso de la muerte hacia un favorable renacer. En una hora más o menos se detendrá su corazón, pero hasta entonces no sentirá usted molestias. Pronto se relajará e incluso se sentirá feliz por la exquisita gracia de Kares.

El hombre envenenado levantó el vaso de nuevo con incertidumbre, pero lo dejó caer al fin sin probarlo. Permaneció mirando fijamente al inspector con turbio azotamiento.

—Así que usted me ha asesinado —murmuró con dureza—. ¿Incluirá eso cuando mande su informe a Denebola?

—Puedo informar que he cumplido con mi obligación. —La voz del hombre fue dura—. Nuestro trabajo aquí consiste en prevenir dañinas colisiones culturales. Eso incluye nuestra protección a estos salvajes. He actuado deliberadamente, con completo conocimiento de todas las consecuencias, para librar a todos los mundos de todas las mentiras que usted pudiera contarles.

—¿Mentiras? —El explorador agitó su cabeza con tristeza. Volvió a su silla y se inclinó sobre el detector con desesperanza—. Ha asesinado usted a la verdad —musitó con amargura—. Sólo para proteger su propia ignorancia.

—¿Qué es la verdad, excepto creer? —El inspector habló a la defensiva, en tono fuerte—. Cuando toda mi gente creía en Kares, su omnipotencia era nuestra verdad. Cuando mi propia fe fue rota por ideas tan poco piadosas como las de usted, sentí como si me hubiesen robado la certidumbre y la felicidad que llevaba conmigo. Ahora mi alma está muerta. No puedo hacer nada por mí. Pero debe de haber billones de personas que se contentan con la fuerza de su fe. Mi

obligación ahora es proteger su felicidad de lo que quiera que usted haya encontrado.

Señaló con ponderación el trozo de viejo bronce.

—Pienso enterrar eso —dijo—. Eso, y todo lo que usted ha encontrado aquí, en su propia tumba. Los nativos informarán que el señor Mayhew Starling falleció de una trombosis coronaria, pero mi informe oficial dirá que fue usted atacado por un nuevo microorganismo que hace esta planeta tan peligroso que no se extenderán más visados para explorarlo. Añadiré que murió usted convencido de que Atlántida nunca existió.

—Usted no puede... —El hombre lo miró con incredulidad y asintió al fin con resignación—. Veo que puede usted hacerlo. Es usted capaz de matar la verdad, aun sabiendo que es verdad.

Sudando de nuevo, el inspector se revolvió incómodo ante la pálida mirada. Hizo un esfuerzo por tragar y se humedeció los labios, dirigiéndose nervioso finalmente hacia el trozo de metal enmohecido que estaba bajo el detector.

—Echemos otra mirada —dijo con brusquedad—. Todavía tiene usted una hora más o menos y su cerebro estará claro hasta el final. Puede que aún encuentre ese perdido invento.

—Así que está usted preocupado... —El explorador sonrió dolorosamente—. Usted tuvo miedo de morir y tuvo miedo de matarme de forma honrada. Y ahora teme usted hablar de la verdad.

—Nada de lo que pueda usted decir importa ya —dijo el inspector con dureza—, porque no puede usted salvar su vida ni alterar mis decisiones. Si no tiene usted nada que hacer en el tiempo que le he dejado, será mejor que se tome otra píldora.

El delgado explorador se sentó envarado durante un momento, mordiéndose los labios hasta que la sangre brotó de ellos. Al final se movió con apatía y se volvió despacio hacia el detector.

—Voy a observar esto, si no le importa. —El inspector cogió la otra cabeza sin esperar su conformidad—. De todos modos me tendré que quedar con usted para asegurarme de que no trata de romper los Covenants.

El explorador asintió con indiferencia, como si ya no le importase nada. El alto inspector se colocó la cabeza del detector y miró expectante la lámina verdosa, pero no ocurrió

—Bien —dijo impaciente—. ¿Qué es lo que ve?

—Más de lo que tendré tiempo de examinar —dijo el pequeño hombre—. Las primeras impresiones orne puedo leer fueron hechas por cerebros salvajes, que no conocían nada de otros mundos v muy

poco de este. ¿No puede usted verlo?

El inspector trató otra vez. La placa de metal pareció lo mismo, pero otras imágenes llegaron hasta su cerebro. El lecho de un desconocido río seco y con musgosos agujeros llenos de agua. Un niño flaco y casi desnudo con el pelo rojo y largo. Una cosa gris y peluda que acechaba al pequeño salvaje.

El niño estaba junto a uno de los agujeros llenos de agua pescando tranquilamente con las manos. La gris criatura salió de entre la alta hierba amarilla que había en las orillas del lecho del río. Era un lobo o quizás un perro salvaje. Empezó a acercarse despacio hacia donde estaba a través de las secas arenas.

Inclinándose ahora para observar un escurridizo pez, el niño parecía ajeno al peligro. La bestia estaba junto a sus espaldas antes de que pudiese agarrar el pez y notando algo extraño se levantó para ver qué era. El terror le agitó. Gritó y trató de correr, pero cayó sobre la grava.

Su miedo y su huida pareció asombroso al principio porque la bestia parecía bastante pequeña y un poco amedrentada. Cuando tropezó y cayó tan rápidamente, sin embargo, el inspector pudo ver que estaba agotado por el hambre.

La macilenta bestia avanzó con más intrepidez cuando vio que el chico cayó, guiada quizás por el hambre tan aguda como la suya. Se revolvió y se puso en pie de un salto enfrentándose con la alimaña. Se había levantado llevando en la mano un trozo de rojiza piedra. Lo tiró y la bestia cayó muerta junto a él con el cráneo destrozado.

El extenuado muchacho recogió la piedra. Entonces empezó a lamer la sangre que tenía pero algo le detuvo. La apartó de sí mirándola con súbito terror. Donde había lamido la sangre aparecía el rojizo brillo de un trozo de cobre.

En este punto la imagen cambió. La visión del desnutrido muchacho había sido tan vivida que el inspector había querido avisar al niño cuando la bestia estaba al acecho; incluso sus impresiones de hambre, terror y triunfo habían sido curiosamente palpables. Pero todo empezó a cambiar y a volverse desconcertantemente borroso.

Fugazmente, el inspector sintió el frío, el rugir y el resplandor de la tormenta, el fuerte olor del humo; vio hombres y percibió el hedor de despojos de reses en estrechas cuevas; la apresurada excitación de la caza, el caliente aroma de un reno muerto y el cálido y salado gusto de la sangre. Sintió la intranquilidad, el triunfo y el terror de nuevo, todo con una extraña conexión con aquel nativo terrón de cobre y el niño de pelo rojo que primero lo había recogido.

Vio que el explorador hizo una pausa para ajustar el detector.

—Espere.

Desconectó el aparato para tratar de aliviar un tenue dolor que sentía en la cabeza.

—Recuerde que mi acondicionamiento no ha sido completo —murmuró el inspector—. Va usted demasiado de prisa para mí, ¿Dónde ocurrieron esas cosas? ¿Cuánto tiempo hace y qué pasó con el chico?

El explorador se volvió. Sus pálidos ojos estudiaron al hombre que le estaba matando con preocupada e incrédula intensidad, hasta que el alto inspector se sintió incómodo y preguntó nervioso:

—¿Era en este mismo lugar antes de que apareciera el desierto?

—Era otro río —contestó por fin—. Pero nacía en estas mismas tierras altas, cuando aún eran húmedas y terminaba en la gran depresión que hay al norte y que es ahora el mar Mediterráneo. Cuando aquel niño recogió aquel pedazo de cobre, miles de años o más antes que sus descendientes evacuasen el planeta, el Atlántico no había separado todavía la tierra entre Africa y España.

El inspector asintió calurosamente mientras se chupaba sus gruesos labios. Sintióse celoso porque las tangibles maravillas del arte psiónico estaban muy lejos de su alcance. Esto le produjo un sentimiento de malsana satisfacción por lo que había hecho, pues ni los mismos conocimientos psiónicos podían vencer a las sagradas hostias de Kares. Pero entonces una profunda vergüenza le alcanzó y trató de escapar de ella repitiendo su pregunta.

—El niño… ¿quién era?

—Un paria —dijo el explorador— por culpa de su pelo rojo. Sus padres habían pertenecido a una pequeña banda de cazadores que se habían establecido junto al gran lago salado en el extremo oeste de esa gran depresión. Los miembros de la banda eran en su mayoría morenos y sospecharon de aquel pelo rojo. Los ojos de su padre habían sido atacados por una infección al poco tiempo de nacer el niño, y el cazador más viejo maldijo su cabello por la forma en que su juego empezó a eludirle.

La madre defendió a su Lijo tanto tiempo como pudo, pero cuando finalmente la mató un león, el anciano se convenció de que su pelo traía consigo una invencible mala suerte. El niño fue expulsado de la tribu no mucho antes de que encontrase ese trozo de cobre.

El inspector parpadeó con duda.

—Si el metal nos proporciona las impresiones, ¿cómo puede usted saber lo que ocurrió antes de que el muchacho lo encontrase?

—¿Es que no pudo usted captar los pensamientos?

—Yo no estoy condicionado —gruñó el inspector a la defensiva—. Al principio creí que podía captar sus sentimientos, pero cuando usted cambió el foco, todo pareció nublarse de nuevo, quizás perqué él había apartado de sí el trozo de metal.

—Pero él no lo tiró. Lo llevó consigo porque había matado al lobo y notó la desastrosa suerte de su pelo rojo. Puso en él la misma clase de fe, durante muchos años después, que la que usted tuvo en Kares. —El explorador hizo un gesto sardónico—. La verdad... hasta que la duda la destruyó.

El endeble hombrecillo se inclinó de nuevo sobre el detector, absorto ahora con lo que veía.

El inspector se sentó sudoroso, siguiendo con ansiedad el juego de miedo y alivio, de súbita inquietud y grave comprensión a través de su crispado rostro. Bruscamente algo pareció alarmarle. Carraspeó y asintió despacio, y finalmente el pequeño científico se volvió con una extraña expresión en sus pálidos ojos.

—¡Es el mismo hombre! —susurró suavemente—. Aquel niño salvaje llegó a ser el hombre honorable cuyos huesos fueron colocados bajo el monumento. Llevó esa pieza de cobre durante toda su vida, con la que construyó un útil martillo que le sirvió como arma de caza. Después de su muerte la vieja herramienta se hizo fundir para hacer esa placa recordatoria. Es una muestra de toda su carrera. —El tono del explorador era apresurado—. Y él es el hombre que encendió el primer destello de la actual civilización.

—¿Ese salvaje medio desnudo? —El inspector guiñó los ojos burlonamente—. ¿Qué le califica para inventar nada?

—El color de su pelo, en un principio —contestó con rapidez el delgado científico—. Eso le enseñó a dudar de la sabiduría de los hombres. Le privó de la ayuda de las tradiciones de su tribu. Le forzó a pensar por sí mismo, o sucumbir, y su genio nativo no había de morir. Su exilio le debió parecer tan cruel como a usted le parece el suyo, pero le colocó en el solitario camino de la libertad intelectual.

El explorador asintió ausente; sus pálidos ojos miopes buscaban algo más allá de las paredes del laboratorio ambulante.

—El color rojo de su pelo —susurró—. Y después el diluvio.

El inspector levantó los ojos.

—Hubo realmente un diluvio —insistió el científico—. Aunque las leyendas generalmente han invertido el orden de los acontecimientos. En vez de aplastar esta primara civilización los desastres ayudaron a elevarla. —Con un gesto señaló la otra cabeza del detector—. Puede usted verlo por sí mismo.

De mala gana, porque le producía dolor de cabeza, el inspector se colocó el aparato. Imágenes del salvaje de pelo rojo llenaron de nuevo su cerebro, como recuerdos de alguien que él hubiese conocido íntimamente. Era ahora un hombre robusto, coa retadores ojos azules y la piel tostada por el sol, más oscura que su brillante barba. Estaba de pie en un camino en medio del bosque luchando contra una cuadrilla de hombres de más baja estatura y morenos que gritaban. Lo vio arrodillarse en una profunda galería de piedra, arrancando pedernal con un pico hecho con una cornamenta de reno. Después sentado junio a la cantera construyendo hachas con el pedernal.

Hombres asustados y desnudos le estaban persiguiendo aullando y tirándole piedras, mientras la tierra temblaba y se abrían zanjas. Huyó de ellos, y huyó de nuevo de un súbito muro de enloquecida agua gris que venía extendiéndose por el bosque, derribando árboles gigantescos y elevándolos sobre sus gigantescas olas.

La apiñada velocidad de aquellas impresiones enloquecían al inspector, a pesar de lo cual continuaba con el aparato tanto tiempo como podía soportarlo, preguntándose si aquel alto salvaje sería él mismo. Un ayudante del servicio del templo le había dicho una vez que él había tenido el pelo rojo en otra vida anterior, y ahora, debido a eso, sentía una súbita simpatía por aquella solitaria figura.

En otro momento, sin embargo, aquella rugiente pared de barro y árboles y espumosas olas había alcanzado al tambaleante hombre, y la aguda realidad de su dolor y pánico se hizo insoportable. Sintiendo la propia horrorizada desesperación del nativo, el inspector desconectó el aparato.

Estaba temblando. Su cabeza vacilaba con el vértigo, y en este momento le vino a la imaginación que el brillante hogar de Kares estaba perdido entre las estrellas invisibles desde aquí. Aquel maltratado salvaje no había conocido probablemente ningún dios, ni poseído ningún alma para renacer. A pesar de eso...

El inspector enjugó su sudoroso rostro y se volvió impulsivamente hacia su compañero. Quería preguntarle si el explorador podía ver su semejanza con el anciano, pero entonces comprendió que el pequeño científico, moribundo ahora y sin fe, no podía esperar volver a la vida. Esto le conmovió. A pesar de su convicción, los pálidos y tristes ojos que tenía puestos en el detector empezaron a enervarle.

—Todo aparece con demasiada rapidez. —Se aclaró la garganta con nerviosismo—. Este aparato me produce dolor de cabeza y no puedo comprender mucho de lo que enseña. ¿Podría usted decirme algo de la inundación y del hombre del pelo rojo?

—Temo que no tengo tiempo para todo. —El explorador hizo un gesto de clara ansiedad—. Sé que no puedo explicarle todas sus emociones y sensaciones tal como las detecta el aparato, ni los detalles de todas las circunstancias.

—Ya he tenido demasiadas sensaciones. —El grueso inspector se estremeció—. ¡Las piedras... y el muro da agua! Pero no podría decir dónde se encontraba el hombre, ni qué estaba realmente pasando.

—Entonces era aún joven —dijo el explorador—. Fue capturado por una tribu de luchadores que habitaban las orillas del este de la gran hondonada y que traficaban con otra tribu de fabricantes de armas, que extraían la piedra de una cantera en un promontorio que se elevaba sobre el nivel del mar.

—Fue esclavo de los traficantes de armas cuando tuvo lugar el cataclismo. Había ganado su respeto con su gran fortaleza física y su habilidad para tallar el pedernal, pero también estaba adquiriendo ideas que le perjudicaron.

—¿Ideas?

—El tallado de la piedra ha sido siempre un arte sagrado, gobernado por sagrados cantos recitados por los hombres sabios de la tribu, pero nuestro hombre del pelo rojo había crecido con inmutable sabiduría del pasado. Era culpable de extrañas innovaciones.

—¿Cómo?

—Empezaron con el hallazgo del trozo de cobre. Sus recientes desventuras habían debilitado su primitiva fe en la magia, pero también había descubierto cuando trató de descascarillarla que era maleable. Cuando encontró otros trozos de «obre virgen en las canteras empezó a construir con ellos útiles herramientas.

—¿Qué es lo que iba mal?

—Los trabajadores de la piedra no querían materiales más blandos. Incluso a pesar de que las herramientas de cobre tenían más valor, cualquier cosa que fuese blanda era mala. Cuando la tierra empezó a temblar, los viejos sabios llegaron a la conclusión de que su impía labor había enfurecido a loa espíritus de las rocas. El mar irrumpió afortunadamente antes de que lo hubiesen apedreado hasta morir.

El hombre grueso se humedeció los labios temblando de nuevo.

—¿Qué fue del Atlántico?

—Todos los océanos crecieron con el deshielo de los glaciares. —El explorador continuó—. Esos temblores debieron causar olas de marea» que irrumpieron a través de las cordilleras. El océano se volcó dentro, produciendo el estrecho. El verdadero diluvio duró años y cambió el mundo que él había conocido.

—¿Pero él sobrevivió?

—Flotando sobre un tronco. Las olas le llevaron todo el tiempo llegando a la playa con vida. Anduvo hacia el norte hasta los bordes de loa glaciares que retrocedían, y de nuevo hacia el sur cuando llegó el invierno.

—Durante mucho tiempo estuvo solo, pero no tan solitario como una vez había estado. Había aprendido a pensar. Sin saberlo estaba ya trabajando en el descubrimiento básico.

—Después encontró gentes que fueron amables. Debían haber sido emigrantes de su propia tribu, pues hablaban una lengua similar a la suya, pero entre ellos el pelo rojo estaba considerado como buena magia. Aunque había aprendido a dudar de tales creencias, se unió a la tribu. Con los principios de aquel descubrimiento y la ventaja que ahora tenía de su pelo rojo, pronto llegó a ser uno de los jefes.

—Pronto encontró una pareja y tuvo un hijo. Debía haber llegado a ser un patriarca con el tiempo, y nunca hubiera llegado a completar aquel primer escalón hacia la civilización, pero el desastre aun le perseguía.

—Ellos temían a las tierras altas por las grandes aves de presa que anidaban en aquellos lugares y que creían que eran los peligrosos espíritus de la muerte. Ni la misma noción de la reencarnación era nativo de los planetas de Kares.

El explorador sonrió.

—Y, según decían los sabios, la migración era innecesaria. Las aguas estaban furiosas porque algunos hombres impíos habían estado pescando sin hacer la ceremonia previa a los espíritus del lago. El mar se retiraría cuando los pescadores culpables fuesen descubiertos y condenados.

—El errante hombre pelirrojo, sin embargo, había visto el Atlántico pasar por la brecha que se produjo en la tierra, e incluso los derretidos hielos que alimentaban la inundación; por lo tanto sabía que nadie conseguiría que las aguas retrocediesen. Y los hermanos de su nueva esposa eran pescadores. Trató de salvar sus vidas.

—Temerariamente retó a los hombres sabios. Compuso una canción para dar su propia explicación de la catástrofe. Cuando la escritura y los psiónicos eran desconocidos, esos mnemónicos cánticos eran la única música. Armó a los amenazados hermanos con cobre, y les persuadió para que le ayudasen a construir una balsa.

—Sus protestas y el color de su pelo evitaron los sacrificios durante algún tiempo. Su mujer y sus cuñados estaban inquietos por el claro antagonismo que sentía hacia los hombres sabios, sin embargo, y

rehusaron embarcarse con él en la balsa cuando las rizadas aguas la recibieron.

—Al final, cuando las tierras de la tribu se quedaron reducidos a una pequeña isla, los asustados nativos perdieron el respeto por el pelo rojo. El mismo admitió que el desencadenado mar le había venido siguiendo durante casi toda su vida. Claramente él era el culpable.

—Incluso sus amigos tuvieron que rendirse ante la evidencia. Medio convencida de que era un espíritu monstruoso bajo la apariencia humana, su mujer le pidió que soltase la balsa y que se marchase donde pudiera. Pero él no quería marcharse solo. Antes de pedirle a su mujer que cogiese al niño y se fuese con él, los ancianos de la tribu le capturaron.

—Aquella noche la pasó en una cueva que hacía de cárcel. Podía oír las crecientes olas en el exterior y los hombres sabios cantando alrededor del fuego sagrado, preparándose para terminar con él. Bajo esta presión de la necesidad completó y reveló su descubrimiento.

—Compuso otra canción y la entonó a sus captores. Cuando su mujer y sus hermanos la oyeron, lo rescataron de los hombres sabios y le siguieron a borde de la balsa. Los vientos y la corriente los llevaron hacia el sur, a las nuevas costas del norte de Africa. El guio a los demás hacia las tierras altas del interior. Antes de su muerte se habían instalado aquí en este oasis.

Aparentemente eran todavía salvajes. Se vestían con pieles de animales o iban desnudos, y sus primeras moradas aquí fueron agujeros en el suelo. Casi todas sus armas y utensilios eran todavía de piedra o hueso o incluso de madera quemada, pero aquel genio de barba roja había inventado la herramienta esencial de la civilización.

—Ya, durante el tiempo que anduvo errante, el nuevo artefacto les había proporcionado el principio del cultivo. El viejo inventor lo había usado durante los últimos años cuando estaba demasiado endeble para los trabajos físicos, para descubrir las primeras maravillas de las matemáticas. Uno de sus nietos, con su ayuda, inventó una especie de escritura por medio de dibujos para ayudar a la conservación de sus preciosos cantos.

—En otros quinientos años, empleando ese indispensable artefacto, sus descendientes hacían simples experimentos con magnetismo y electricidad estática. Sus descubrimientos les condujeron en unos cuantos siglos más, a una labor más peligrosa con la ficción atómica. Afortunadamente, con su invento, estaban mejor preparados para el impacto del átomo que estos salvajes que lo han vuelto a descubrir

recientemente. Por la época en que empezaron las grandes epidemias a maltratar su existencia, sus herederos habían llegado más lejos en el conocimiento del átomo para desenterrar las grandes energías del pequeño neutrino. Escaparon a las estrellas, llevándose consigo aquel gran invento.

Cuando el pequeño explorador hizo una pausa, el sudoroso inspector se aclaró la garganta.

—Bien —dijo—. ¿Qué era aquello?

—¿No lo ve usted? Pero entonces no estaba usted condicionado? —Con expresión de condolencia, el científico señaló el detector—. ¿Por qué no deja usted que sea el propio inventor el que se lo diga con su canto mnemónico?

El inspector echó una mirarla al instrumento psiónico.

—Eso me produce dolores de cabeza —musitó—. Y es demasiado difícil de comprender. ¿No podría usted darme su propia traducción del canto?

El explorador echó una mirada al reloj nativo sujeto a su muñeca y gruñó impaciente—. Recuerde el tiempo que me queda —murmuró suavemente—. Temo que sea demasiado largo de explicar.

—¿No podría usted decirme...?

—Póngase el aparato si quiere usted saberlo.

Temeroso ante esta súbita firmeza, y un poco humillado ante la sagrada voluntad del hombre que él había condenado, el inspector ajustó la cabeza del detector. Una vez más, el instrumento le produjo resentimiento por las maravillas psiónicas que le estaban negadas. Mirando fijamente el fragmento de viejo bronce no vio nada más. No vio nada hasta que el explorador habló.

—La canción empieza con una serie de imples vulgaridades —dijo —. Con los evidentes axiomas de la inteligencia, pero recuerde que no eran vulgaridades para aquellos salvajes que rotaban preparando ahogar al inventor. Aquellas historias eran entonces nuevos descubrimientos, llenos de una fuerza nueva.

La cabeza del inspector estaba ya dolorida, porque las impresiones del detector habían empezado a llenar otra vez su cerebro. El alto prisionero estaba de pie junto al fuego, atado con correas, pero invencible. El rojo, resplandor del friego, atado con correas, pero invendible. El rojo resplandor del fuego brillaba en su barba, reflejándose en las negras aguas que había cerca de sus pies, tiritando sobre los asustados hombres que esperaban para matarle. Un niño lloraba, en algún sitio de la oscuridad. Una mujer sollozaba, entonces el prisionero cantó.

El inspector trató de captar las palabras, pero el esfuerzo sólo aumentó la agobiante presión que sentía en la cabeza. Sus manos se elevaron para desconectar el aparato.

—No. —La voz apremiante del explorador se detuvo—. Puede usted entenderlo todo, si sólo se lo propone. Porque el inventor empieza en una forma muy simple diciendo cómo los errores de los hombres sabios le habían enseñado a dudar de todo y cómo había aprendido a buscar la verdad. Escúchelo.

De mala gana, el inspector volvió a colocar el aparato en su sitio. Estuvo durante algunos momentos haciendo el gran esfuerzo mental que requería el detector y después se aflojó el cabezal con impaciencia, volviéndose hacia el explorador con aire desilusionado.

—¿Es esto lo que fue? —murmuró incierto—. No es más que una forma de pensar.

—¿No era eso suficiente? —preguntó el explorador con rapidez—. Le enseñó a los hombres a pensar. En ese canto, declaraba la libertad de pensamiento, contra el hábito, la ignorancia y el miedo. Lo que él inventó, no fue nada menos que el cerebro humano.

Sonrió con gravedad ante la expresión asombrada del inspector.

—Ya sé que la parte material del cerebro ya existía —dijo—. Así como los neutrinos también existían antes de que fuesen empleados en las comunicaciones interestelares. Aquellos salvajes que esperaban apaciguar el cataclismo con una vida humana, tenían cerebro con las mismas células que nosotros, pero no habían aprendido a usarlas.

—Esto puede ser verdad —dijo el inspector con un gruñido—. Pero aún no consigo comprenderlo por completo.

—Trate otra vez. —El explorador señaló al detector—. Las palabras no pueden expresar bastante. Sólo los psiónicos pueden hacerle ver el completo significado del triunfo de aquel hombre. Era un genio. Con sus propias intuiciones, después de que hubo establecido su independencia mental, comprendió las capacidades de la mente liberada mucho más completamente que estos pobres salvajes que nos rodean hoy, a pesar de sus desatinados esfuerzos por lo que llaman psicoanálisis y psicología.

El inspector agitó la cabeza, dudoso.

—¿Pudieron existir los hombres, como usted dice, miles de años antes que él sin saber cómo pensar?

—Muy pocos lo saben, incluso ahora. —El explorador hizo una torcida mueca.

—Posiblemente, desde luego, la ciencia del pensamiento ha sido inventada por otros hombres antes que él, a pesar de que pocas

mentes han alcanzado jamás el calibre de la suya, incluso con mejor condicionamiento. Pero él pasó al arte. Luchando aquella noche .por su vida, empleó todo lo que sabía para forzar a otros hombres a pensar por sí mismos. Y el proceso, doloroso seguramente, todavía no se ha detenido por completo.

—Pero deje al detector que se lo diga.

Cautelosamente, el inspector se ajustó el aparato otra vez. En un momento sus recias manos se elevaron con aprensión para quitárselo, pero algo le conmovió. Se detuvo y asintió, y se volvió a sentar con una profunda intensidad en sus ojos saltones. Sus manos ge relajaron y las dejó caer.

Después de mucho tiempo, desconectó el aparato con tanta desgana como se lo había puesto. Durante un momento estuvo sentado mirando fijamente al explorador, como demasiado conmovido para pronunciar palabras. Sus gruesas facciones temblaban con la emoción y súbitamente aspiró con fuerza en busca de aire. «Esto marca una diferencia», musitó secamente. «¿Sabe usted que puedo verme reflejado en ese salvaje, incluso aunque él no tuviese un alma con la que renacer? Los problemas de su desgraciada juventud fueron los mismos que me han seguido a mí desde Kares II, y he encontrado las respuestas a la mayoría de mis dudas en esta canción.»

Inclinado sobre el detector, mirando fijamente aquel deforme trozo de viejo metal y sonriendo un poco a las cosas olvidadas, el explorador parecía no oírle.

—Esto marca toda la diferencia. —Elevó su fuerte voz para obtener la atención del pequeño explorador—. He intentado aprender a pensar. Si esos salvajes lo hicieron sin aparatos psiónicos, yo también puedo hacerlo. Y ahora voy a volver a Kares II. Ahora están en otro ciclo; los hombres sabios están predicando la vieja fe de la muerte sagrada y la milagrosa resurrección. Creo que mi gente necesitaba este primer invento.

Se levantó bruscamente en aquel estrecho y caluroso recinto entre las estanterías y los bancos, preocupado por el silencio del hombrecillo. El sudor corría por su sanguinolento rostro. Sus gruesas manos temblaban y agitó su cabeza con incredulidad.

—¡No se preocupe por la Atlántida! —gritó con desesperación—. Yo me cuidaré de todo. Me llevaré conmigo todos sus artefactos, sus notas psiónicas y sus discos. Comprendo ahora porque los hombres deben conocer la verdad...

El desmayo se llevó su voz. Se inclinó con ansiedad para tocar el pequeño hombrecillo que se inclinaba sobre el detector y se echó

hacia atrás paralizado. El hombre sonriente había muerto.

IV

Cuando los nativos de la Tierra empezaron a probar sus primeros cohetes espaciales, un pequeño grupo de agentes secretos fue asignado para demorar un prematuro descubrimiento de la estación en la Luna. Infiltrándose en las reuniones, se burlaban de la importancia de los descubrimientos espaciales y cercenaban la incautación. Penetrando en las unidades administrativas alentaban el retardo y las equivocaciones de los juicios.

En las rampas de lanzamiento, saboteaban los cohetes que habían alcanzado de alguna manera la escala de pruebas. Amparados por los Covenants, sin embargo, no eran competidores de las ciegas bestias prehumanas de la ignorancia y el miedo. Y temían ver poco a poco cómo las rivalidades de las tribus salvajes levantaban más y mayores cohetes, llevando al desgraciado planeta a una crisis de contacto.

El viejo Mark Whitherly tosió y se estremeció febril, cuando la historia del explorador asesinado se difuminó, como si él mismo hubiese presenciado su propia disolución. Penwright se inclinó para susurrar algo al oído de su ayudante. Su carcajada retumbó con sonoridad.

—¡Su Equidad, estos fuimos nosotros! —Coral Fell se aproximó a Scarlet que se había vuelto—. El disco de Mark prueba que la Tierra es nuestro planeta de origen. Lo que aquel niño medio desnudo inventó fue nuestra propia civilización galáctica. Esas gentes son nuestra raza madre, a pesar de todo lo que han olvidado. No puedes permitir que nadie les asesine.

—¡Por favor, Coral! —Penwright la reprobó con un frío gesto y se volvió con suavidad al banco—. Si Su Equidad cree que el ataque salvaje de la Tierra nos va a dejar tiempo para más entretenimientos, tenemos una transcripción más que ofrecer como evidencia. Muestra a esas degeneradas bestias como la sucia miseria que son.

Scarlet echó una mirada a la puerta con genuino mal humor. Si Flintledge estaba pretendiendo obtener un precio más bajo, le daría una buena lección.

¡Dejaría que la Tierra fuese destruida!

—Si son peores que sus jueces, no merecen clemencia. —Miró fijamente a Penwright y después a Scarlet.

Con deliberada malignidad, se mordió sus pálidos labios mientras Penwright colocaba otro disco en el aparato. En la cúpula se hizo el silencio y se oscureció, palideciendo ante la viviente imagen de un

hombre enfurecido resoplando ruidosamente en la austera oficina de Rivers, el comandante de la estación predecesor de Newbolt. El visitante era un pesado individuo calvo con pequeños y helados ojos verdes hundidos en su grueso rostro amarillento. Tenía una genial sonrisa cuando obtenía lo que deseaba. Pero ahora no parecía muy contento.

—Hace ya bastantes años que hemos venido aquí, y puede usted ver quien soy. —Agitó sus películas psiónicas de identificación bajo las narices del comandante—. Soy un coleccionista. Intento coleccionar al menos uno de esos curiosos antropoides, a pesar de su estúpido disco rojo.

Las resplandecientes películas confirmaban su distinguido logro científico. Estaba autorizado para reunir especies para el mayor zoológico de la habitada galaxia, y el Servicio de cuarentena había sido requerido oficialmente para facilitar su búsqueda.

—Ya. —Rivers asintió respetuosamente, tratando de disimular un gesto de fastidio. El delicado encargo de salvaguardar la embriónica cultura de la Tierra, le había enseñado a tratar cautelosamente estas inesperadas amenazas—. Sus credenciales son ciertamente impresionantes. Le proporcionaremos toda la ayuda que nos sea posible. ¿No quiere usted sentarse?

El coleccionista no se sentó. Estaba terriblemente enfadado con el comandante. Dudó en voz alta de que las regulaciones del Servicio de cuarentena se hubiesen jamás aplicado a un planeta tan atrasado como la Tierra y propuso llevarse su ejemplar sin esperar más.

Rivers, que provenía de una civilización en la que se tenía muy en cuenta el valor de la cortesía y la reserva, emitió sonidos entrecortados a pesar de sí mismo ante los términos que le llegaban a través de su traductor psiónico, pero intentó contener su impaciencia.

—Biológicamente, esas criaturas son humanas —contestó con firmeza—. Y nosotros estamos aquí para protegerlas.

—¡Humanas! Estalló el coleccionista—. Cuando nunca han llegado más lejos de su fétido y mísero planeta.

—Un grupo bastante degenerado —asintió el comandante con pesar—. Pero sus orígenes humanos han quedado bien establecidos, y tendrá que dejarlos solos.

El coleccionista estudió el rostro del comandante y moderó su voz.

—Todo lo que necesitamos es una simple muestra, y no vamos a hacerle daño. —Recobró su jovial sonrisa—. Al contrario, la criatura que nos llevemos será la más afortunada del planeta. Llevo metido en esto bastantes siglos y conozco el terreno que piso. Si usted nos

permitiese que pidiésemos un voluntario para venir con nosotros, la mitad de la población del mundo se nos ofrecería.

—No puede usted hacer eso —dijo Rivers con firmeza—, nuestra primera obligación aquí, e» proteger esta joven cultura de la influencia del exterior que pueda perjudicar su natural desenvolvimiento.

—No se preocupe —gruñó el hombre gordo—. Somos expertos encubiertos. La muestra que nos llevemos nunca sabrá que ha sido cogida, si es eso lo que usted quiere.

—No es eso. —El comandante se levantó abruptamente—. Les proporcionaré toda clase de ayuda, pero si descubro que han tratado ustedes de secuestrar alguna de estas gentes, confiscaré su nave.

—Entonces guárdese sus preciosos seres —gruñó desagradablemente el coleccionista—. Continuaremos con nuestros estudios del terreno. Muestras vivientes no son en realidad muy importantes ahora. Nuestros técnicos han preparado auténticas exhibiciones, con sólo réplicas animadas.

—Muy bien. —Rivers ensayó una amarga sonrisa—. Con esa condición, pueden ustedes aterrizar.

Asignó dos inspectores para ayudar al coleccionista y asegurarse de que fuesen respetadas las reglas de la cuarentena. Expertos camuflados fueron a la Tierra, para dirigir la expedición y encontrar la nave interestelar, unas semanas después en una cita en la parte del planeta donde se extendía la noche.

La nave volvió a la Luna, mientras los extranjeros pasaron varios meses viajando por el planeta, grabando discos psiónicos y recogiendo muestras de las especies no protegidas. Los inspectores informaron, que no había habido violación de los Covenants y todo marchó normalmente hasta la noche en que la nave volvió para recoger a la expedición.

Todo peligro evitable había sido cuidadosamente salvado. El coleccionista y su partida, llevaron sus muestras capturadas al lugar convenido en vehículos nativos, viajando como Hermanos Barstow, Exhibición de Animales Salvajes. La nave salió para recibirlos a media noche en un deshabitado lugar del desierto. Cientos de embarques como éste se habían hecho sin ningún incidente, pero aquella noche, las cosas no fueron bien.

Un antropoide nativo se acababa de escapar de su prisión. Aunque los furiosos hombres de su tribu le habían perseguido, él los había burlado en una serie de coches robados. Ellos bloquearon las carreteras, pero él, se les fue de entre las manos, internándose en el

desierto. Cuando su último vehículo se atascó, cruzó un macizo de secas colinas a pie en medio de la oscuridad. Un imprevisto peligro le hizo cambiar de ruta cerca de donde esperaba la nave interestelar.

Sus perseguidores descubrieron su coche abandonado y obligaron a los disfrazados extranjeros a buscar en sus camiones, advirtiéndoles que un peligroso criminal andaba suelto por los alrededores. Para mantener a los nativos alejados de la nave, los inspectores inventaron una historia de un asustado hombre a caballo, que galopaba como un loco en dirección opuesta.

Guiaron a los oficiales nativos donde les dijeron que había visto al imaginario jinete y les mantuvieron ocupados todo el tiempo. Mientras tanto, la expedición estaba a bordo de la nave, los coches nativos y todo, a salvo de vuelta al espacio.

Los nativos nunca llegaron a capturar a este prisionero. Aprovechando esa oportunidad entre un millón que nunca podía ser eliminada por el más competente servicio encubierto, había subido a bordo de la nave.

El fugitivo era un muchacho joven. Físicamente tenía suficiente apariencia humana, incluso tenía un aspecto agradable. Estaba delgado por el severo régimen de la prisión y se mantenía desafiantemente derecho. Alguna vieja riña le había dejado una fea cicatriz que le cruzaba una mejilla. Sus delgados labios se curvaban en gesto enfurruñado, tenía un aire de reposada alerta y una especie de astuta gracia. Era incluso lo suficientemente humano para llevar vestidos y tener un nombre. Sus sucios adornos estaban hechos de fibras torcidas, animales y vegetales, y pieles de animales muertos. Se llamaba Casey James.

Iba armado como un caníbal de la jungla, sin embargo, con un afilado cuchillo de metal. Su cuerpo, como todo su planeta, estaba contaminado con organismos parásitos. Temblaba de miedo y de cansancio como un animal acosado, la noche en que equivocadamente se metió en la nave. La angustia del hambre había pasado, pero una herida de bala en su brazo derecho le mordía con insoportable dolor.

En la oscuridad, ni siquiera vio la nave. Los coches estaban detenidos en el camino, y el conductor del último lo había abandonado mientras fue a ayudar en la colocación de la rampa. El antropoide subió al coche y se escondió bajo una lona antes de ser conducido a la nave.

Aunque debió de alarmarse al ver que ésta no pertenecía a la Tierra, permaneció escondido durante varios días. Con su instinto animal, ordeñó uno de los animales que iban de muestra para beber, y

durmió en la cabina de un coche vacío. Organismos malignos se iban acumulando en su brazo herido, sin embargo, ni el dolor le hizo salir de su escondite.

Se aproximó al ayudante que daba de comer a los animales, intimidándolo con su cuchillo, y le pidió cuidados médicos. Le desarmaron sin dificultad y le llevaron al médico veterinario. El coleccionista le encontró allí, ya curado y desinfectado, sentado en su cama.

—¿Dónde nos dirigimos? —quiso saber.

Asintió sin sorpresa aparente cuando el coleccionista le comunicó su misión y el destino de la nave.

—Su servicio encubierto no es tan eficaz como usted cree —dijo—. Yo mismo he visto sus platillos volantes.

—¡Platillos volantes! —el coleccionista hizo un gesto despectivo—. No tenemos ninguno. La mayoría de ellos no son más que reflejos de luz producidos por inversiones atmosféricas. Los agentes de la cuarentena están haciendo un libro para explicar esto a la gente.

El antropoide hizo un gesto.

—Creo que todavía estarán devanándole los sesos para averiguar cómo lo« he burlado—. Hizo una pausa para tocar el brazo vendado, como evidente apreciación del civilizado cuidado arte había recibido —. ¿Y cuándo llegamos a ese fantástico zoo suyo?

—Usted no llegará —dijo el coleccionista—. Yo quería exactamente un ejemplar tal como usted es, pero los oficiales de la cuarentena no me han permitido coger ninguno.

—Así que tiene usted que deshacerse de mí.

El traductor psiónico rebeló la peligrosa desesperación del ejemplar humano, incluso antes de que su duro cuerpo se envarase.

—¡Espere! —El coleccionista se echó hacia atrás con rapidez—. No se alarme, no le haremos daño. No podemos destruirle ni para escapar a la detención. Ningún hombre civilizado puede destruir una vida humana.

—Nada de eso —gruñó la criatura—. Pero si no van ustedes a lanzarme al espacio, entonces qué…

—Si los agentes de la cuarentena me sorprenden teniéndole a usted a bordo, cancelarán nuestros permisos y confiscarán todo lo que llevamos. De algún modo tenemos que llevarle a usted a la Tierra.

—Pero yo no puedo volver. —El antropoide se mordió los labios con nerviosismo—. Maté a un guardián. Si me cogen otra vez, no habrá nada que me libre de la silla eléctrica.

Los asustados y oscuros ojos de la criatura miraron al coleccionista

astutamente.

—Si me devuelve usted será como matarme.

—Al contrario. —Los gruesos labios del coleccionista se distendieron y una media sonrisa animó su ancho rostro, excepto sus pequeños ojos helados—. La vida humana es sagrada. Podemos arreglarlo de forma que sea usted la persona que más a salvo se encuentre de los suyos y también el más feliz, tan pronto como esté usted dispuesto a cumplir dos simples promesas.

—Qué son…

—Primero, prometer que no hablará usted de nosotros.

—Eso es fácil. —Hizo un guiño—. De cualquier modo, nadie me creería.

—Los agentes de la cuarentena sí le creerían. —Los fríos ojos del coleccionista se empequeñecieron—. Sus agentes secretos están alertas a los rumores de cualquier violación.

—O. K., mantendré la boca cerrada. —La criatura gruñó—. ¿Qué más?

—Segundo, prometerá usted no volver a matar.

El antropoide se envaró.

—¿Y eso qué tiene que ver con usted?

—No podemos permitir que destruya usted a ninguno más de sus semejantes. Ahora que está usted en nuestras manos, la culpa recaería sobre nosotros. —El coleccionista se inclinó sobre él—. ¿Lo promete?

El antropoide se mordió pensativo el labio inferior. Sus hostiles ojos miraban sin ver. El coleccionista captó un reflejo de sus pensamientos a través del traductor y dio un paso atrás desconcertado.

—Los polis están locos buscándome —murmuró—. Tengo que cuidar de mí.

—No se preocupe. —El coleccionista abrió sus largos dedos—. Podemos obtener el perdón para usted con que diga que no volverá a matar.

—No. —Delgados músculos endurecieron sus puños—. Hay un hombre al que tengo que matar. Esta es la principal razón por la que me escapé de la cárcel.

—¿Quién es ese enemigo? —El coleccionista frunció el ceño—. Por qué es tan peligroso.

—No es tan peligroso —gruñó el salvaje—. Tan sólo le odio.

—No le comprendo.

—Siempre tuve ganas de destrozarle la cara a patadas. —Los labios finos de la criatura se curvaron—. Siempre desde que éramos niños y estábamos juntos en Las Verdades.

—Así, ¿no ha recibido usted nunca un tratamiento de educación para contrarrestar esa monstruosa obsesión? —El coleccionista agitó la cabeza con incredulidad, pero el antropoide lo ignoró.

—Se llama Gabriel Meléndez —dijo—. Un tipo sucio y grasiento, pero alardea de ser tan bueno como yo. Yo tenía dinero que me daba una tía rica, y él estaba hambriento la mayoría de las veces, pero nunca se quedaba en su sitio. Incluso cuando no era más que un mocoso, sabía que yo podía pegarle porque era mayor, siempre estaba buscando pelea. —Hizo una pausa—. Tengo que matarle.

—Increíble obsesión! —El coleccionista miró con repugnancia los contraídos labios y el rostro enrojecido de la bestia humana—. ¿Qué es lo que esa criatura le ha hecho?

—Se llevó a la chica que yo quería. —El hombre respiró profundamente—. Puso a la policía tras de mí. Al menos yo creo que fue él, porque fui capturado un mes después que volase la oficina donde trabajaba. Creo que me denunció. Tengo que cogerlo.

La bestia echó una mirada a los pequeños y brillantes ojos del coleccionista. Estaban fijos en él sin pestañear, con la frialdad de un reptil. Por fin el hombre exclamó con brusquedad.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Pateó deliberadamente sobre el limpio suelo haciendo una mueca burlona ante la involuntaria alarma del coleccionista—. ¿Qué ofrece a cambio de que no le mate?

El coleccionista cambió su aturdida expresión.

—Somos expertos encubiertos y conocemos su planeta. —Una persuasiva sonrisa se extendió en su rostro—. Nuestros recursos son perfectamente adecuados para conseguir todo lo que usted pida. Sólo tiene que dar su palabra de que no volverá a matar, y de que no hablará de nosotros. Ahora dígame qué es lo que desea.

—Primero, quiero a la chica —murmuró con rapidez—. Carmen Quintana era su nombre antes de que se casase con Gabe. Puede que les cueste un poco de trabajo, porque yo no le gustaba en absoluto. Casi me sacó los ojos una vez, incluso antes de que disparase sobre su antiguo hombre en la oficina—. Sus blancos dientes brillaron y su expresión pareció la de un gorila—. ¿Cree usted que puede conseguir que venga conmigo?

—Creo que podemos. —El coleccionista asintió suavemente—. Nosotros podemos arreglarlo casi todo.

—Será mejor que arreglen esto. —La oscura y delgada mano del antropoide hizo un nuevo gesto—. Y haré que se arrepienta de haberse fijado en Gabe.

—¿Pretende usted hacerlo daño?

—Eso es cuestión mía. —La bestia rio—. Ustedes, llévenme a Las Verdades. Es una pequeña ciudad de adobe en la costa.

El antropoide hizo una lista de las demás cosas que quería, y terminó haciendo una cruz sobre su corazón en un gesto ritual para solemnizar su promesa. Supo cuando la nave interestelar aterrizó de nuevo, pero tuvo que permanecer a bordo bastante más tiempo, viviendo como un prisionero en una pequeña celda, mientras esperaba que los extranjeros completasen su encubierta labor para preparar su vuelta. Ardía de impaciencia paseando arriba y abajo de la cerrada habitación como una fiera enjaulada, cuando por fin el coleccionista abrió la puerta.

—Me está usted volviendo loco —dijo al calvo extranjero—. ¿Cuál es la causa de tanta espera?

La gente del servicio de cuarentena —gruñó el coleccionista—. Tuvimos que preparar algunos permisos nuevos por cada paso que hemos dado, pero no creo que lleguen a sospechar nada, ¡y aquí estamos!

Introdujo una pesada pieza de equipaje primitivo en la habitación y se enderezó junto a él, bufando y resoplando con el ancho rostro cubierto de sudor.

—Ábralo —dijo—. Puede usted comprobar que nosotros cumplimos nuestra parte, no olvide de cumplir la suya.

El antropoide se arrodilló para desatar con ansiedad el paquete y los simples documentos que estaban en la bolsa. Levantó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Dónde está? —exclamó.

—Ahí está todo —dijo el gordo coleccionista—. Sus papeles de perdón. Diez mil dólares en efectivo. Cuarenta mil en valores. Las ropas que usted especificó…

—Pero, ¿dónde está la escopeta?

—Todo ha sido arreglado para que nunca la necesite. —El coleccionista se balanceó sobre sus pies, sintiéndose incómodo—. Esperaba que cambiase usted con respecto a…

—Necesito protegerme.

—Nunca será usted atacado.

—Usted dijo que me daría un rifle.

—Efectivamente —dijo el coleccionista de mala gana—. Lo tendrá usted si insiste, cuando abandone la nave. Será mejor que se vista ahora. Queremos marcharnos dentro de media hora.

El Cadillac amarillo convertible que había pedido, estaba esperando en la oscuridad al final de la rampa; sus cromados brillaban

débilmente. El coleccionista bajó con él hasta el coche, y le entregó un pequeño y pesado paquete,

—Ahora no se vuelva —le advirtió el hombre—. Espere a que sea de día. Verá usted la carretera de Alburquerque a menos de una milla al este. A la derecha está Las Verdades. Hemos arreglado todo para que usted sea muy feliz allí, mientras no se atreva a traicionarnos.

—No se preocupe. —Hizo una mueca en la oscuridad—. No tiene que preocuparse en absoluto.

Se deslizó dentro del coche y conectó las luces. La caja se encendió como un árbol navideño. Se colocó cómodamente al volante mientras le llegaba el olor a piel nueva del lujoso coche.

—No se preocupe… —murmuró—. Lo que usted no sabe, no puede hacerle daño.

La rampa había sido retirada y metida dentro de la nave. El coleccionista saludó con la mano y desapareció. El aire se removió suavemente. El gran disco se elevó suavemente en la noche, como algo que cayese hacia arriba.

El nativo se sentó gesteando en su coche. Su mente estaba trabajando. Pensó en todo lo que había pedido y obtenido a cambio de una serie de estúpidas promesas que no estaba en condiciones de hacerle cumplir. Casi había recibido ya la mayoría de las cosas que había solicitado; pronto se encontrarían a cuarenta mil millas de distancia, o quizás cerca de las estrellas.

Puro en marcha el motor y condujo el tambaleante coche a través de loa marrones montecillos hacia la carretera. En pocos minutos estuvo en ella.

Gesteó burlón ante la señal. OASIS JOSE, ESTACION DE SERVICIO A OCHO MILLAS. Si hubiera tenido sus veinte años para incendiar el oasis y disparar sobre el viejo José. A quién le importaba ahora que su madre y su tía hubiesen gastado sus últimos cuartos pagando abogados para que lo librasen de la silla. Y qué importaba que Carmen le hubiese abofeteado en el juicio. Los extranjeros se habían cuidado de todo…

—¿Y si no lo habían hecho?

Cautelosamente, aminoró la velocidad y sacó el coche de la carretera cuando ésta se doblaba en una curva hacia el valle. Las lluvias de la primavera debían ya de haber venido, porque las rocosas laderas estaban salpicadas de flores silvestres y teñidas de verde con la nueva hierba. Los inmensos y viejos olmos a lo largo del río, estaban cubiertos de brotes de un delicado verde.

El valle parecía tan bondadoso como el rostro de su vieja madre,

cuando aún vivía, y la pequeña ciudad más allá del río parecía tan limpia y bonita que le hizo recordar a Carmen. Incluso el cielo estaba brillando como una bola de cristal azul, como si los extranjeros lo hubiesen lavado y esterilizado. Puede que lo hubieran hecho. Pedían hacer de todo, menos matar a un hombre.

Chasqueó la lengua recordando cómo había hecho su promesa.

—Puede que aquel alto y gordo idiota creyese que podía hacerle cumplir sus promesas. O, ¿había acaso algo raro en aquel paquete que él creía que contenía una metralleta?

Abrió el paquete. Allí en la caja estaba la automática que había pedido, un 45, con una cartuchera de municiones. Parecía que todo estaba en orden, incluso pesaba bastante. La sacó de la funda y saltó del coche para probarla.

Estaba apuntando a una botella de whisky que se hallaba al borde de la carretera cuando oyó cantar un pájaro en un cercano árbol. Le disparó y sonrió cuando cayó entre una nube de plumas marrones.

—Así caerá Gabe. —Sus duros labios se curvaron sardónicamente —. Diré que vino hacia mí como un perro rabioso, si es que alguien se entera alguna vez, y que tuve que detenerle para salvar mi vida.

Condujo el coche a través del puente hacia Las Verdades. Sabía que los extranjeros habían estado allí, porque las sucias calles estaban todas barridas y limpias, y la parte de madera de los bajos edificios de adobe brillaba con la pintura nueva; le llegó el olor a café y pan caliente cuando pasó delante del Café Esperanza.

Estos aromas humedecieron su boca seca con saliva, pero no se detuvo para comer. Con la automática descansando preparada en el asiento junto a él, se dirigió al oasis. Al principio el lugar le pareció desierto, y creyó por un momento que todos estaban escondiéndose ante su llegada.

Mientras esperaba observándolo todo detrás del volante tuvo tiempo de observar que los cristales rotos habían sido cambiados por otros nuevos. Incluso las señales de sus balas que quedaron marcadas sobre las paredes, habían sido recubiertas y toda la estación brillaba de pintura fresca, como todo en la ciudad.

Alcanzó el rifle cuando vio el chico delgado y moreno que venía del garaje, secándose las manos en un trapo. Era Tony, el hermano de Carmen, y sonreía con envidiosa adoración al Cadillac amarillo. A Tony siempre le habían gustado mucho los coches.

—¿Diga, señor? ¿Lo lleno? Entonces Tony le reconoció y dejó caer el grasiento trapo—. Casey Jame?—. Corrió hacia él—. ¡Carmen nos dijo que vendría usted a casa!

Preparó la metralleta para disparar pero vio que el chico sólo quería darle la mano. Se escondió el arma apresuradamente; no era Tony al que había venido a matar.

—Leímos todo lo referente a su perdón. —Tony permanecía de pie junto al coche mientras le dirigía miradas de admiración—. Ha sido una vergüenza la forma en que fue usted acusado, pero todos vamos a tratar de hacérselo olvidar ahora. —Los ojos del chico brillaban—. ¿Quiere usted que se lo llenen?

—¡No! —dijo secamente—. ¿Gabe Meléndez… no trabaja ya aquí?

—Claro, señor James. —Tony, retrocedió con rapidez como si el coche hubiese quemado sus delicadas manos morenas—. De ocho a cinco, pero no ha llegado todavía. Su casa es aquella blanca, más allá de la acequia madre.

—Ya lo sé.

Puso en marcha el coche. Retrocedió hasta alcanzar la calle, cruzó el puente sobre la acequia y se detuvo frente a la blanca casa. Escondió la metralleta dentro de su abrigo y corrió expectante hacia la casa.

Cogería a Gabe por sorpresa. Los extranjeros lo habían arreglado todo muy bien, al proporcionarle la evidencia de que era inocente de todo crimen. Gabe no debería de estar armado.

La puerta se abrió antes de que tocase el timbre, pero no era más que Carmen, pálida, sin su maquillaje, pero preciosa de todas formas, bostezando soñolienta y embutida en un alegre pijama rosa a medio cerrar. Se sobresaltó cuando le vio.

—¡Casey! Aunque pareciera extraño, ella sonriendo—. ¡Sabía que vendrías!

Se adelantó hasta él con ansiedad, como si esperara que él la tomase en sus brazos, pero él permaneció quieto recordando cómo lo había mirado ella en la sala del tribunal durante el juicio, por haber matado a su padre, con el odio reflejado en sus oscuros ojos. No se podía imaginar ahora que los extranjeros la habían cambiado.

—¡Oh! —Enrojeció y abrochó su pijama con apresuramiento—. No me daba cuenta de que estabas mirando, pero es que estoy tan emocionada. ¡Oh, Casey! Te he echado de menos tanto. Pero entra, querido. Me vestiré y prepararé el desayuno.

—¡Espera un minuto!

El agitó la cabeza mirándola fijamente, anonadado por la labor de los extranjeros. De alguna manera le habían timado. Él quería a Carmen, pero de esta manera. Quería luchar con Gabe para llevársela. Él quería que él lo siguiese odiando, para poderla castigar como a un

potro salvaje. El viejo coleccionista había sido muy listo y había hecho demasiado.

—¿Dónde está Gabe? —Palpó la fría metralleta—. Tengo que verle.

—No te preocupes, querido. —Se encogió de hombros—, Gabriel no está aquí. Ya no volverá a vivir aquí. ¿Sabes querido? Los policías me contaron muchas cosas cuando estuvieron aquí buscando las pruebas para probar tu inocencia. Entonces comprendí que era a ti al que be querido siempre. Cuando se lo dije a Gabriel se fue. Ahora vive en el hotel. Estamos tramitando el divorcio. No tienes que preocuparte por él.

—De todas formas tengo que verlo.

—No seas rencoroso, querido. —Su pijama se había desabrochado de nuevo, pero a ella no pareció importarle—. Entra y olvídate de Gabriel. Se ha portado muy bien. Sé que no nos molestará en absoluto.

—Seré yo el que moleste. —La cogió por fu brazo desnudo—. Vamos.

—¡No, por favor! —Ella se soltó retrocediendo—. ¡Me haces daño!

El la obligó a callarse y la arrastró fuera de la casa. Intentó regresar para vestirse, pero él la empujó dentro del coche y se acomodó junto a ella delante del volante. Esperó a que intentase salir para pegarle, pero ella se detuvo allí mientras sacaba un pañuelo y sollozaba.

El viejo coleccionista le había estropeado todo.

Metió la velocidad furiosamente como para hacer daño a los extranjeros, pero el motor respondió y de todos modos el platillo volante estaría muy lejos ahora.

—Allí está Gabriel —sollozó Carmen—. Allí, cruzando la calle, va a su trabajo. ¡No le hagas daño, por favor!

Aceleró el coche que saltó sobre el pavimento para atropellarlo, pero Carmen gritó y se aferró al volante cambiando la dirección. Gabriel saltó hacia un lado, se detuvo en la acera sin respiración y gesteando estúpidamente.

—Lo siento, señor. Creo que no iba atento… —Entonces Gabriel vio quien era—. ¡Hola, Casey! Estábamos esperando que volvieras. Después de todo tienes mucha suerte. —Gabriel se había acercado al coche, pero se detuvo cuando vio la metralleta. Su voz sonó chillona como la de un niño—. ¿Qué estás haciendo?

—Simplemente, que voy a matar a otra sucia alimaña, eso es todo.

—¡Querido! —Carmen agarró el fusil—. No…

El la empujó.

—¡No la golpees! —Gabriel agarraba la portezuela del coche con

las dos manos. Parecía enfermo. Su crispado rostro estaba brillante y sudoroso. Jadeaba ansiosamente para respirar y sus ojos, fijos en la metralleta, estaban dilatados por el terror.

—¡Detente!

Con la culata del rifle, pegó a Carmen en la cara y sonrió por la forma en que Gabriel tembló cuando ella gritó. Así era como él deseaba que fuesen las cosas.

—¡Trata de detenerme!

—Yo… yo no trato de pelear contigo. —dijo Gabriel con desmayo —. Después que todos no somos animales. Somos seres humanos civilizados. Yo sé que Carmen te quiere. Yo no me interpongo en vuestro camino, así que no tienes por qué buscar pelea…

El fusil detuvo la voz de Gabriel.

A pesar de eso, no calló. Permaneció allí de pie como una máquina rota, con las engarfiadas manos aferradas al coche.

—¡Muere, maldito!

Casey james disparó otra vez; continuó disparando hasta que se acabaron las municiones. Las balas martilleaban el cuerpo pero de todas formas no caía. Se inclinó para mirar las heridas y el roto metal que apareció bajo lo que era aparentemente la piel de la cara y el fluido hidráulico amarillo y caliente que brotaba del vientre; entonces retrocedió despacio ante lo que veía, agitando la cabeza y temblando como una fiera acorralada.

—¡Esa… cosa!

Con gesto enloquecido de animal feroz, arrojó la metralleta a lo que quedaba del rostro plastificado. Por fin, se dejó caer envarado. Algo sonó débilmente dentro cuando chocó contra el suelo.

¡No… no era un ser humano!

Pero era una excelente imitación. La otra cosa, lo que creyó que era Carmen, se recogió desde el fondo del coche, hablando suavemente con voz que le recordó la del viejo coleccionista.

—os tomamos mucho trabajo para que fuese usted el ser más feliz de todos. —Le miró tristemente, con los ojos limpios de Carmen—. Lo hubiera conseguido salo con cumplir su palabra.

—No… —Retrocedió temblando—. ¡No me m-m-mate!

—Nosotros nunca matamos —murmuró aquello—. No tiene que tener miedo de eso.

Mientras él permanecía sentado temblando, la figura saltó del coche y recogió lo que quedaba de lo que él creyó que era Gabe y lo llevó con facilidad hacia el garaje oasis.

Ahora comprendió que este lugar no era más que una copia de Las

Verdades, en algún lugar que no era la Tierra. Cuando miró al cristalino cielo azul, supo que no era más que una especie de pantalla. Sintió los millones de ojos extraños detrás de ella que le observaban como a un extraño monstruo enjaulado.

Enfiló el Cadillac a través del puente de la acequia y condujo ciegamente por el mismo camino de antes hacia la carretera de Alburquerque. Unas doce millas más lejos, la imitación de un agente trató de detenerlo, señalando las indicaciones de que la carretera estaba cerrada por obras. Se lanzó contra las barreras conduciendo el coche a través del imitado desierto hasta que se estrelló contra los barrotes de la jaula donde realmente se encontraba.

V

Haciendo un esfuerzo para impedir un prematuro contacto, los agentes que habían penetrado los programas de investigación exageraban los peligros del progreso. Luchaban contra todo esfuerzo realista para combatir los nuevos peligros de una nueva era. Manufacturaban aparatos que amplificaban el horror de la lluvia radioactiva. Con su propaganda de una ruina atómica universal, ponían impedimentos para la construcción de las defensas. Retrasaron las primeras aventuras espaciales, produciendo datos que engrandecían el trato con la radiación y multiplicando el riesgo de los micrometeoros.

Los habitantes de la Tierra los vencieron, sin embargo, con un enorme levantamiento de primitiva vitalidad. Levantados como por instintiva prisa por descubrir sus afines del espacio, los nativos que despertaban afrontaron los invisibles espectros del átomo y del espacio tan tenazmente como habían aprendido a través de largas generaciones para enfrentarse a los más temibles horrores de los gérmenes de sus propias enfermedades, las hachas de piedra y sus burdos carromatos. Ignorantes de la existencia de los Covenants, hombres tan indomables como el Mayor Tom Scoggins llevaron armas nucleares al espacio.

Mientras esa última transcripción se presenciaba en la agitada cúpula en la luna, Wain Scarlet seguía las aventuras del nativo antropoide con una incómoda fascinación, como si aquella desgraciada y no-condicionada criatura fuese él mismo.

A pesar de que la cúpula ardía de nuevo de ebullición, él se sentía perdido mirando fijamente en blanco el disco, hasta que al fin recordó que debía buscar Flintledge. Cuando no vio al tratante, una súbita llama de furia le envolvió. Se revolvió con tan salvaje fealdad como el primitivo ser que estaba en la jaula de la exposición. Cualquiera que fuese la razón para el juego del tratante, lo que quiera que ocurriese a este atrasado planeta, no consentiría que le privasen de la oportunidad de alcanzar las estrellas de la frontera.

—¿Cómo le sienta esto? Quitando su disco del aparato, Penwright miró con frialdad a Coral Fell—. Usted es la misionera de nuestra cultura galáctica. ¿Está usted segura de que puede regenerar a bestias semejantes como Casey James?

—Estaba enfermo —protestó con rapidez—. Era diferente a los demás.

—¿Qué me dice de esto? —Newbolt levantó la vista rápidamente del aparato dirigiéndose a la presidencia—. Su Equidad, mis monitores acaban de interceptar una señal electromagnética del cohete atacante, dirigida directamente a esta Estación. El que la envía parece tan violento como este animal.

—Por favor, traduzca el mensaje.

El sonido se extendió rápidamente por la cúpula, amplificado por el instrumento de Newbolt. Durante un momento fue muy extraño; entonces Scarlet reconoció una voz salvaje bajo la metálica distorsión del crudo sistema de transmisión. En otro momento, el traductor psiónico dio sentido a las embrolladas sílabas.

—Cohete Número Uno de las Fuerzas Espaciales de los Estados Unidos, Mayor Tom Scoggins al mando, llamando a la base no identificada del ecuador lunar.

—¡Identifíquese! La potente voz resonó de nuevo—. Expliquen sus intenciones inmediatamente. De otro modo nos veríamos obligados a actuar para asegurar la incolumidad de Estados Unidos!

—¡Wain, este es nuestro contacto! —La voz de Coral se elevó alegremente—. Puedes decir que el Mayor Scoggins está desesperadamente asustado, pero este mensaje prueba que es humano. ¿Cómo podemos esperar?

—Nosotros... pues... no podemos. —Atacado por una ola de inesperada emoción, Scarlet se volvió indeciso hacia Newbolt—. Yo... me... me veo obligado a enviar una respuesta...

—¡Equidad!

El grito hizo que mirase hacia la puerta. El apuesto y joven banquero de Vegan entró apresuradamente en la cúpula, agitando un fajo de documentos psiónicos. A la vista de ellos Scarlet se sintió aturdido. Aquí, en el último momento, llegaba su largo sueño hecho realidad. Aquí llegaba su escapada para siempre de todas las heridas y burlas y la cruel simpatía que había tenido que sufrir de aquella gente maravillosa. Aquí llegaba la gloriosa venganza de su incondicionada fealdad. Cerró los ojos, tratando de recobrar la frágil máscara de judicial severidad.

—¡Equidad! —La voz apresurada del banquero pareció venir de muy lejos—. El Capitán Flintledge quiere que presente estas nuevas pruebas de evidencia. Estamos seguros que le haré desistir de aprobar el contacto, y el proyecto de pantalla y que abrirá la Tierra al comercio galáctico.

Temblándole las manos, Scarlet aceptó los documentos. Aunque sus ojos estaban embotados, pronto comprobó que contenían

exactamente lo que había pedido, la nave neutrónica y la mitad de su carga en bienes y maquinaria, legalmente cedidos a su nombre.

—¿Qué es eso Equidad? ¿Qué clase de incondicionada aberración puede ahora demorar su decisión? —La tumultuosa indignación de Newbolt le alcanzó débilmente—. ¿Tengo que recordarle que nuestro atacante antropoide está ya armando sus proyectiles?

—Yo… estoy estudiando las circunstancias.

Scarlet se levantó indeciso, respirando con fuerza. Las importantes circunstancias eran los documentos que tenía en las manos. Aunque su decisión sacrificase a este mundo, esto le pondría en condiciones de colonizar cientos de otros nuevos planetas cuando alcanzase la frontera galáctica. Quizá redundase en beneficio propio, pero también supondría la expansión de la civilización humana.

A pesar de eso, otras irrelevantes circunstancias zumbaban molestamente en su imaginación.

La decisión del príncipe del accidentado yate brillaba con más fuerza que las lunas en el pelo de Coral. También veía la ciega locura de Casey james. Pero también la tranquila y disciplina desesperación del Mayor Tom Scoggins era da algún modo inesperadamente la suya propia.

Secamente hizo un gesto para imponer silencio.

—He dado… la debida consideración a todas las pruebas que han sido presentadas aquí. —Dejó que su voz lenta tuviese un dejo ofensivo—. He revisado los Covenants del No-Contacto, y todo el cuerpo de la ley galáctica y costumbres relativas a la crisis de contacto. Estoy preparado para… decidir.

Hizo otra pausa.

—Decreto que ninguna crisis de contacto…

Coral se levantó indignada. El viejo Whitherly se tambaleó y cayó. El banquero vociferó. Newbolt y el oficial de señales gritaron su aprobación. Un fuerte ruido acalló sus voces.

En el barullo que siguió a esta sorprendente interrupción les hizo esperar de nuevo. Se rascó su puntiaguda nariz, saboreando deliberadamente su sufrimiento.

—La evidencia me convence de que esta cultura nativa no puede sobrevivir en un contacto sin control. —Ignorando el pernicioso entusiasmo del banquero, estudió la inquietud de Newbolt y Penwright, haciendo una nueva pausa para saborear lo que pensaba hacer—. Sin embargo estoy igualmente convencido de que son seres humanos.

Dejó que su voz decayese y fastidiase.

—Consciente de mi obligación bajo los Covenants, desapruebo por lo tanto el proyecto ele señales. Ordeno al Comandante Newbolt y sus sucesores continuar la cuarentena de la Tierra basta que su cultura nativa sea declarada preparara para el contacto.

Se detuvo de nuevo para disfrutar la incredulidad del oficial de señales.

En cumplimiento de esta decisión, ordeno a Newbolt que intercepte al salvaje Tom Scoggins sin innecesarios daños para él ni para su tripulación. Sugiero que se los inscriba en el Servicio de cuarentena, como agentes encubiertos actuando para prevenir cualquier futura expedición de la Tierra al espacio.

—¿Por qué, Wain? ¿Por qué? —Coral lo miró fijamente llegando hasta él la pálida y fría llama que danzaba enfadada a su alrededor—. ¿Por qué has hecho esto?

Él se limitó a sonreírle con su ofensivo cliente, hasta que ella salió sonriendo de la cúpula. Newbolt y el banquero salieron detrás de ella. El oficial de señales se volvió para seguirlos, pero se volvió bruscamente.

—Equidad. —Su fría voz sonó pretenciosa y lenta—. ¿Puedo preguntar por qué?

—No tiene usted derecho a preguntar. —Scarlet hizo una pausa para vigilar los signos de tensión que estropeaba su dura máscara de calmosa perfección—. Sin embargo no me importa decírselo. Vine aquí preparando para tomar una decisión diferente. Usted mismo me ayudó a cambiar de idea con la evidencia que me ofreció sobre los habitantes de la Tierra. Incluso la historia de su imperfección me ayudó a persuadirme de que son tan humanos como yo. Parece usted sorprendido por mi forma de actuar. Quizá yo también lo esté. ¡Sorprendido, pero contento!

Penwright no quiso escuchar más. Su pantalla se había esfumado. Quitó el disco murmurando. Cuando por fin miró de nuevo a Scarlet, su fría máscara era otra vez maravillosa.

—Su Equidad —murmuró suavemente—, tengo otra sorpresa para usted. Creo que su sorprendente veredicto pronto será revocado por una autoridad más alta, en favor del proyecto de señales.

—¡Tenga cuidado! —exclamó Scarlet—. Será usted desdeñado.

—Lo estoy —asintió Penwright con serenidad—. Puedo permitírmelo porque acabamos de recibir otro mensaje de un pasajero de otra nave del Servicio que se acerca. Es un viejo socio suyo de la oficina de cuarentena en Denebola IV ¿Recuerda usted a Warden Thornwall?

—¿Por qué ha venido?

—Hay algo en el pasado de usted —Penwright chasqueó la lengua —. Un entretenimiento en los discos oficiales. Alguien descubrió que usted estaba inadecuadamente condicionado para su misión aquí. El director regional mandó a Thornwall para que ocupe su puesto.

Scarlet se lo quedó mirando sin hacer ningún movimiento y sin poder pronunciar palabra, con todas sus nuevas resoluciones acalladas por el pánico. Siguiéndole de cerca a la velocidad de la luz, su pasado le había vencido. Su impulsivo gesto por ayudar a las gentes de la Tierra le había costado todo.

—Thornwall es un antiguo amigo mío y compañero de colegio. —Penwright resplandeció de placer—. Una vez le salvé la vida, cuando estábamos haciendo el buceo de planetas detrás de las luces volantes y él se sintió cogido en uno de sus nidos magnéticos. Creo que puedo fiarme en que aprobará el proyecto de destrucción.

—Puede que lo haga —dijo Scarlet—. Pero no basta que llegue.

Aun desafiante en su luz judicial, abandonó la mesa y se dirigió hacia Mark Whitherly que estaba sentado en silencio envuelto en polvo gris, siendo el único signo de vida en toda su persona sus brillantes y amargos ojos.

¿Dónde había ido?

—¿Dónde está Coral? —gritó Scarlet.

—¿Sabe usted lo que ha hecho? —El pálido gesto de Whitherly ignoró su impetuosa demanda—. Con su ceguera incondicionada, ha matado usted mi gran oportunidad de observar una crisis de contacto. Estoy pidiendo una eutanasia.

—Lo aprobaré con mucho gusto —exclamó Scarlet—. Pero, ¿qué ha sido de Coral Fell?

—La encontrará usted con Flintledge —susurró Whitherly débilmente en medio de su frío polvo—. ¡Si es que la encuentra usted!

Sintiéndose tan frío y fútil como el científico moribundo, corrió de la cúpula a la torre. Al nivel de la superficie, encontró una prohibición en rojo que le detuvo. Bajo ella, en las habitaciones de trabajo, dos o tres enfurecidos oficiales se sentían golpeados por las señales luminosas de emergencia y los amonestadores golpes de gong.

—¿Qué es todo esto? —gritó a través de la barrera —Pido acceso a mi nave.

Rodando desesperadamente de la pantalla al gong y de este al fondo, los expedicionarios parecían no oír Elevó la voz y agitó los documentos que establecían su título legal como dueño de la nave del tratante, pro todavía lo ignoraron. Furiosamente arremetió contra la

barrera. Esta atacó sus propios reflejos arrojándole hacia atrás con tanta fuerza que se tambaleó.

—¡Cuidado, Su Equidad!

La sardónica advertencia hizo que volviese los ojos hacia el banquero de Vegan, que estaba sentado en la pequeña sala de espera que había a sus espaldas.

—Debe usted relajarse además. —El pequeño banquero chasqueó la lengua desagradablemente—. Usted no va a ningún sitio.

—¿Por qué no?

—El puerto está cerrado.

—¡No permitiré ninguna coacción! —exclamó Scarlet—. Todavía soy el que manda y tengo un título legal sobre la nave...

—¡Tiempo perdido! —El banquero olisqueó los documentos psiónicos y los agitó con sus temblorosos dedos—. Temo que Flintledge era demasiado listo para nosotros. Ambos tenemos nuestros derechos legales, pero él tiene la nave. Temo que la ley no le alcanzará ahora.

—¿Dónde ha ido?

—Cualquiera sabe. —El banquero hizo un gesto—. Puede elegir su destino hacia las estrellas de la frontera. Puede hacer su elección entre billones de nuevos planetas aptos para saquearlos.

—Ya. —Scarlet asintió con amargura—. Eso es lo que yo esperé hacer. —Lanzó un largo suspiro—. Coral... —Se sintió desgraciado—. ¿Sabe usted dónde está?

—Se ha marchado con Flintledge, naturalmente.

—Si... lo comprendo. —Scarlet miró las cerradas salas de operaciones y se volvió al banquero con gesto de asombrada indignación—. ¿Qué tenía ella en común con ese monstruo incondicionado?

—Lo suficiente. —El banquero hizo una mueca—. Ambos estaban buscando criaturas primitivas para explotarlas, cada uno a su manera. Naturalmente se encontraron. Ahora pueden elegir sus nuevos mundos para civilizarlos de la forma que les parezca.

—¿Cómo se las arregló él? —Scarlet señaló la barrera que estaba tras él—. ¿Cómo pudo cerrar el puerto?

—Él no lo hizo —dijo el banquero—. Pero debemos concederle que sabe aprovecharse de lo que le conviene. Conduciendo la nueva nova con toda esta confusión a sus espaldas, no existe el peligro de que sea detenido.

—¿Una nueva nova? —La palabra interesó s Scarlet—. ¿Qué nova?

—En algún lugar en el León. —El banquero señaló al techo con

vaguedad—. El servicio de señales ha fallado al detectarla, por lo cual los operadores se están tirando de los pelos. —Señaló la barrera—. Flintledge debió recoger sus advertencias a tiempo para planear su vuelo antes de que cerrasen el puerto.

—Esto es curioso. —Scarlet se volvió para, mirar fijamente las vacilantes señales más allá de la barrera—. Es extraño que no hubiese ninguna advertencia. Trabajando en el provecto, los hombres de Penwright debían haber detectado todas las estrellas de este sector.

—Es extraño, de acuerdo. —El banquero chasqueó la lengua—. Saco en consecuencia, por todo lo que he oído a través de la barrera, que es más extraño de lo que pueda usted sospechar. No hay ninguna estrella invencible.

—Uh —Scarlet parpadeó—. ¿Quiere usted decir que es una nova artificial?

—Todavía no están seguros. La explosión actual no es visible aún. Lo que están recogiendo son los brotes preliminares de radiaciones de neutrinos. Estos brotes espaciales indican la misma secuencia de escalones de Penwright ha planeado usar para hacer una estrella duradera invendible.

—¡Pero no puede ser el faro interestelar! —Temeroso de pensar en lo que esto quería decir, Scarlet tembló y sintió como un escalofrío le recorría la espalda—. El servicio de señales ha computado la secuencia de estrellas para el engaño. Tenían que empezar por Sol.

—Creo entender que alguien ha hecho una computación diferente. —El banquero miró de soslayo a sabiendas a través de la barrera—. Aparentemente ese otro experto viene con una secuencia diferente de estrellas que incinerar.

—¿Qué experto? —Scarlet se sobresaltó—. ¿Quién?

—No estoy seguro. —El banquero carraspeó—. En todo caso, temo que su Equidad tenga otros problemas más inmediatos ahora. —Un dejo de malicia se dejó entrever en medio de su bien condicionada cortesía—. Aunque desgraciadamente no estoy en posición de ofrecer cargos, tuve el placer de oír que el Comandante Newbolt ha ordenado su detención.

—Soy inmune a su poder —dijo Scarlet con desesperación—. Además desde el momento en que he sido revestido...

—Pero su revestimiento pronto terminará —prometió el banquero desagradablemente—. La nave que llega ha hecho un aterrizaje feliz, a pesar de los disturbios neutrónicos. Tengo entendido que Warden Thornwall ha descubierto algunas embarazosas circunstancias que usted creía haber enterrado en Denebola IV.

Sin poder pronunciar palabra en su desesperada furia, Scarlet se volvió para dejar la sala de espera. Casi chocó contra Newbolt y Penwright en la puerta del ascensor. El oficial de señales hizo un gesto malicioso, pero Newbolt habló con rígida corrección.

—¿Quiere Su Equidad por favor esperar aquí a Warden Thornwall?

El banquero les siguió a través de la desierta y pequeña habitación. Los tres se sentaron cuchicheando mientras lo observaba con fría irrisión. Él se hundió en sí mismo silenciosamente, levantando una pantalla de sonido para acallar sus burlas. Esperando miserablemente en su insegura pequeña celda del silencio, se preguntaba inexpresivo quién podría estar explotando soles para hacer otra señal intergaláctica.

No encontrando respuesta, se sorprendió pensando en el niño medio desnudo que había inventado la civilización, o ¿sería que el explorador moribundo había confundido sus artefactos? Si aquel lobo hubiese alcanzado al muchacho antes de que cogiese el trozo de cobre, ¿hubiese sido diferente la historia galáctica? ¿Hubiera vivido él mismo para alterar aquellos discos en Denebola IV? ¿Hubiese probado el proyecto de Penwright? ¿Estaría esperando aquí ahora? ¿Qué hubiera…?

La barrera tintineó y se desvaneció. Newbolt se levantó sintiéndose importante y se dirigió a la sala de operaciones. Desechando sus preocupadas cavilaciones, Scarlet se levantó con lentitud, esperando como paralizado que Thornwall le despojase de su resplandeciente vestidura.

El guardián irrumpió en la sala de operaciones.

—Aquí está su hombre, señor. —Newbolt le saludó con un desdeñoso gesto hacia Scarlet—. Lo tengo detenido, pero tiene la osadía de pedir judicial inmunidad.

—¡Hola, Wain! Thornwall parecía más viejo y su oscura belleza extrañamente apagada, como si los largos años-luz que había cruzado le hubiesen afectado. A pesar de eso su cansada sonrisa tenía algo de benignidad. Pasó delante de Newbolt hacia le pequeña sala de espera para estrechar la mano de Scarlet.

—Perdóneme por sacar a relucir sus pasadas culpas. —Thornwall era el único que sonreía—. Cuando envié ese mensaje acerca de los discos, tenía entendido por lo que me dijo Newbolt que iba usted a hacer un disparate. Afortunadamente, su decisión sobre la crisis aquí ha sido una magnífica vindicación.

—¿Qué significa esto? —Newbolt se había vuelto para seguirlo con una mirada feroz—. Warden Thornwall, ¿debo entender que está usted

aprobando la increíble decisión de este incondicionado criminal?

—Eso será en su opinión. —Una inconmovible sonrisa resplandeció en el oscuro rostro de Thornwall—. Sin embargo, apruebo abiertamente la acción judicial de Scarlet en la crisis.

—¿Qué dice usted? —le espetó Newbolt.

—Comandante, temo que ha olvidado usted una de las mejores tradiciones del servicio de la cuarentena. Permitimos a nuestra gente que aprenda con sus propias faltas. A pesar de que Scarlet! no lo supo, su incondicionado comportamiento fue observado y tenido en cuenta a su tiempo. Debatimos su caso. Algunos de nosotros teníamos nuestras dudas sobre él, pero el mismo director general se apostó conmigo que esto le serviría, dándole la oportunidad.

Scarlet parpadeó sus ojos amarillos.

—Pero... Pero si... —Hizo un esfuerzo para tragar—. ¿No va usted a castigarme?

—¡No sea usted tonto! —Thornwall le palmeó calurosamente la espalda—. No pretenda tal cosa. Pocos de nosotros somos perfectos e incluso los perfectos raras veces lo hacen todo bien en el Servicio, porque conocen muy poco sobre las gentes que protegemos. Ahora que se ha probado usted, me congratulo de recomendarle para una pronta promoción.

—Uh... —Su garganta estaba seca—. Uh...

—¡Warden, quiero que sea castigado! —rugió Newbolt—. Puedo probar que aceptó un soborno antes de decidir sobre la crisis. Puedo probar que ignoró las evidencias competentes. Puedo demostrar que el proyecto debió ser aprobado. Pienso advertir al Servicio para apelar...

—Temo que su advertencia será desoída —le interrumpió Thornwall con suavidad— porque será usted relevado de su cargo aquí. Sus órdenes son efectivas ahora. Es usted reasignado para el servicio de señales que está afrontando una extraordinaria emergencia que necesitará una gran santidad de personal adicional.

Ignorando el indignado murmullo de Newbolt, Thornwall se volvió rápidamente hacia Scarlet.

—Wain, usted va a sustituir a Newbolt como comandante de esta estación. Su decisión demuestra que conoce usted la larga y solitaria labor que se está afrontando, observando a esas gentes mientras se elevan para alcanzar los verdaderos estatutos humanos. —Sonrió—. Quizás deba recordarle que puede usted esperar un rendimiento absoluto haciendo el mejor uso de sus subordinados que no están mejor condicionados que usted.

Newbolt se había retirado para gruñir furioso con Penwright.

—¡No aceptaremos esto! —gritó de pronto—. Incluso usted mismo puede ver que el proyecto tendrá que ser revisado y acelerado ahora, para encajar esta inesperada nova en nuestras señales. Debo recordarle que la condenación de Sol estaba respaldada por una evidencia competente, que Scarlet decidió ignorar. Penwright está de acuerdo para apelar sobre esta irresponsable decisión a sus superiores regionales de Denebola IV.

La extraña sonrisa de Thornwall le detuvo.

—Usted y Penwright tienen problemas mayores que los que les ha proporcionado Scarlet —dijo Thornwall—. Pero temo que no obtendrán ustedes mucha ayuda de cuartel general de Denebola IV… porque esa nova es Denebola.

—¿Denebola? —Newbolt se volvió para mirar fijamente al oficial de señales con todo su brillo varonil debilitándose en avergonzada consternación—. ¿No…? ¿No estaba reconocida?

—¡Denebola es… o era, una estrella estable! La difícil confidencia de Penwright fue como un estallido—. Yo mismo la vigilaba. Naturalmente yo no podía haberla explotado, pero no formaba parte de nuestro insigne proyecto.

—No del suyo. —Thornwall torció el gesto—. Pero temo que hay otro.

Penwright se desplomó en un banco. Estaba confundido como cogido y desesperado. Sus ojos recorrieron la vieja sala de espera sin poder escapar. Por último miró inexpresivo a Thornwall.

—¿Quién…? Humedeció sus temblorosos labios. ¿De quién?

—Este es un problema ahora —dijo Thornwall—. La completa interpretación de esta inesperada señal parece propicia para ocupar el dilatado servicio de señales durante varios cientos de años. Pero al menos tenemos indicaciones preliminares de la posible respuesta.

—¿Quién puede…? Penwright tragó, carraspeó y tragó de nuevo. ¿Quién más puede hacer estallar estrellas?

—Tuve mi primera insinuación de la respuesta hace años. —El tenso rostro de Thornwall se tornó extrañamente calmoso—. Yo estaba en el buceo en Denebola investigando las radiaciones de esos complejos de energía que solemos llamar luces fugitivas.

—¿Esas bolas de fuego?

—Detecté componentes neutrónicos en sus emisiones. —Thornwall asintió con rapidez—. Desde que he estado recogiendo informes de otras expediciones a otras estrellas. Algunos han informado observando que el fenómeno neutrónico no es diferente de esos asociados con sus experimentos de inflamables super-novas. En

concreto, sospecho que esos otros experimentos tienen mucho que ver con usted.

Thornwall chasqueó la lengua ante el pálido desconcierto de Penwright.

—Desde de Scarlet abandonó Denebola para supervisar la crisis de aquí presenció una masa impetuosa de luces que salía de la superficie de esta estrella. He recibido otros informes como este de otros soles, aunque no desde Sol. Recopilando iodos los datos, he empezado a sospechar que nuestra civilización galáctica está alcanzando un contacto con otra cultura más avanzada de lo que podemos imaginar.

Un deje divertido se notó en su voz.

—Imagino que su propio proyecto tendrá que ser abandonado ahora —dijo a Penwright—. Porque esos seres electrónicos han seleccionado aparentemente los soles para el suyo sin más consideración por nuestra cultura que la que usted tuvo hacia los nativos antropoides de la Tierra. Pero quizás puede usted persuadirlos de que nos concedan estatutos en su civilización.

—¿Cómo...? —Penwright parpadeó aprensivamente—. ¿Cómo podemos esperar .hacer eso?

—Usted es nuestro especialista en el contacto interestelar.

Aunque embutido en su oficial luz azul, Wain Scarlet se volvió lentamente hacia Penwright observando su temblorosa consternación. Cuando vio la abierta sala de operaciones, el jefe de despachos se levantó inmediatamente para servirle.

—¿Dirk Flintledge? —Tuvo que humedecerse los labios—. Flintledge... ¿se ha marchado ya?

—Con un pasajero, Su Equidad —contesté el empleado—. Coral Fell.

—¿Cuál es su destino?

—Su marcha fue anormal. —El jefe de despachos parecía descontento—. Su plan de vuelo no fue aprobado oficialmente. No destino específico. Si Su Equidad quiere que sean detenidos, no debemos perder tiempo...

—No se preocupe —dijo Scarlet—. Déjelos marchar.

—Como usted diga, señor. —El hombre pareció aliviado—. En todo caso, dudo que pudiésemos alcanzarlos ahora. —Titubeó observando a Scarlet con ansiedad—. Equidad, no puede evitar de oír lo que Warden Thornwall dijo sobre la nova y las luces. ¿Afectará... afectará eso su misión aquí?

—No. —La estrecha frente de Scarlet se frunció—. No tenemos indicaciones de que Sol vaya a explotar. De todos modos, esto es

asunto de Penwright. Nuestro trabajo aquí sigue siendo la salvación de la gente de la Tierra, incluso aunque nos tome otros cien años.

—Sí, señor.

Este rápido asentimiento no fue más que la entrenada respuesta de un uniformado subordinado, vivamente impersonal, ni siquiera percatado de su fealdad. A pesar de eso, con su momentánea y calmosa aceptación de este tremendo propósito comprendido y aceptado, la respuesta del hombre hizo mella en Scarlet. Algo le dejó sin respiración, oscureció sus ojos y le hizo daño en la garganta.

—Tenemos… tenemos un problema mucho más urgente que la crisis de contacto de Penwright. —Una sobria sonrisa suavizó su ceño fruncido—. Tenemos al Mayor Tom Scoggins y sus hombres. Tenemos que iniciarlos en el Servicio y enseñarles nuestras técnicas y devolverlos a la Tierra. Las peligrosas radiaciones de la Nova les dará un buen pretexto para evitar otras aventuras al espacio durante al menos una generación. Para entonces, quizás la Tierra esté preparada para nosotros.

FIN